



Pablo Carbonell

Pepita



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
¡Pasajeros al tren!
Riocochino querido
Los personajes de la dramedia
Pepita
En el río Rojo
La fonda de Curro
Las tripas de la Tierra
¿Qué hace el vaquero?
Otro person: el obeso efebo
Curro, Tarugo y Pepita
En busca de la olla perdida
Curro alcahuetea
Pepita y Martin
Malaquías hiela la sangre
Paseo por la dehesa

Curro se pone bronco
Doña Urraca
Balance de daños
Tocomocho de pegote
Oscuro en el claro
Bellotadas a cascoporro
Guarreridas a la caída del sol
Luz de descalabros
La luna está lavando
Caspa en el lupanar
Marchitación y circunstancia
Despertar serrano
El azufre se sufre
Charla peripatética sobre la escoria del mundo
El laberinto de los jamones
Desenlazando el lazo
El submundo de Malaquías
Altercado en la romería
Vaquero al exilio
Incidente en el claro
Nuevo punto y nuevo parte
No confundir bóveda con bobada
Canta la cigarra su trilla nocturna
Billar francés con Malaquías
Con la almohada pegada a la cara
Ante el boo-doo de Curro
Dando pomada
Mamporreos y caracoles
Tarugo sentimental
Enfrascamiento romántico
El paripé de los malandrines
Volver con la frente empapada
La cesta de la ilusión

Estrechando las miras
Mamporros en Casa Curro
Al arbitrio del mal
Al lado del otro lado
Calentura del oro
La bonanza amansa
Fiebre del Dorado a troche y moche
Martin se moja (Pepita también)
El robo del oro
La rueda de prensa
En la bóveda de las estalactitas
Pesquisas en la fonda
La venganza se encarabina
Galopando se entiende la gente
Lecciones de gramática
Polvo y pólvora
Epílogo
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

A la sombra de un castillo templario, a través de los túneles de una excavación minera, de una cueva maravillosa y recorriendo las amplias dehesas donde se cría el cerdo ibérico, un hombre con el agua al cuello, junto a un hijo tarado mental, intentará crear una fiebre del oro para atraer huéspedes a su pensión.

Pepita, la primera novela en solitario de Pablo Carbonell, propone un viaje entre el humor surrealista y la dignidad humana. Una novela repleta de humor en la que el desfile de personajes —un empresario de la industria porcina, un vaquero a la búsqueda del secreto de la vida, un sacerdote codicioso, un árabe tras el tesoro de sus antepasados—, nos llevarán a la conclusión de que el único tesoro que alberga la tierra es el amor de la protagonista, Pepita, una mujer cuyo valor es no tener precio.

Una historia de codicia y romanticismo en el agreste escenario de un pueblo hundido por el cierre de una explotación minera.

Pepita

Pablo

Carbonell

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín

Volumen 1463

Tenemos yo y mis compañeros mal de
corazón, enfermedad que cura con oro.

HERNÁN CORTÉS

Brota el agua y son horas.

FELIPE BENÍTEZ REYES

¡Pasajeros al tren!

No respire sobre esta página. Para un lector del siglo XXI es difícil soportar la cantidad de partículas de hollín suspendidas al paso renqueante y codicioso de una locomotora del siglo XIX.

Pase dentro de los vagones, siéntese en sus asientos de roble y asómese por la ventanilla. Montañas de escoria tendrán el detalle de transportarle al planeta rojo en lo que tarda en darse un garbeo en el tren chuchú de la instalación minera.

Observe las máquinas antiguas, arrumbadas en los márgenes, como caparazones de escarabajos del tamaño de triceratops, oxidadas por el tiempo, abocadas a su desaparición por la vía de la herrumbre silenciosa...

—¡Pipas, cacahuetes, caramelos, peta zetas, oigaaaaa, llevo la chuche...!

Mire a esa pareja de jóvenes amorosos. ¿Qué hacen ahí con esos cuadernos en el regazo, esas cámaras colgando del cuello? ¿Planes de futuro? ¿Hablan de su felicidad a la orilla del mar? No nos interesan. Miremos en otro vagón.

Aquí tenemos a un hombre peculiar. Es serio, o eso parece, y norteamericano, o eso nos tememos, calza botas de montar, pantalones vaqueros raídos, una camisa de cuadros y un chaleco de tahúr de un terno que pasó a mejor vida. Atado al cuello lleva un pañuelo rojo que parece salido del

bolsillo de los vaqueros de Bruce Springsteen. Sobre sus hombros sostiene un abrigo largo de piel oscura. No sabemos si nos recuerda a un forajido de leyenda, a un sacerdote de una iglesia zarrapastrosa o a un científico trastornado que busca respuesta a cosas que nadie ha preguntado. Bajo su sombrero tejano asoma un flequillo parecido al de Norman Bates cuando interpretó a Anthony Perkins. Fue al revés, pero yo sé lo que me digo. Creo.

Ojos azules, chicos, protegidos por unas gafas con montura dorada, nariz larga, boca fina, hoyuelo en la barbilla, barba de tres días de relente, nuez del tamaño de la rodilla de un pingüino, pecho hundido bajo el peso de la introspección y vientre inexistente. ¡Oh! Lleva una canana en el cinto. Uno de esos cinturones donde alojar las balas de una pistola de tambor centelleante. Pero no lleva balas, lleva tubos de ensayo. Diminutos tubos de ensayo con tapones de goma. ¿Este hombre es real? Por qué no iba a serlo. Tiene treinta y dos años y calza un cuarenta y cuatro. Esto es una novela. Yo soy el que narro. Mejor dicho, el que narraba. Le cedo la palabra a un joven tarambana que sostiene un micrófono junto al maquinista. Yo miraré por la ventanilla.

—Buenos días a todos y a todas, me llamo José María, pero creo que soy la única persona que me llama así, el resto me llama Tarugo, supongo que de forma cariñosa. Hoy es mi primer día como monotertuliano turístico en este tren. Espero que mis comentarios les ayuden a apreciar lo que están viendo y olisqueando. Si miran a la derecha podrán disfrutar de estas montañas de escoria de cuarenta metros de altura. Si miran a la izquierda verán que hay más escoria. La vida misma. No te puedes fiar de nadie. Miren allí. ¿Se han fijado en esa montaña? ¿A que parece un perro tumbado? Yo tenía una perra que era igual que esa montaña, de hecho se llamaba Escoria. Muy cariñosa, solo me mordió seis veces.

El hombre peculiar se ajusta el sombrero tapándose la cara, cruza los brazos y coloca sus botas de montar sobre los asientos de enfrente y de repente el hombre peculiar es el vaquero, el vaquero de la novela, por esas cosas de la viveza de los personajes.

Tarugo sigue la explicación.

—Y aquí vemos a un futbolista solo, jugando al fútbol. Vean cómo le da patadas, izquierda, derecha, derecha, izquierda, al esférico. Esta es la alegoría

con la que nuestra compañía de turismo exótico-rústico hace referencia al deporte denominado fútbol. Ese deporte que tantas desgracias ha traído al mundo se jugó por primera vez en España en esta comarca, aumentando el empobrecimiento moral de sus moradores, mermando su capacidad analítica y creando una burbuja impermeable a los problemas reales. Y cuando digo reales no me estoy refiriendo a los problemas que da la casa real, aunque tampoco está mal traído.

Desde el tren un niño vestido de jugador del Real Madrid le alcanza al futbolista en plena cabeza con una piedra lanzada con un tirachinas.

—Hagan el favor de no disparar a los actores. Aunque estén vestidos de futbolistas, son personas normales. Hay que ver qué gente. Se creen que estamos en un tren del oeste cazando bisontes.

Riocochino querido

Riocochino es una calle cuesta arriba. A sus márgenes están las casas y a su alrededor los eucaliptos. La tierra es roja y le gustaría ser republicana, pero no la dejan.

Este pueblo ha sido testigo amordazado del arramplé de la impiedad; una falta de escrúpulos que ha chupado la sangre de la tierra sin mirar el destrozo que provocaba en sus vertientes. Bien traída la palabra «vertiente» a este contexto.

Todo lo prescindible se ha amontonado en cualquier sitio que no estorbara o se ha vertido a los ríos, a los cielos, envenenando lo imprescindible, para que el hombre del campo, en equilibrio con su entorno, pudiera vivir de su deslome diario. Cachendiez, lo serio que me he puesto.

Vamos a cambiar de tema. Vamos a hablar del pueblo. ¡Oh, qué bonito es Riocochino! ¿Riocochino? Riocochino es un pueblo blanco encalado con tejados de teja, valga la reiteración. Sus calles de empedrado irregular dejan entrever sabandijas de toda laya. Tarugo me contó que una vez...

—Cogí un gusanillo que asomaba por una rendija del suelo y resultó que era un escorpión, un bicho precioso que mi madre, con su habitual falta de sensibilidad para la belleza, mató de un pisotón, pobrecito. Con lo que me gustaba.

Un suelo arcilloso y desnutrido asoma enfermo por el embozo de una colcha de hierba insalubre. Un suelo enfermo, sobre el que podríamos leer en braille un pasado de bárbara ceguera medioambiental. A los habitantes les cuesta aparentar dignidad tras tanto golpe bajo, pero se lleva, porque la dignidad es parte imprescindible del acarreo diario, sin ella no te levantas. O te sacudes las deposiciones de la mezquindad o te quedas arrumbado en la era del tiempo. Como ven, intento hacer descripciones de fuste humorístico, pero la somanta que le han atizado a esta tierra se me sale por las costuras.

Los personajes de la dramedia

Curro es bueno pero tiene matices que tienden al gris en conducta y a la tontez en razonamiento.

—La culpa es de las circunstancias y del equilibrismo de supervivencia.

Por él sentimos cierta misericordia, ya veremos por qué. Frente despoblada hasta la coronilla, cejas pobladas hasta el susto, mentón en retirada por melifluo, ojos saltones de pura búsqueda y manos en las que adivinamos la concavidad producida por el mango de una soleta o azada que marcó su surco en sus palmas para siempre. Camisa blanca de currante más que de poeta, chaleco de figurante de zarzuela, pantalones sufridos milrayas de impreciso destello y zapatos gastados de ir detrás de una zanahoria escurridiza nos dan unas pinceladas al cuadro de hombre de difícil observación pintado a brocha gorda.

Junto a él está el cura, don Malaquíás. ¡Glups! Don Malaquíás es el malo de la novela. Su voz es chillona pero lo disimula pronunciando sus sentencias con esa beatitud que han copiado tantos políticos de la post Transición. Don Malaquíás —a partir de ahora, para este narrador, solo Malaquíás— viste traje gris perla con alzacuellos y lleva una mariconera como alcancía portátil. De su cuello cuelga un crucifijo para dotarse de respeto y alejar al maligno. Algo, lo que sea, que no termina de conseguir por la evidente ecuación de que

los extremos se tocan. Malaquíás se peina con la raya a la derecha porque cree que así recuerda más a Cary Grant. A él le encantaría ver a hombres en la iglesia, un gusto que los parroquianos no le conceden.

—Curro, aquí..., ¿te acuerdas?, aquí tenía yo abierta la Charcutería del Cura, jamones, paletillas, lomo, lomito, morcilla, chorizo, salchichón, morcón, todo curado. Y vino, que no falte el vino en la mesa de un buen cristiano, y venga a vender, y venga a vender. Ay, señor, ¡cuánto abandono! ¿Por qué pagamos entre todos los pecados de codicia de unos cuantos?

Más adelante:

—Y aquí, Curro, vendía yo camisetas, gorras, gorros, gorrillas, postales, rotuladores, merchandising puro y duro, lo que le gustaba a la gente llevarse recuerdos de su visita a nuestro pueblo, que si un cenicero de cerámica, que si un porroncito para el aceite, y hasta hacía fotocopias. Fotocopias, ¡ay! Un pueblo sin un sitio para hacerse una fotocopia es un pueblo del que Dios no debería dejar piedra sobre piedra.

Curro lleva los pulgares dentro de su chaleco y tamborilea nervioso sobre su tripa un ritmo neurótico que aprendió en el servicio militar.

—Estoy preocupado, Curro, cuando la holganza se instala en el corazón de una comunidad el pecado campa a sus anchas y yo estoy solo. Maldito sea el tiempo libre. —Malaquíás patea una piedra incauta que se cruza en su camino —. No te creas que estoy amargado por eso, pero sí triste. No lo notas. Estoy tristón. No sé... No sé si un día de estos voy a coger la metralleta del obispo y voy a poner un poco de orden. ¿Qué quieres que te diga? Yo a Dios lo siento ocioso, y para mí que eso es una señal de que la tengo que montar gorda.

Los pensamientos de Curro se balancean de una cuerda unida por un nudo gordiano a la campanilla de dentro de su garganta. Está buscando el momento idóneo para hablar. Sabe que ahora no está el horno para bollos pero el silencio le resulta asfixiante.

—Padre, yo quería hablarle de que...

Malaquíás salta, ¡boing!

—¡¡No me irás a decir que no me vas a pagar el alquiler!!

—Pues..., sí, padre.

—Mira, mira..., para eso mejor que se abra el mar Egeo y nos trague de

una vez por todas. ¿Te estoy contando la angustia que se me extiende por el cuerpo como el tifus y tú me vienes con una nueva plaga, la morosidad?

—Ya, yo no quería darle ese disgusto, pero es que...

—Es que, es que... ¡Es que las cuentas de la Tierra hay que llevarlas al día! ¡Mejor que las del Cielo! A esas siempre se les puede dar una mano de chapa y pintura en el último momento, pero las cuentas pendientes..., y siendo yo quien soy...

—Ya, padre, pero es que en todo el mes no hemos tenido ni un solo cliente. Como si hubiera habido una epidemia de lo contrario al turismo; desturismolitis, o como se llame eso.

—Curro, no me obligues a que te despoje de mi manto protector porque el daño te morderá las entrañas más a ti que a mí.

—Don Malaquíás, desde que murió mi esposa, que el Señor guarde en su gloria, esa posada es nuestra vida y ahí nos la dejamos enterita. Mi hija, además de trabajar fuera, tiene las habitaciones como los chorros del oro.

—¿Tu hija...?

Al párroco se le ponen los ojos como las brasas del deseo, en el caso de que el deseo, a base de mundanidades tenga brasas, que yo creo que sí, o algo peor. Todavía peor.

—Pepita...

Pepita

—Hola a todos, bienvenidos a la Cueva del Agua. Me llamo Pepita y voy a acompañarlos por..., vayan pasando, no se amontonen aquí, decía que los voy a acompañar..., cuidado con resbalarse, esta cueva hace honor a su nombre y no está seca nunca, las filtraciones vienen del techo, como podrán comprender, por favor, sigan pasando, aquí la humedad relativa es..., siga pasando, ¿qué mira? —Un joven de cuello rojo tropical observa a Pepita con un hilo de baba —. Pase para dentro, que aquí hay poco que mirar. Por favor, ¿quieren pasar? No se me amontonen encima. Como les decía, la humedad relativa aquí es absoluta. No toquen nada. Niño, aquí no se puede fumar. —Un mocoso se saca el pitillo de la boca y lo tira al suelo sin dejar de mirar a Pepita con el aire de un estibador del puerto—. Por favor, debo pedirles que no se amontonen a mi alrededor, sigan para delante y no se separen, para que me puedan escuchar, circulen, circulen. Verán que la historia de esta cueva los fascinará. Sigam pasando. Oiga, joven, ¿ve donde apunta mi dedo? Pues ese es el sentido que tiene que tomar.

El atajo de visitantes, entre el despiste y el cachondeo, se adentra en la hendidura de la montaña. Pepita los ve desaparecer, asoma su cara de azucena a la puerta, comprueba que no queda nadie, saluda a la vendedora de entradas y postales con un levantamiento de gorra imaginaria, cierra el portón, se ajusta

la falda de tubo y se mete en la Cueva del Agua.

—En este estrechamiento que llamamos Garganta Profunda del Cine Español observamos esas amígdalas llamadas estalactitas...

Pepita quiere que observemos las maravillas que la rodean, pero este narrador no puede evitar observarla a ella, y debe hacerlo con precaución, como quien quita el papel de seda a una pieza de porcelana, procurando que no se rompa, no se desconche, no se malogre. Pepita es porcelana fina. Tan fina que resalta como un milagro entre los botijos de carne y muebles de corcho humano que les iré descubriendo si mi prosa cromañonesca no les espanta antes.

Pepita tiene dieciocho primaveras y unos recovecos iluminados por una grácil ecuanimidad de espora al vuelo y una pureza de sentimientos de plumón de cisne. Una mujer cuya hermosura le da un sopapo de belleza a Stendhal frente a la catedral de Florencia y lo deja seco. Me mareo. Voy a ponerme algo... ¿Problemas de expresión, narrador? Sí, muchos. ¿Cómo describir lo sublime con los archiperres del abecedario? ¿Ustedes ven hermosa a su madre? ¿Sí? Pues ya está. Pepita es como su madre —disculpen la mención—, esbelta, alegre, bondadosa, generosa y esférica en el sentido de redondez que Aristóteles atribuía a la perfección.

Pepita vive en Riocochino desde que nació, y le gusta. ¿Por qué?

—Porque no conozco otro pueblo así que me tiene que gustar por fuerza.

¿Es resignada? No. Ella ha entregado su donosura a la luz que la vio nacer y ahí ha consagrado su presencia con el ahínco conque otros se dan a la fuga. Ella está convencida de lo centrípeto de la vida, y lo que tenga que pasar pasará algún día a su alrededor describiendo órbitas curiosas, como los satélites que nos miran desde el cielo. A veces piensa que las mejores opciones están lejos de su entorno, pero sabe que lo mejor es enemigo de lo bueno, y Riocochino no está tan mal si no lo comparas con otros sitios. «Todo está en el interior de uno mismo y todo y uno son la misma cosa.» Este pensamiento zen o alucinación psicotrópica, que tanto ha frenado la destrucción del mundo, alumbró su mente y apacigua, no confundir con apazgüata, su espíritu.

Pepita es morena, por si no se han fijado en la chica que adorna la portada

de este libro. Sus ojos desprenden candor y viveza a partes iguales.

Si las copas de champán están inspiradas en el pecho de Josefina, el de Pepita inspiraría un cucurucho de chicharrones. Y disculpen el símil, pero es que a mí los chicharrones me gustan mucho.

Pepita tiene las manos grandes y algo estropeadas por la brega doméstica. Desde pequeña ha ayudado a su madre a sacar agua del pozo, a fregar el suelo con aljofifa y a planchar la ropa sin plancha. Pepita plancha con la palma de la mano. Gracias al calor generado con el frotamiento la ropa le queda sin una arruga. Sé que es difícil de creer, pero es así. Pepita tiene una mano que si te pega un guantazo te crees que te has dado con una pared estucada.

Si mirando su inmaculada cara acogiéramos sus manos en las nuestras pensaríamos que esa aspereza pertenece a otra persona. Confiando en la cultura de quien sostenga este libro, diré que las manos de Pepita son por fuera de la Mona Lisa y, por dentro, de la Mona Áspera. Jua, jua, perdón.

Y aquí dejamos el retrato de Pepita para momentos más inspirados. Los detalles que faltan iré desgranándolos según los vaya descubriendo.

En el río Rojo

El tren se ha detenido en un bosque de eucaliptos junto a un río de aguas como el néctar de las bodegas. Tarugo habla desde el pescante.

—Vamos a hacer una parada para darle la vuelta a la locomotora y aprovechen para solazarse a su manera. Si quieren cagar, detrás de esas jaras encontrarán una letrina natural de mucho interés antropológico, y poco más les puedo referir de este sitio. Si bajan al río Rojo cuidado con beber de él porque a pesar de su color de reserva del 96 de este río no se bebe ni mezclándolo con gaseosa. Yo, sin ir más lejos, un día me hice una sangría con esa agua y desaproveché la gaseosa, me arruiné el esófago y me quedé así.

El vaquero desciende del tren con un maletín y una manta. La locomotora da la vuelta sobre un plato giratorio y se dirige al final del tren para engancharse de nuevo.

El vaquero se acerca al río, sus botas de «chúpame la punta» hollan el barro de los márgenes de ese río que transmite calambre. Saca del bolsillo de su levita un pequeño aparato semejante a un mando para escuchar los mensajes del contestador automático —qué mayor me siento—, extrae una antena telescópica de color dorado e introduce su punta, la de la antena, a través de la piel del agua eléctrica. ¡Pip! La voz de Tarugo grita con un deje de camarero pidiendo una de calamares para la cinco.

—¡Pasajeros y pasajeras, súbanseseee al treeeeeeeen!

El vaquero observa su aparato, el cacharro antes referido, unos números digitales parpadean marcando 23qs67pt, que no tengo ni zorra de lo que significa.

—¡Móntenseeee! ¡A montarseeee todos!

Tarugo cuelga de la barra del pescante como un orangután en un neumático.

—¡Móntense en el tren! Unos sobre otros no. ¡Móntense en los vagoneeeees!

El vaquero observa el cielo azul.

—Tú, ¡el vaquero!, *yihaaa*. ¿Qué pasa? ¿Eres sordo?

—No, de Arkansas.

—Ah, entonces no digo nada. ¿Vienes o te quedas?

—Me quedo aquí.

Con un par.

La fonda de Curro

El padre Malaquíás y Curro han llegado a la puerta de un pequeño edificio pintado de blanco pálido. Una perrilla mil leches, Elizabeththesecond, mimetizada con la fachada, levanta la cabeza con vago interés. Su sabiduría ha trepado a través de los beneplácitos de la genética hasta un nivel de conocimiento superior al de los dueños de la casa.

Un cartel hecho con letra de molde advierte: «Fonda de Curro». Camas y desayunos de categoría media-baja. Curro hace una genuflexión importada de *Los tres mosqueteros* y dice:

—Padre, ¿quiere pasar a tomar un chato? Invita la casa.

—Déjate de rollos, que ese vino lo pago yo. Además, tengo que ir a cobrar a otros relajados como tú a los que el cielo ya está tardando en mandar una lluvia de quebrantos o el premio gordo de la lotería de Navidad.

Curro hace una inclinación de cabeza y señala con amabilidad la calle como el que cede el paso en una alfombra roja.

—Pues nada, padre, otra vez será. Hasta pron...

El pase de pecho no ha hecho que el sacerdote desclave sus pies del terreno.

—Mírame a los ojos. En una semana pasaré por aquí y si no me pagas, tú y tu familia vais a pasar las de Caín debajo de un puente. ¿Está claro?

—Más claro que el cielo.

—Recuerda que mis armas no son de este mundo. Avisaditos estamos.

El clérigo se separa de Curro, le apunta amenazador con la mariconera y sigue cuesta arriba murmurando maldiciones católicas.

Las tripas de la Tierra

Pepita señala con un puntero láser un hueco en una de las paredes de la cueva.

—Ahí ven una abertura por la que la cueva discurre. Lamentablemente no está abierta al público. Los espeleólogos han calculado que solo podemos visitar el diez por ciento de la cueva. Pasen al siguiente salón, por favor, dejen de amontonárase encima, que parecen reclutas en día de permiso.

Pepita comprueba que se apaga la luz de la sala anterior y entra en una mucho más alta y con unas paredes formadas por estalagmitas y estalactitas fusionadas en un abrazo fraternal entre fantasmas de saldo.

—Silencio, por favor. En este momento estamos atravesando la parte más alta de la cueva, justo debajo del convento fortaleza que perteneció a los templarios. Los templarios eran unos monjes soldado que, entre otras cosas, se aliaron con el Papa para cristianar la ruta hacia las Indias. La pimienta era muy apreciada en las cortes europeas por su poder afrodisíaco y había que dejar el paso expedito. El valor de los caballeros templarios los llevó hasta las puertas de Jerusalén, su codicia a reunir un gran tesoro aún sin encontrar, y la envidia del Papa al martirio y a la muerte en la hoguera.

¿Qué hace el vaquero?

El vaquero llega a un muro de piedra rojo de óxido y tiempo. En el suelo observa un riachuelo acanalado que brota con agua transparente que cambia a color tinto. El vaquero —qué ganas tengo de ponerle nombre—, con la punta de unas uñas sucias pero fuertes, extrae de su canana seis pequeños tubos de ensayo. El vaquero clava los tubos en la tierra siguiendo el surco que marca el arriate con una diferencia de una zancada de distancia entre uno y otro. Abre su maletín, extrae una pipeta de cristal, la mete dentro del agua junto al último de los tubos y aspira.

—*Damn it! Fuck, what a taste!*

Los ojos, enrojecidos por un repentino ataque de tos, se le humedecen a gran velocidad. El vaquero levanta el mentón y la altivez del gesto hace que dos lágrimas incipientes vuelvan a introducirse obedientes en sus conductos lagrimales. Un brillo cárdeno que no sabemos si atribuir al atardecer o a un secreto interior alumbra los ojos de este vaquero sin vaca.

Otro person: el obeso efebo

Atanasio tiene cuarenta y ocho años y el atildamiento cerril que usan para darse relumbre las personas que han juntado parné con las explotaciones más campechanas.

Atanasio es calvo. —Con Curro ya llevamos dos calvos—. Ustedes creerán que desde mi atalaya de narrador distribuyo los dones a mis personajes y que a este, Atanasio, le he concedido por hacer cuchufleta el descrédito que acompaña a los calvos como un lamparón en la autoestima. Han pensado bien. La mayoría de los calvos optaría por ir enseñando por la calle la raja del culo en vez del cartón alopécico, pero, ah, se siente, en la ruleta que supone la existencia literaria ni esta novela ni la naturaleza reparten esa opción.

Atanasio es calvo como un huevo de pato. Luce una gorra de mayoral que parece que le escamotea parte de la frente con la consecuente pérdida de masa encefálica. Bajo la visera observamos dos cejas pobladas, como dos bambalinas de un teatro peludo, y bajo ellas unos ojos empequeñecidos por la observación cara al sol de los resoles y penumbras que se disputan la importancia entre las ramas de las encinas. Nariz de pimentón, no solo por el color sino por la forma choricera, sería la manera menos metafórica de definir el atributo nasal que sirve de espolón a esa cara de torta de aceite. Orejas

desabrochadas y unas patillas solo atribuibles a la deficiente iluminación de su espejo de baño enmarcan el rostro de nuestro por ahora conocido. ¿Le están cogiendo manía? No se la cojan. Los seres que convivimos bajo el mismo sol, o incluso debajo de otras estrellas del firmamento, llevamos escrita junto al gen de la vida la capacidad de la bondad, aunque esté escrita en las simas de la personalidad de traje de pana de nuestro antihéroe de pacotilla.

En el porte de Atanasio adivinamos un exceso de grasas saturadas provenientes de una ingesta desmesurada de productos del gorrino. Para rematar el retrato de Atanasio daremos cuenta de que lleva con aire aristocrático un chorizo desnudo entre la mano derecha y el sobaco. Podríamos pensar que es una estatua o un espantapájaros, porque sus ojos bellotamente abismales están clavados en la salida de la cueva. No pestañea, no hace mohín alguno. Parece que ni respira mientras el desfile de turistas se derrama por la plazoleta. Atanasio ni se inmuta ni padece. Es un gato con sobrepeso mirando hipnótico un pajarito en el remate de una tapia. El pajarito asoma. Pe pi pi pí pi pi... ¡Pepita! ¡Esos violines arriba!

Pepita aparece y Atanasio da un respingo. Su corazón se acelera, sus manos tiemblan, su estómago da una voltereta, su cuello se contrae, se estira, se traga un *paluego* de medio kilo, su cuerpo amorcillado cobra vida y se desplaza hacia Pepita con la sonrisa que los ángeles obesos caídos de un quinto piso lucen sin remedio.

—¡Hola, Pepita! Qué guapa estás. ¿Alguien te ha dicho que estás muy guapa? ¿No? Pues aquí estoy yo para decírtelo. Escucha: estás muy guapa.

Atanasio es más inteligente de lo que parece a pesar de lo que acabamos de oír, pero ya se sabe que el amor nubla el entendimiento y confiere a quien lo disfruta o lo sufre la tara del trastorno.

Pepita mira a Atanasio con una mezcla de hastío y ternura. Se conocen desde niños y en los pequeños pueblos, donde el roce es casi continuo, suele adoptarse un aire desinteresado pero cortés que no se encuentra en las capitales.

—Gracias, Atanasio, ¿me dejas pasar? Estás taponando la calle.

Atanasio sonrío y sus mofletes brillan por estiramiento.

—Vaya manera más simpática de llamarme gordo, je, je...

Pepita le sonríe con elegante timidez y da por zanjada la conversaci3n. Atanasio la sigue, a trotecillo cochinerero, con un par de zancadas de desventaja.

—¿Pepita, te apetece un vinito?

—No, gracias.

—¿Una cervecita?

—No, gracias.

—¿Fresquita?

—Ni caliente. Tengo que irme volando para casa.

—¿Una sin alcohol? Invito yo.

Pepita lo fulmina con la mirada.

—¿Te gustaría ir a los toros? Puedo comprar entradas.

—A mí los toros me gustan en la dehesa.

—Torea Mistelita, el niño de la Pachorra.

—Como si torea la Pachorra en persona.

—Bueno, pues ya nos veremos otro día y tomamos un lo que tú quieras. Hoy ya veo que tienes prisa...Toma, te he traído un regalo. Es un chorizo pata negra. Mira c3mo huele. Huele a humo, a bellota, a piment3n, a matanza.

Atanasio le pasa el chorizo por debajo de la nariz. Pepita lo aparta como si fuera a mancharse y se queda con él en la mano observando aquel cilindro c3rnico con una mezcla entre pudor y apetito.

—Muchas gracias, Atanasio. Un regalo muy romántico a la par que elegante. No esperaba menos de ti.

Pepita abre la puerta de un dos caballos amarillo de la época en la que si no sabías cantar por Silvio Rodríguez no te com as una rosca. Atanasio se mete por la parte de dentro de la puerta para sujet rsela a Pepita en uno de los gestos galantes más torpes de los que hay constancia.

—Prom tame una cosa. Cuando te comas mi chorizo piensa en mí.

Ella le da un empell3n en el hombro y se abre paso.

—S , Atanasio, pensar  en ti, no lo dudes. Déjame pasar que me estoy poniendo enferma.

El coche arranca y Atanasio todavía tiene tiempo de añadir una frase que suena a pedrada contra el cristal trasero.

—¿Enferma? ¡Pues que te mejores pronto!

Atanasio se aleja frotándose las manos. Que Pepita se lleve su chorizo es como si hubiera aceptado un trozo de su ser, una partícula de su existencia, un anhelo de su corazón. Se siente sublimado, engrandecido, ensanchado de amor hasta el delirio. Mucho me temo que este personaje va a sufrir.

Curro, Tarugo y Pepita

El bar de Curro es una taberna que tampoco estuvo a la moda cuando abrió sus puertas en el año cincuenta y dos. De las paredes ensombrecidas por el pegajoso polvo cuelgan almanaques de talleres mecánicos con damas en bikinis de la época y carteles de corridas de toros descoloridos por la luz y el desinterés. Una barra de aluminio brilla sobre un muro de obra alicatado con baldosines negros y blancos que crean la ilusión de un ajedrez vertical para piezas equilibristas. Tarugo está frente a Curro. Curro está colorado de irritación.

—¿Dos céntimos de propina te han dado, hijo mío? ¿Esto es lo que traes? Pero si el locutor anterior se sacaba veinte euros diarios.

Tarugo reflexiona con los aires del detective de carne de perro que persigue una intuición.

—Bueno, bueno, ¿y si era un farol? ¿Y si tenía una fábrica de hacer billetes en su casa? Eso explicaría todo.

Curro lo escucha y le encantaría mesarse los cabellos pero para ello tendría que buscarlos por los remotos suelos de su juventud.

—¿Tú te crees que después de pasar todo el día fuera puedes venir con dos céntimos? Y ahora querrás irte a echar la cabeza. ¿Verdad? ¡Con el deber cumplido! ¿Tú qué te crees, que esto es una pensión?

—No es que yo lo crea, es lo que pone en el toldo de afuera: La Fonda de Curro.

Curro se deja abatir por la preocupación y se sienta en una de las sillas de mimbre que hay desperdigadas por el local.

—Ay, yo no sé qué va a ser de tu vida cuando te falte tu padre.

—¿Pero mi padre no eres tú?

Curro, a base de escuchar a su hijo, apenas le presta atención gracias a un mecanismo que usan los humanos para protegerse de la adversidad.

—Los dos céntimos me los dio un tío raro vestido de vaquero del oeste que se bajó en mitad del camino.

—¿Un vaquero?

—Sí, y no te creas que me los dio con guasa. Me dijo: no los malgastes y te durarán mucho.

—Eso es lo que necesitamos aquí: turistas boyantes que vengan a gastarse los ahorros.

—Pues menos mal que se bajó antes, porque en la estación nadie soltaba nada y a lo mejor se le contagiaba la racanería. Todo lo malo se pega, como los chicles. Qué gente. No me dieron ni los buenos días, ni las gracias, ni los adioses. La gente ni me miraba. Parecía una broma de cámara oculta.

Tarugo pega un respingo.

—¡Eso es! ¡Era una broma de cámara oculta! Papá, ¡soy un actor! ¡Voy a salir por la tele y me voy a hacer famoso!

El padre siente unas irrefrenables ganas de irse a su habitación a llorar pero en ese momento hace su entrada triunfal la alegría de la casa, el sol de la mañana, la lluvia de abril, la armonía en el caos, la poesía en tacones, Pepita, con su chorizo en la mano, seguida por la perrilla de la entrada, que brinca a su alrededor como una serpentina viva. Pepita acaricia a la perrilla.

—Sí, bonita, ya sé que estás muy contenta de verme, Elizabeththesecond, y yo también. —Pepita se vuelve a Tarugo y Curro—. Hola, papá. Hola, hermano.

Tarugo hace un gesto a su padre con la autoridad de un alguacil de pegolete imitando a Ernest Borgnine.

—Tranquilo, papa, tú debes de encontrarte cansado de estar todo el día

desenmarañándote el entrecejo y de esta soflama me voy a encargar yo, que tengo el día versátil.

Tarugo se vuelve a su hermana, carraspea y eleva la voz hasta el nivel de los barítonos con zapatos dos tallas más pequeños.

—¿Qué hora es esta de llegar a casaaa?! Faltan dos horas para las onceee, la hora de recogerse, y nos tenías a tu padre y a mí muy preocupados por si te había pasado aaalgo. ¡Que nos estás quitando la vida! Que tenemos la tensión por las nuubes con tu despendolamiento. ¡Que estamos todo el día por tu cuuulpa con el corazón en un aaay!

Pepita mira a su padre.

—Papá, hay que obligar a Tarugo a tomarse la medicación, porque cada día está peor de lo suyo. O te encargas tú o llamo al servicio de salud y pedimos que lo vuelvan a ingresar.

El padre asiente silencioso y mira a su hija juntando las cejas con una atención nueva.

—¿Ese es el uniforme que llevas?

—Pues sí, el uniforme que me dieron. ¿A qué viene esa cara de pepinillo en vinagre? A mí me gusta lo mismo que a ti. ¿No lo habías visto hasta ahora?

—Pues sí, claro que lo he visto antes, pero es la primera vez que veo que la falda..., la falda es muy corta, ¿no?

Tarugo interviene con sagacidad.

—Yo creo que no es eso. Para mí que mi modosa hermanita... —Tarugo dibuja dos comillas en el aire con los dedos—... se está dejando las piernas largas cuando miramos para otro lado.

Pepita exhala un suspiro de resignación y enseña en plan porra de alguacil el embutido que porta.

—Mirad lo que traigo, un chorizo pata negra. —Lo deja caer sobre la mesa.

A Curro se le eriza la piel de pollo con un repunte pantagruélico, luego se vuelve a su hijo, que está con los ojos como platos.

—Tarugo, fíjate en Pepita. Tú dos céntimos y ella un chorizo fundamental. Parece mentira que seáis hermanos.

—¡Tienes razón, papa! Ella parece de otro padre.

Curro se levanta como un tornado de furia, coge el chorizo y señala amenazador a su hijo.

—Hijo mío, no te pases ni una mijita con tu padre. En esta casa se me respeta. En la calle lo que sea, pero aquí, respeto. No pido nada más. La próxima vez que me faltes al honor te corto los huevos, te los meto en la boca y te coso los labios con un alambre de espino. Avisado estás.

Las alarmas mentales de Tarugo se ponen a parpadear.

—Si me permites decírtelo, papa, creo que tu forma de llevar mi formación es antipedagógica.

—Niño, habla bien. Aquí esas palabras no se dicen y menos cuando vamos a comer. Si se pierde el pundonor en esta casa ya sabes dónde está la puerta.

—Una manera muy peculiar de orientarse para encontrar la salida.

Pepita cuelga el bolso y el abrigo.

—Ese chorizo es un agasajo de Atanasio.

Curro mira el chorizo con interés.

—¿El de la finca de Atanasio, viuda e hijo?

—El mismo.

Curro vuelve a observar las piernas de su hija como si acabaran de brotar del suelo cual champiñones tras una noche de luna. Curro observa el cabello negro de su hija que cae a lo largo de su espalda y no puede evitar evocar la bucólica imagen de una cascada de petróleo. Curro vuelve en sí y exclama:

—Pepita, hagámosle los honores a Atanasio y trae la frasca de vino y algo de pan.

Pepita se sienta y empieza a quitarse los zapatos de tacón.

—Hazlo tú, Tarugo.

Curro le advierte con dulzura.

—Hija mía, no me gusta que los hombres trasteen en la cocina. Eso genera pluma y ya es lo que nos faltaba, que el niño se volviera maricón y quisiera hacerse un cambio de sexo.

—Es verdad —interviene Tarugo—, se empieza haciendo las tareas de la casa y se acaba en la tele haciendo poses, así, como afeminados, ¿os habéis fijado? En la tele cada día hay más y más y más de esos. Venga y venga. No salen más que cocineros. Cuanta más hambre, más cocineros.

Pepita se levanta ofuscada.

—Claaaaaro, a ver si Tarugo se va a volver sarasa de acarrear el pan y el vino de la cocina.

Tarugo se revuelve enfadado.

—¡Los hombres de verdad de los hombros a los pies estamos en crisis! Hay que cuidar la especie. ¿Verdad, papa?

Curro asiente y mira a su hija, que sale cojeando mientras se quita el zapato izquierdo.

Curro la observa con ojos de gemólogo y dice para sí:

—Qué genio y qué garbo tiene.

Tarugo ha cogido el chorizo de Atanasio y le da un bocado que traga sin masticar.

—Pues sí que está bueno el chorizo de Atanasio. Mira, papa, huele.

Tarugo eructa en la cara de su padre. Este, con la cabeza en no se sabe qué cielo, responde.

—Sí que huele bien, sí.

Pepita entra en la salita con el vino y una cesta de plástico para el pan que no disimula ni su imitación a mimbre ni su mugre.

—El pan y el vino de los señoritos.

—Siéntate, hija, que este chorizo de Atanasio con un poco de vino entrará la mar de bien.

Tarugo se sirve un chato de vino y mete a gran velocidad un mendrugo de pan dentro.

—Estoy de acuerdo con el papa. Para meterse un chorizo el vino es el mejor lubricante.

Pepita coge un trozo de pan y lo pellizca nerviosa.

—Me está encantando el nivel intelectual de la conversación. Seguid, no desaprovechéis ningún comentario que me pueda provocar un corte de digestión.

Curro adopta ese aire patriarcal que delata al vendedor de motos de humo.

—Atanasio, fuera aparte del chorizo, es una muy muy muy buenísima persona. Y de muchas campanillas. ¿Me entiendes? Y no debe de ser tonto del todo si ha convertido las bellotas en oro. Ese es posiblemente el hombre de

más posibles de la región.

Tarugo mete baza.

—Pues a mí no me ha invitado a una caña en veinte años y eso que una vez le di sombra en un día de mucha calor.

—Y a Pepita le ha regalado un chorizo. —Curro se ha marcado un rumbo y no se deja desviar por los comentarios de su hijo—. Tirando del cordel del chorizo podemos llegar a suponer que tú, Pepita, a Atanasio lo tienes medio tonto.

—Atanasio ha sido medio tonto desde que nació y para mí que se ha equivocado de pareja de baile.

Curro cabecea molesto y afila la mirada en su hija.

—Atanasio te ha regalado este chorizo. Hasta aquí los hechos son incontestables. Así que a ver si dejamos los reproches y las quejas para las redes sociales. ¿Tú ibas vestida así?

—¿Otra vez vamos a hablar de mi uniforme? Pues sí, de uniforme, y no ha puesto ningún pero.

Tarugo ve hueco y salta como si le hubiera mordido una anguila eléctrica en el tafanario.

—¡Pero peras seguro que se ha hecho! Seguro que él coge... —Tarugo se desanuda el cordel que le ciñe los pantalones—... y hace así, se baja la cremallera y...

Curro detiene a Tarugo antes de que se baje los pantalones.

—Estate quieto, niño, esas cosas en casa hemos dicho que no.

Tarugo protesta ofendido.

—¿Pero esto qué es? En casa no, en la puerta de las salesianas tampoco. ¿Ha vuelto la Inquisición o qué?

Curro se levanta para levantar la voz.

—¡A callar! Que de lo tuyo estamos ya bastante cansados en casa.

Pepita suspira mirando al techo.

—Y en el pueblo ni te cuento.

Curro se sienta para sentar cátedra y se dirige a su hija aflautando la voz.

—Atanasio es poco refinado pero tú no le puedes pedir peras al rey de la bellota.

Tarugo salta como un mono.

—Uy que no, ¿peras? Seguro que está todo el día dale que te pego a la pera, pera arriba, pera abajo.

—¡Cállate, Tarugo, o te mando al chiquero!

La amenaza de Curro parece funcionar y Tarugo se hunde en el sofá con los brazos cruzados, refunfuñando. Curro continúa con verbigracia y atildamiento.

—Atanasio es un hombre campechano y tiene un gran corazón. No hay nada más que ver el cariño con que trata a sus gorrinos, como si fueran sus hermanos.

Tarugo vuelve a interrumpir.

—¡Como si fueran sus cónyuges los trata! ¡Seguro que está todo el día...!

Curro lanza contra Tarugo un cenicero de aluminio que no da en la diana. Tarugo se ha propulsado hacia atrás con butaca incluida y ha quedado tirado en el suelo patas arriba. Curro sigue sin un carraspeo.

—Como decía tu madre que en Gloria esté que la mujer con remilgos se queda para vestir santos.

Tarugo advierte asomando tras la butaca:

—Y los santos no tienen cuerpo. Tienen tres palitroques, como nosotros, pero de madera. Si no de qué iban a tener esa cara de amargadas las beatas.

Curro coge las manos de Pepita y la mira con una súplica en la pupila.

—Pepita, hija mía, mi mirlo blanco, siendo tan hermosa deberías aspirar a posicionarte en la vida sin las apreturas que te damos en esta casa, con la comodidad que te mereces.

—¿Con la comodidad que me merezco? ¿Pero tú qué te crees, que yo aspiro a la comodidad? Papá, me estás insultando. Yo solo lucho por ser yo misma. Mi vida no va a depender de que un mameluco me ponga cómoda. No sé si ha quedado claro. Buenas noches.

Pepita sale. Curro vuelve a observarla mientras sube las estrechas escaleras que suben al principal.

—Qué niña más bonita. Parafraseando a aquel entendido en el deporte de la lidia y cambiando toros por tu hermana, tu hermana tiene un cortijo en cada pitón. Tarugo se reincorpora como un búfalo saliendo de una charca.

—Parafraseando a aquel ganadero de cerdos, Pepita tiene una piara de

cochinos en cada muslo.

Curro asiente y resopla.

—Ay, la adolescencia, qué enfermedad tan complicada. Los jóvenes creen saberlo todo y no se dan cuenta de que carecen de la mínima idea de cómo funciona el mundo. Ya se le pasará.

—Papa, ¿te acuerdas el guantazo que me dio el del estanco por mearme en su mostrador? Pues aquel golpe hizo que empezara a crecerme la pelusa de las patillas. Como te cuento. No hay nada mejor que un buen golpe para que te empiece a entrar la madurez y la clarividencia.

Curro no lo escucha, se ha puesto el modo avión en el cerebro. Se sirve un chorro de vino con aires de hombre próspero y exhala una bocanada de aire como si estuviera fumando un habano invisible. La noche vierte su caudal de serenidad sobre el pueblo. La luna decreciente vacía su néctar de locura en las ansias de los amantes. Los animales duermen. Silencio.

En busca de la olla perdida

Los rayos del sol empiezan a repartir sus colores por el campo, amarillo por aquí, ocre por allá, las sombras negras se vuelven azules, marrones, rojas, verdes..., el campo estalla abriendo el telón al día.

En una oscura hondonada asoman vestigios fantasmales de adobe de lo que debieron de ser domicilios abandonados y hoy poblados por lagartijas y arañas. El paso de los años, quinientos para ser exactos, y no estar pendiente de la escoba han dejado semienterradas muchas viviendas. Encontramos surcos de sembrado en la tierra que fueron tejados, bocas de chimenea que hoy parecen brocales de pozo.

Hartum, un hombre de entre veinte y cuarenta años —la edad en la gente de rasgos norteafricanos es difícil de precisar—, camina dando zancadas con un papel color hepático en las manos.

—*Wahid, tinteen, talata, arba, tagine Mustafá...*

Junto a él hay un burro atado con una cinta de cuero a un eucalipto.

El burro es un animal muy dócil si se usan las artes necesarias para que abandone esos rasgos de carácter que le han valido esa denominación tan carente de atractivo. El burro de este relato es muy pintoresco, lleva un sombrerito de paja encajado entre oreja y oreja y unas gafas como de secretaria de concurso televisivo.

Hartum sigue dando zancadas y musitando arabismos que nos inducen a pensar que está echando la cuenta de los metros que recorre. De repente se queda quieto. Observa el papel. Realiza un giro de noventa grados bailando un chotis con el aire y vuelve a caminar enfrascado en su salmodia ininteligible.

—*Khamsa, sitta, sabaá... Hamman.*

Vuelve a detenerse. Consulta de nuevo el papel y realiza otro giro de noventa grados en dirección al sol poniente.

—*Tamanya, tisaá, ashara... Hasam.*

De repente Hartum escucha una voz que de tan calmada provoca un escalofrío en su columna.

—Buenos días.

Hartum esconde el papel dentro de su camisa. El vaquero sale de un matorral reajustando su sombrero.

—Hola, qué tal.

Hartum saluda reverencial.

—A la paz de Dios. Qué día más bonito, bonito, bonito, mucho bonito...

Hartum cabecea mientras señala el cielo como un vendedor de atmósferas mostrando el género. El vaquero mira hacia arriba frunciendo los ojos.

—Demasiado claro. No creo que el campesino que vive de la tierra esté contento con este día.

—¿Usted agricultor?

—No, amigo, de Arkansas.

El vaquero le tiende la mano derecha, que Hartum acoge entre las suyas como quien recoge la cría de un hámster.

—Hartum del Al Karrack. ¿Americano?

—Sí, mi nombre es Martin. Martin Martín.

—Americano grande amigo, grande amigo pueblo árabe. Americano, musulmán pueblos hermanos. ¿Habla mucho bien español, hermano?

—Mi padre es español.

—¿Español?

—Sí. De Gibraltar. Y mi madre de Texas.

—¿De tejas?

—No, de tejas no. Es de carne y hueso. Nació en Texas, un sitio muy

bestia. Y tú, ¿qué interés te ha traído hasta aquí?

—¿Yo?

—No, el burro.

—Ah, burro mucho bueno. Yo foto, foto, fotos muy artística, muy bonita, con burro. Yo dije: Hartum, ¿qué haces aquí en el desierto? Ve, conoce mundo, mundo grande, y, ¡aljamakal!, y aquí estoy. ¿Quiere una foto? Solo seis euros. Precio amigo.

—Fotos, no, gracias.

—No gracias, no gracias. ¿Entre amigos? ¿Cuánto paga por foto? ¿Cinco euros? Le hago precio amigo, amigo.

—Muchas gracias. No quiero hacerme fotos. Hoy no he ido a la peluquería.

—Ah, sí..., pelo loco. ¿Y? Peine, ¿quiere peine? ¿Cuánto paga peine? ¿No peine? Ahhh, amigo. ¿Cuánto paga foto?

—Hoy mi presupuesto para fotos es de seis céntimos.

—Ahhh, turista, muerto de hambre. Tú, amigo americano, poco dinero, gasta mucho bomba. ¿Qué quieres, la foto gratis? Gratis y no discutamos dinero, guarda, ¿seis céntimos? Gratis.

—La verdad es que da gusto regatear contigo.

—Tú, primer cliente de la mañana y me trae suerte todo el día. Gratis, ¿entonces?

—Pues, bueno, por ser tú no te voy a cobrar.

—Ponga al lado de burro. Burro Platero. Burro llama así. ¿Conoce burro de Juan Ramón Jiménez?

—¿El burro de Juan Ramón? No hace falta pasarse con el pobre Juan Ramón. Ya lo despellejaron bastante en su época.

Hartum enfoca a Martín a través de su objetivo y, levantando la mano derecha, dice:

—Mira pajarito.

¡Flash!

Curro alcahuetea

Curro lleva toda la mañana con un runrún en la cabeza. Tiene que conseguir un encuentro bucólico entre Atanasio y su hija. Un encuentro en el que las endorfinas que dictan el momento en el que la razón deja paso al deseo vean campo abierto. La mente de Curro razona en voz baja...

—Nada se logra sin esfuerzo a no ser una herencia o la lotería. Para conseguir algo se tiene que invertir algo...

Descuelga de detrás de la barra un renegrado teléfono de pared color baba de caracol y marca el número de Atanasio.

—Atanasio, ¿qué pasa, Atanasio? Todo bien, nosotros bien, como siempre. Oye, ¿oye? Oye, que..., ¿sí?, muy bien el chorizo. Para ponerle una peana y llevarle flores, ¿sí? Felicidades a tu madre. Estaba pensando en mandarte a Pepita a por algo. No sé. ¿Se te ocurre algo? Una factura. Ah, sí, que tenemos una factura pendiente. Bien, bueno, ahora no te la puedo pagar, pero está bien esa idea. La metes en un sobre y se la entregas a ella. Es la excusa perfecta. Aprovecha y le dices..., no, a Tarugo ya le avisaré que no se acerque a menos de tres metros del chorizo... El chorizo es de Pepita, da gusto hablar contigo, eres el yerno que todo suegro querría para su hija..., ¿Pepita? Ya sabes cómo es. Sí, sí, muy guapa, la verdad que la niña nos salió muy agradable a la mirada, pero lo que no se ve es lo mejor. Tiene un corazón..., y de un

hacendoso en casa que da gusto. No, no, reacia no, lo que pasa es que es tímida, es cortadita, ya sabes, porque es muy buena y no quiere que la gente sufra por ella... En el caso de que se vea en la tesitura de rechazar a alguien... Se porta así para aparentar que es poquita cosa. Cosas de chiquilla... ¿De ti? De ti no dice más que maravillas. Estupendo. Ahora te la mando. Hala, adiós, adiós, adiós.

Curro cuelga, se frota las manos y piensa que qué pena no haber nacido en Wall Street con el arte que tiene para los negocios. Se sienta en su silla habitual en el bar y, simulando que habla por un interfono, pega un bocinazo.

—¡Pepita!

Pepita está repartiendo el agua de un cubo entre los geranios que animan el patio interior. Deja el cubo en el suelo y entra en la casa secándose las manos en el trasero de su delantal.

—Pepita, hay que ir a casa de Atanasio urgentemente a por un sobre importantísimo. Acércate a casa de Atanasio y tráetelo. Pero una vez que estés allí no hace falta que te metas mucha bulla.

Pepita eleva el arco de sus cejas irrepetibles.

—¿A casa de Atanasio tengo que ir ahora?

—Y a ver si puedes ser un poco simpática con él.

—¿Simpática? Papá, no me puedes pedir algo que no pienso pedirme a mí misma. Estaré diplomática, como siempre.

Curro le coge la carita a su hija y se mira en esos ojos suyos que son dos amaneceres a orillas del Mediterráneo.

—La decencia no está reñida con la dulzura.

Pepita suspira, va a hablar, pero su padre le sisea para que guarde silencio.

—A las once como muy tarde en casa. Esta noche no hace falta que nos hagas la cena. Tarugo y yo saldremos a tomar el aire como los camaleones. Y ponte guapa.

—¿Guapa? Papá, a la próxima tontería que digas te vas tú a por la factura.

Pepita se cuelga el bolso del hombro como si tirase de un mulo de hormigón y sale por la puerta.

Pepita y Martin

Pepita sube por la calle y, ¡oh!, bajando vemos a Martin, el vaquero que ya tiene nombre. ¿Qué coincidencias provocan los astros en la inmensidad absurda del universo? ¿Qué carambolas se producen en el verde tapete de los pueblos?

Pepita y Martin. Los vemos mirarse, no se conocen pero algo les dice que están hechos el uno para el otro. Nosotros lo sabemos, ¿por qué? ¿Porque hemos visto muchas películas? ¡Cuidado! Igual nos equivocamos. El titiritero que maneja los hilos de sus personajes puede provocar un giro inesperado y cambiarnos de acera a alguno de estos dos pimpollos. O que pase un camión y los deje pegados al asfalto. No se fíen de mí, yo no lo haría.

Por ahora vemos que se miran. ¿Acaso sus ojos han realizado algún gesto que pudiéramos encerrar dentro del aterciopelado baúl de la coquetería? ¿Ha adoptado nuestro vaquero algún aire de aventurero hormonal o ha biselado los ojos como los modelos que anuncian colonia por televisión? ¿Ha asomado el rubor a las mejillas de nuestra heroína con ese desmayo caluroso que anuncia un sí rendido? No. Se han mirado y han sentido que se han visto antes. Nosotros sabemos que no es posible. ¿Se han visto en un sueño? No, esto es una novela seria y esas cosas de los sueños románticos no pasan aquí.

Tras ese fugaz encuentro sus mentes se dispersan en los adoquines de la

calle. Cada uno a lo suyo. ¿Hasta cuándo?

Malaquías hiela la sangre

—¡A la paz de Dios!

El sonido del saludo se escapa de la voz del clérigo como una maldición hecha con la picha de un toro. Curro, que está bruñendo su cafetera de aluminio, pega un respingo y contesta:

—Buenos días, padre, qué alegría más grande verle a usted con salud. ¿El tintorrito que tenemos pendiente?

—Hay otras cosas que tenemos pendientes. Ha pasado la semana y tú y yo tenemos unas cuentas que saldar.

Al oír esto, Curro mira su reloj de pulsera.

—Uff, ya se ha ido la semana. El tiempo vuela...

Aquí el silencio levanta un muro por el que se asoman los ojos codiciosos del sacerdote.

—¿Qué? No, ¿verdad? ¡¿No?! ¡¿Estás seguro de que no?!

Curro se pasa la mano por la frente.

—Espere, espere que mire a ver... —musita suplicante mientras abre la caja registradora—. Nada, aquí no hay nada, qué va a haber, si no se mete nada no se puede sacar algo, es así. Yo esperaba un milagro como el de los panes y los peces, pero un mojón pa mí. Véalo usted mismo, cocoroco, aquí no hay más que cocoroco.

—¿Cocoroco?

El colmillo de Malaquías muestra su filo. Curro se deja llevar por un delirante optimismo.

—Por ahora, padre, por ahora. Al mediodía espero a mi chiquillo, Tarugo, que vendrá de trabajar, e igual trae algo. Y mi Pepita...

Malaquías levanta la mano pidiendo silencio con gesto de hartazgo.

—Tu hijo es un caso perdido, un aborto que tuvo King Kong.

El rictus perverso de Malaquías pasa de la soberbia a la lujuria, pecados capitales que han sido motor del desarrollo demográfico desde que el mundo gira.

—¿Tu hija? Más te valdría que la pusieras a trabajar en una casa decente. Una casa como la mía. Ya sabes que Úrsula, la barragana que me atendía, se murió. Empezó a engordar, se volvió malencarada y un buen día la llamó a su presencia el Sumo Hacedor. Dios debe de tener un estómago semejante a su bondad infinita. Le entraron unas fiebres de no sé qué y de un día para el otro se fue para la fosa de cabeza. La muerta al hoyo y la viva al bollo, como se suele decir. Pepita..., ay, Pepita.

—Pe..., pi..., ta... No estaría mal que Pepita se viniera conmigo. Necesito una asistenta de sus hechuras. En tus manos está. Echa cuentas. Salvarías tu casa y de paso su alma. Hay mucho rijoso por ahí suelto que la puede arrastrar por la mala senda.

Los agujones de los ojos de Malaquías se clavan en las titilantes pupilas de Curro. Curro siente que la nuez de la garganta se le estrangula hasta dividirse en dos y comprende de dónde viene eso de que se te pongan los huevos de corbata.

Paseo por la dehesa

Pepita ha accedido a acompañar a Atanasio a un paseo por la dehesa montada en un carricoche de golf. Un endomingado Atanasio conduce el carricoche mirando con el rabillo del ojo a Pepita como el que se mira la medalla que luce en la pechera. Una piara de cochinos trota alegre alrededor de ellos. No podemos evitar evocar la escena en la que Kate Winslet y Leonardo DiCaprio observan un banco de delfines jugando al corre que te pillo con la proa del Titanic. Atado con un alambre para que no salga despedido con los baches, un radiocasete anima la escena con alguna de las maravillosas canciones de Duncan Dhu. Atanasio se arranca a hablar señalando a sus cochinos.

—Mira qué animal más fotogénico. Del cerdo ibérico se aprovechan hasta los andares, que no sé qué es lo que quiere decir.

Pepita contesta con el párpado a medio gas.

—Debe de ser que les copian los andares para hacer pasos de ballet en *El lago de los cisnes*.

Atanasio suelta una carcajada y los gorrinos responden por simpatía. Luego mira a su acompañante con arrobo.

—Qué graciosa eres. Dices cada cosa. Eres única. Como todos los seres animales. Todos somos únicos. Mira, sin ir más lejos, a ese gorrino de ahí le puse Pitoniso, porque adivina cuándo va a llover. Tiene un rebufo interno,

como de serie del cochinerero, pero en extraordinario. No falla, es como el hombre del tiempo, pero en cerdo. Aquel es Rufino, por mi tío Rufino, que es clavado en todo a él. Aquel otro es Pinocho, es muy mentiroso, no te fíes. De lo que diga es lo contrario.

Pepita observa a Atanasio convencida de que es un hombre de una galaxia con forma de boniato.

—Ese otro marrano es Verderón, que le tiene celos a Pitoniso y para mí que le hace un poco de *bulling*. A aquel le llamo Carbonell, porque canta igual que el cantante de Los Toreros Muertos y, bueno, no te quiero aburrir, ya los irás conociendo a todos.

—No me aburres, es apasionante. Esto, Atanasio, yo los veo a todos iguales. ¿Cómo los reconoces?

—¡Anda mi madre, qué pregunta! Pues cómo los voy a reconocer, por la cara, y por la personalidad. Como a las personas humanas.

—Ya, y... ¿Me puedes explicar por qué vienen todos detrás de nosotros como niños persiguiendo a una cabalgata de Reyes?

—Es por la música, les encanta Duncan Dhu. Es ponerles la cinta y vienen todos corriendo. Por eso siempre llevo pilas de repuesto en el bolsillo, si me quedo sin corriente se me desperdigan. La que más les gusta es la de —canturrea— *Cien gaviotas dónde irán*: debe de ser porque entienden —canta— *cien bellotas dónde irán*.

Atanasio frena el carrito bajo la descomunal sombra de una encina centenaria. Frente a ellos hay un extraño lago de color pardo purulento.

—Me encanta venir a este lugar a ver atardecer sobre el lago de purines.

Pepita lo mira de hito en hito.

—¿Purines?

—Sí, antes te dije que del cerdo se aprovecha todo, y ahora te lo explico con claridad. Los cerdos comen por la boca y descomen por los aparatos excretores, como yo y como todo el mundo. Ese producto execrable nosotros lo aprovechamos para hacer abonos, porque es muy rico en fósforo, magnesio y, sobre todo, en potasio.

—No, ya, sí... Me están entrando ganas de potar.

—Una empresa acoplada a la nuestra viene de tanto en tanto con camiones

cisterna y se lleva esto. Para que el ciclo de la vida siga rodando cuesta abajo.

—Ya, todos venimos del barro y al barro volvemos.

—Eso es, y todos, queramos o no, acabaremos en el barro. Hablando del barro, si lo nuestro prospera te llevaré algún día a ver *El Rey León* a la Gran Vía de Madrid. Se aprende mucho de animaladas.

—Espera, ¿has dicho prospera?

—Sí, prospera, del verbo prosperar, que quiere decir que compartamos peras. ¿Entiendes? Si lo nuestro sigue así, Pepita, ¿no estarías de acuerdo en que esto puede ser la pera? La pera limonera, me quiero referir.

—Bueno, esto..., que yo me tengo que ir, que se me está haciendo tardísimo...

—Pero ¿qué prisa te ha entrado, Pepita? Si me ha dicho tu padre que no tienes que ir a casa hasta las once.

—Vaya, vaya, así que habláis mi padre y tú de mis horarios.

Atanasio se repantinga en su asiento y hace una aproximación de varios millones de años luz al aire de Humphrey Bogart en *Casablanca*.

—A tu padre siempre le pregunto por ti porque yo a ti te quiero y me preocupo por ti y pregunto. Claro.

Atanasio coloca su brazo por detrás de Pepita. Pepita siente un repelús.

—Atanasio, yo..., contigo... Ejem, ejem. ¿Tú lo has pensado con claridad? ¿Tú crees que nosotros nos íbamos a llevar bien? Yo soy muy mía y tú eres tirando a rústico. En el amplio sentido de la palabra. ¿Me entiendes?

—Ampliamente. Mi puerta siempre está abierta ampliamente, y mi corazón, mi campo, mis chiqueros y mis encinas. Todo lo comparto con la gente y contigo también, claro, pero para eso me tienes que dar un sí. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—Atanasio, tú le pisas demasiado fuerte al acelerador, ¿no?

—¿Te parece que me estoy precipitando?

Atanasio detiene el vehículo. Pepita mira el horizonte con anhelo. Atanasio se apea y se dispone a recoger unas flores. Pepita le habla desde el asiento del carricoche.

—Está empezando a levantarse aire. ¿Me llevas hasta mi coche?

Atanasio se acerca a ella ofreciendo un hatillo de flores silvestres.

—Por favor, Pepita, quédate a cenar esta noche con nosotros, así conoces nuestro cortijo y a mi madre. La pobre se quedó huérfana con cincuenta y tres y viuda desde hace un mes que se le ha hecho larguísimo. Le aliviará mucho conocerte, tener alguien con quien charlar una pizquita. Te va a caer de maravilla. Y seguro que ha preparado algo rico para cenar.

Pepita concede con un suave cabeceo y acepta las flores. Más por ganas de sentarse a mesa puesta que por ganas de seguir la charla.

—Mira, te lo agradezco porque en casa mi padre y mi hermano no saben ni dónde está la cocina, y no arranques más flores que a mí me gustan en el campo.

Curro se pone bronco

—¡Te han echado del tren! Pero ¿a ti quién te manda hablar mal del fútbol aquí? ¡El fútbol es sagrado! Y ahora qué, ¿qué voy a hacer contigo? Porque no te voy a poner al frente de la barra para que me espantes a la clientela. Tú me dirás.

—Papa, tranquilo, tampoco es tan grave, más se perdió en Cuba.

—¿Qué sabrás tú lo que se perdió en Cuba!

—Mmm...¿El corazón de Luis Aguilé?

Curro se mesa la calva.

—¿Te das cuenta lo que es no hacer caso? ¿Para qué me gasté esa fortuna metiéndote interno para que te enseñaran a leer? ¡¿Para qué?! ¿Para que pienses? ¡A ti te tenían que haber prohibido pensar! Si hubieras leído, sin pensar, por el megáfono, lo que te dejó escrito la compañía no estarías ahora en el paro.

—El paro, el paro, tampoco hay que ser tan fatalista. Me puedo tomar un año sabático.

—¿Un año sabático? ¿Con un día que has trabajado? No te parto la cara porque me rompería la mano.

—Yo no tengo la culpa de que la gente no aprecie mi sentido del humor.

—Tú no tienes sentido, así que sentido del humor menos. ¿Está claro?

¿Está claro?!

—No está claro. Explícamelo todo desde el principio porque esto es un follón.

Curro se lanza al interior de la vivienda entre sollozos.

—Ay, mi hijo, ay, mi casa, ay, mi hijo, ay, mi casa.

Doña Urraca

Doña Urraca es un cable eléctrico, una mujer que ha dormido dentro de una lavadora, es un nervio andante, un frenesí, el ojo de una chiva en una discoteca. Con setenta años no sabemos si es que tiene prisa por morirse o por exprimir el tiempo que le queda bajo el mando de un exigente capataz cardíaco. Su mundo es un bululú, su mente una maraca. Su estado no se puede describir porque el término estado es antitético al movimiento de este rabo de lagartija vestido de viuda. Doña Urraca es baja y delgada y lleva moño desde los dieciocho años, edad en la que contrajo matrimonio con Anastasio Chanchón, leyenda de la cría, engorde, pastoreo, pasaporte al más allá y embalsamamiento de la población porcina.

Pepita asoma por la puerta y Atanasio la anuncia dando un vitor. Doña Urraca camina hacia ella con un delantal lleno de lamparones y unos guantes de fregar los platos.

—Pasa, Pepita, pasa para dentro, ay, qué ganas tenía de charlar contigo. Mi hijo no para de hablar de ti. Qué bien que vengas a cenar. Vamos a la cocina. ¿Te gusta guisar? A las chicas modernas no les gusta nada andar entre pucheros, pero, mira, todo se puede aprender. A mí no te vayas a creer que me gusta cenar mucho, pero a mi niño Atanasito pues, ya ves, le gusta cenar fuerte. Lo que le gustan a mi niño mis *concretas*. Cómo se las come, ñam, como los

perros, ñam, así, sin degustar, ñam ñam, sin masticar. Y venga: mamá, hazme más *concretas*, y más *concretas* y yo venga a darle *concretas*. Y venga y venga a hacerle *concretas*.

—No hay más que ver lo hermoso que está.

—Sí que está hermoso..., mi Atanasito. Por aquí ha venido todo el mundo a comer *concretas*, ¿qué te crees tú? Y todos: Urraca, qué *concretas*, Urraca qué *concretas*. Haciendo *concretas* no me gana nadie, de jamón, de atún, de puchero, de pollo, de huevo duro, de bacalao, de carne, de pajaritos, de merluza, de calamares y de tocino. Venían a por las *concretas* como moscas al mantel.

Pepita busca un sitio donde apoyarse. Está aturdida, noqueada, al borde del desmayo. Atanasio interviene.

—Fíjate cómo será mi madre haciendo *concretas* que a mí me llaman el hijo de la *concreta*.

Pepita ha decidido que mejor se sienta, y se acerca tambaleante a una silla cuando doña Urraca la engancha por el brazo.

—Pero no te quedes ahí pasmada, Pepita, pasa a la cocina. Tienes el pelo precioso, qué bonito. A mí desde luego otra cosa no, pero el pelo me gusta llevarlo bonito, menuda soy yo para el pelo, y qué pelo tenía tu abuela, ¿verdad, Atanasio?

—Yo no la conocí, pero...

—¡Pero te lo he contado mil veces, majadero! Colócate esto —un delantal—, no te vayas a manchar. Todo el mundo lo decía: qué pelo tiene la Atanasia, porque Atanasio se llama así por Atanasia, mi madre, si fuera por mi marido sería Anastasio, pero con un Anastasio ya teníamos bastante, así que Atanasio, como mi madre, qué guapa..., ¿guapa?, guapa, guapa, guapa, para matarse de guapa. Los hombres se volvían loquitos por Atanasia. Venían autocares de hombres a ver a mi madre. Y a probar mis *concretas*, claro, y todos, Urraca, más *concretas*, más *concretas*, y qué guapa tu madre y qué pelo tienes, Urraca, qué pelo...

Pepita quiere pedir un vaso de agua.

—Perdone que le interrumpa...

—No te preocupes, que a mí no me vas a interrumpir. Aquí puede hablar

todo el mundo y a todo el mundo se le escucha. Faltaría más que viviésemos como en la cárcel o en la época del Francisco.

Pepita levanta un dedo que pasa inadvertido.

—¡La cena! ¿Dónde tenía yo la cabeza? Aquí de charla de charla y la cena sin hacer. Vamos a hacer la cena. Pepita, tú ¿qué? ¿Qué tal te llevas con los cacharros? A los de la cocina me refiero. A los de mi niño ya me imagino que de maravilla porque no hay más que ver lo contento que me lo tienes. Está hecho un solete.

—Pues...

—Una mujer si no sabe de cazuelas soltera se queda. —Urraca se pone a recoger de una montaña en el suelo unas cuantas cebollas y a meterlas en una cesta—. La sartén, como a los hombres, hay que cogerla por el mango. Y eso que yo tengo buen carácter, pero chuminadas las justas. Si una mujer no sabe de sartén que la den, así decía mi abuelo, un sabio. Mira, mientras yo voy poniendo la mesa vamos a picar estas cebollas, y estas cebollas, y estas cebollas. —Urraca coloca delante de Pepita una docena de cebollas—. Más vale que sobre que no que falte. En esta casa eso es de cajón: que no falten cebollas. Ay. Qué cebollas más hermosas. Son para llorar de bonitas.

—Sí que...

—Uf. Lo que le gusta a mi Atanasio la cebolla. Y es lo que yo digo, el secreto de una buena cocinera es freír cebolla. Yo pico una cebolla en veinte segundos. En veinte segundos la dejo hecha confeti. Ese es mi récord, ¿el tuyo?

—Yo...

—No hay nada mejor para el aliento que la cebolla. Si te huele la boca come cebolla y el mal olor desaparece. ¿Verdad o no? Y cómo se pone mi hijo de cebolla. Porque a Atanasio la cebolla le pirra.

Urraca sigue acarreando más cebollas, que coloca delante a Pepita.

—De niño siempre me lo decía: mamá, al puchero ponle cebolla, a los riñones ponles mucha cebolla, dame una cebolla para el recreo, y se iba al colegio con su cebolla y me preguntaba antes de irse qué vas a hacer de comer, mama, y yo le decía lentejas y él me gritaba desde la puerta que no se te olvide ponerles mucha cebolla pero mucha y yo le hacía las cebollas con cuatro

lentejas que siempre se dejaba. ¿Verdad o no? ¡Niño, contesta!

—La cebolla es muy buena para la circulación...

—Ya estamos con la memez de siempre, Atanasito, qué tendrá que ver la velocidad con el tocino, anda, calla, calla, que estás más guapo callado. Venga, Pepita, vamos picando estas cebollas, y no te preocupes si sobra que yo hago una mermelada de cebolla que quita el sentido. Oh, cómo está mi mermelada de cebolla. Todo el que la prueba repite, pero repite, ¿mi mermelada de cebolla?, anda que no repite, y repite, y repite, y repite. Voy un momento a la despensa a ver qué tenemos por allí, porque en esta casa nunca se tira nada. ¿Que sobra? Se guarda. Buena soy yo para tirar...

Urraca desaparece pasillo adentro y Pepita se ve a sí misma frente a la encimera con un cuchillo de grandes dimensiones en la mano. Varias ideas pasan por su mente como en fogonazos. ¿Asesinato? ¿Suicidio? Al final opta por empezar a cortar las cebollas mientras lagrimones de los gordos le asoman en los ojos. Atanasio la mira con una arropa de arrobo y en plan cómplice le dice en un susurro:

—Ya te dije que mi madre te iba a caer muy bien.

Balance de daños

Curro está haciendo un solitario con unas cartas pringosas sobre un mantel pegajoso. Hacer solitarios es una de las actividades que Curro realiza cuando necesita evasión o dominar el estrés. Haciendo solitarios Curro conecta con lo más íntimo de sí mismo y consigue alejarse de los problemas. En el lance que le ocupa necesita una carta que no acaba de salir y ha decidido que aquella escalera la acabará con éxito. Su autoestima se derrumbará si no sale así. Debe hacer una trampa, pero su hijo está delante de él mirándole absorto.

—Tarugo, ¿por qué no te vas a hacer algo fructífero? Me mata de pena verte ahí con toda la vida por delante y sin hacer nada.

—Eso no es cierto. Me estoy fijando en cómo hacen las telarañas las arañas. Eso es productividad, pasiva pero productiva.

Pepita entra por la puerta y se lanza al aparador. Curro se levanta como propulsado por un resorte.

—Qué tal, Pepita, ¿cómo te ha ido con Atanasio?

Pepita abre los cajones mientras exclama, al borde del síncope:

—Su madre es un loro. Con la edad ha pasado de cotorra a loro. ¡Un puto loro! ¿Dónde hay una aspirina, un gelocatil...? Necesito algo para la cabeza, ¡algo! Aunque sea la guillotina.

Curro se acerca a ella intrigante.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha pedido salir con él?

Los ojos de Curro son dos albercas de angustia. Pepita no puede evitar sentir lástima. Qué buena es esta muchacha, que en vez de sentir lástima por ella misma la siente por el padre.

—Sí, y yo le he dejado entrever que necesito tiempo para pensármelo.

Tarugo interrumpe a Pepita.

—¡Ya! Como tiempo pensando pueden ser cien años pensando que le den tiempo. ¡No sabe nada la hermanita! Cien años pensando, tuf, tuf. El coco echando humo, tuf, tuf.

Pepita se encara a Tarugo.

—Pues sí, pensando, para compensar todo lo que tú no piensas. —Pepita mira a su padre y vuelve a sentir la misma desazón—. Papá, estas cosas no se pueden decidir a la carrera, hay que estudiar nuestras compatibilidades, conocer o encontrar o incluso inventar nuestros gustos comunes.

Curro abraza a su hija con un sentido sollozo en la garganta.

—A mí no me hace falta mucho tiempo para darme cuenta de que ese tipo y tú no pegáis ni con cola.

Pepita mira a su padre de hito en hito. No se esperaba esa reacción.

—Pues sí, papá, ni con cola ni sin ella, porque ese hombre es más basto que un bocata de algarrobas.

—Pero ese hombre es...

Curro va a decir la palabra «rico», término que lo señalaría como un ser sin escrúpulos, pero da un requiebro.

—Tu hermano ha perdido el trabajo porque el muy desgraciado no ha sacado tus luces y ya ves en qué situación nos coloca esto...

—Un momento, si Tarugo la ha vuelto a fastidiar, ¿yo tengo que...?

—A Tarugo le pondré un castigo acorde a lo que ha hecho. Es mi responsabilidad como padre.

Tarugo interviene dando palmaditas.

—Me pido que me encierren una semana en la jaula de la gallina. Así practico pilates.

Curro acerca una silla hasta donde está Pepita y se sienta delante de ella.

—Al corazón no se le puede poner rumbo. El corazón va a donde el

corazón quiere, es como el mar, salvaje y libre. Pero al corazón, como al mar, se le puede encauzar hacia donde nos interesa con diques, puertos, muros de contención o playas artificiales. Yo no te estoy diciendo, ni mucho menos obligando, a que te emparejes con un hombre que no quieres, pero a lo mejor se te ocurre alguna manera de que tu corazón, que dicen que es ciego, escuche una voz, siga un camino que te lleve a ser feliz y de paso te permita, nos permita, dejar de estar con el agua al cuello.

—Papá, ¿te das cuenta de que me estás pidiendo que me meta a prostituta para que podáis vivir con desahogo? ¿Eso es lo que estás diciendo?

—Ya sé que a ti te parece que no pienso en ti, pero te equivocas.

—No me equivoco, papá, aquí lo que pasa es que no tenéis la mínima confianza ni en mí ni en vosotros mismos.

Curro cabecea.

—Sí te equivocas, hija mía, y te lo voy a demostrar. Le he pedido a Atanasio que te enseñe los tejemanejes de su explotación ganadera y ¿por qué? Porque tengo la esperanza de que a lo mejor puedas encontrar en esos menesteres alguna cosa que te interese para tu desarrollo profesional o para el nuestro. Tú intérate en ese negocio que yo valoraré mucho tu opinión al respecto.

—Papá, mi opinión no se valora nada en esta casa.

Pepita pone gesto de abatimiento, se levanta y va hacia la puerta de acceso a los dormitorios de la vivienda.

—Vale, iré, pero como Atanasio se separe un segundo del carácter profesional del asunto la vamos a tener. Buenas noches.

Pepita desaparece y Curro se queda pensativo. Tarugo adopta un papel de hombre de mundo consultando los resultados de la bolsa.

—Hablarle a la juventud de ahora... —Tarugo mira el reloj de pared—... la juventud de las doce y media, es como hablarle a un higo chumbo con el aire a favor. Te llenas la boca de púas. De verdad te lo digo, papa. Pruébalo, coge un higo y aspira. Ya verás qué risa.

Curro mira a su hijo con un suspiro atravesado en la garganta.

—Ay, por qué no me haría la vasectomía antes...

Tarugo se acerca a él.

—No te preocupes por mí, papa. Yo un día me independizaré y solo volveré por casa para pedirte dinero para mi manutención. Así, todo el tiempo que me dedicas a mí te lo dedicarás a ti y serás rico, porque el tiempo es oro.

Curro se queda meditando.

—Oro...

Curro se levanta como propulsado por una coz en el escroto.

—¡Oro! Oro, claro, oro. Tarugo, hijo mío, ¿Sabes cómo podríamos tener la posada llena? ¿Sabes cómo podríamos hacernos ricos?

Tarugo responde tras pensar durante unos segundos.

—¿Trayendo a Bob Hope para que dé el pregón?

—Piensa, hijo, piensa con la cabeza. Te doy permiso. Para hacernos ricos y llenar la posada necesitamos...

—¡Ya sé! ¡Casar a Pepita con Atanasio!... Lo que no sé es cómo vamos a llenar la posada, porque sin Pepita esto se va a convertir en una pocilga. Yo limpiar lo detesto por mi naturaleza. Limpiar es un concepto que me da asco. Además, no lo acabo de entender, ¿para qué hay que limpiar una cosa sobre la que después vas a cagar? No tiene sentido. Los retretes, en vez de limpiarlos, habría que cambiarlos cuando se rompan por lo que sea, un cabezazo desafortunado o cosas así.

—Calla y escucha, hijo, que esta idea es de las buenas. Tenemos que crear una fiebre del oro.

Tarugo se queda en modo loro.

—Una fiebre del oro, una fiebre del oro, como la gripe pero con oro, como si el oro fuera la gripe, ya lo he entendido.

Tarugo asiente haciendo bailar una vela de la nariz.

—Una fiebre del oro, como una fiebre del oro en las películas del Oeste. Qué idea más brillante, papa. Una fiebre del oro. ¡Una fiebre del oro! ¡Yiajjaaaa!

—Calla, calla, a ver si nos va a oír Pepita, los buenos negocios mejor no juntarlos.

Tarugo grita flojito.

—Sí, papa, una fiebre del oro, papa.

—Me parece mentira que se me haya ocurrido a mí solo. ¿Y cómo se

provoca una fiebre del oro?

—Pues en las películas de vaqueros...

—Espera, hijo, ¿tú no viste el otro día a un vaquero en el tren que te dio dos céntimos?

Tarugo asiente. A Curro se le encienden los ojos.

—Ese va a ser el primo que nos va a provocar la fiebre del oro. ¿Has oído hablar del timo de la estampita?

—Yo no, pero tengo una estampita de fray Leopoldo de Alpandei. Que te la puedo dejar a precio de risa.

Tocomocho de pegolete

Las romerías son una especie de concentración de vecinos en las que el objetivo principal es alcanzar el éxtasis a base de vino peleón y taconeo salvaje. En ellas se baila por parejas una danza mareante cuyo objetivo es provocar el descarrilamiento de todo tipo de virtud y las pazguatas normas del recato.

Los romeros de pro acuden a estos festejos montados en hermosos caballos que suelen acabar despanzurrados después de vagar por las calles portando señoritos cuyo único interés es mojar el gaznate y llenar la barriga. Para tal menester nunca hay suficientes casetas o asentamientos improvisados donde el agasajo, la barra libre y el derecho de admisión campan y acampan a sus anchas.

Los romeros más festejadores fabrican con la parte trasera de coches para el desguace unos artefactos llamados carricoches que uncen a una resignada bestia de carga. El carricoche de Atanasio está fabricado con la popa de un Mercedes Benz del año 81, está repintado de blanco y lo adornan filigranas a pincel que nos recuerdan a las sillas de un tablao de pesadilla gótica. Tira de él un blanco caballo de flequillo sesentero. Atanasio desciende del carricoche para ayudar a Pepita a subir. Curro y Tarugo observan la escena desde la puerta de su hostal. Atanasio se siente incómodo.

—Don Curro, si le parece bien, antes de llevar a Pepita a enseñarle los entresijos de nuestra producción cerdil —carraspea—, me gustaría dar una vuelta por la ermita.

Curro aprueba con una sonrisa.

—Muy bien, la ermita es un sitio precioso.

Tarugo apostilla feliz.

—Estupendo, y un clásico en el pueblo. Justo detrás hay una higuera rodeada de matorrales altos a la que llaman la suite nupcial porque está el suelo lleno de condones.

Pepita interrumpe.

—Tarugo, cállate si no quieres que te arree un sopapo. Atanasio, no tengo todo el día, vamos a ver el tema porcino y me traes de vuelta.

Curro sonrío a su hija intentando quitar hierro a la situación. Como una madre mirando a su hijo marchar a la mili. El coche arranca llevándose a la pareja. Curro se frota las manos con cariñosa codicia.

—Pasadlo bien. Adiós, tesoro mío, mi tesoro.

El coche de caballos sube la calle y Pepita vuelve a cruzar su mirada con Martin. Apenas un bisbiseo, apenas una chispa en la mirada, apenas una chispa capaz de generar un incendio.

Tarugo también ha visto a Martin.

—¡Papá, el vaquero! ¡Ahí viene el vaquero!

Curro agarra a Tarugo por el pescuezo y una vez dentro del local le espeta:

—Corre, da la vuelta por la parte de atrás y entra en el bar. Haz tu trabajo como te he enseñado y todo saldrá bien. Hijo mío, hazlo bien, para una vez que necesito que te hagas el tonto no me falles.

Tarugo tranquiliza a su padre.

—No te preocupes, papa, sabré estar a la altura.

—Claro que sí, hijo mío, lo vas a bordar.

Tarugo desaparece por la puerta de detrás de la barra en el preciso momento en que Martin entra por la puerta de entrada.

—Buenos días, póngame una zarzaparrilla.

—Claro que sí, señor cliente, esta es su casa. Ahora mismo... Hummm, perdone, ¿me dijo una zarzaqué?

Martin sonríe —¡sonríe!—. Ya nos cae mejor aunque todavía es un personaje que no est  del todo definido.

—Era una broma. Un coca cola.

—Ah, ya, s , claro, lo que usted pida se le da. Para eso estamos aquí, en su casa, para servirle a usted.

Curro coloca sobre la barra un botell n del refresco mientras le quita el polvo.

— Quiere vaso?  Hielo? Hielo no tengo ahora, no me ha llegado el cam n del reparto.

—Es igual, beber  de la botella.

—Claro que s , aquí las cosas al gusto del cliente, y si es de fuera con más motivo. A saber cómo les gustan las cosas a los forasteros..., por cierto, hablando de forasteros, no se ven muchos forasteros como usted por este lado del río Bonito...,  verdad? Y hablando de río,  qu  río tenemos aquí! Un río de película. Ya lo querrían en Río de Janeiro. Un río con mucha leyenda,  sabe usted? Igual hay oro, hay gente que dice que ha encontrado oro ahí, pero a saber. Como hablar es gratis, la gente inventa cada cosa.  Usted qué viene a ver?  El otro río, el Rojo? Vaya asco,  viene por encargo de la NASA?

—No, yo hago turismo por cuenta propia.

—Ah, es que ahí estuvieron unos de la NASA con no s  qué de Marte. Dicen que si hay vida en el río pues habrá vida en Marte. Ya ve, un río que dicen que est  lleno de oro y los de la NASA en el río Rojo buscando marcianos...

Tarugo irrumpe en el bar hablando con la lengua gorda, como si hubiera pasado más horas de la cuenta bajo el sol.

—Hola, papa, me he encontrado una piedra al lado del río que brilla mucho, mira, papa,  a que es muy bonita?

Tarugo le enseña a su padre algo que lleva en las manos que no alcanzamos a ver porque en realidad es aire. Curro mira sus manos y musita para sí con fingido acento de actor de culebrón.

—Oh, oro...

Luego cierra las manos de su hijo como el que guarda una rana nerviosa.

—Calla, niño, que hay gente aquí.

Tarugo se revuelve haciéndose el longui.

—Voy a ver si este vaquero me quiere cambiar esta piedra por un caramelo. Oiga, oiga, usted, ¿tiene un caramelo? Yo se lo cambio...

Curro lo agarra por el cuello intentando meterlo dentro de la casa.

—Ay, qué desgracia el hijo que tengo. Me lie con una prima sin saberlo y me salió cambembo.

Tarugo se deja hacer oponiendo una fuerza meliflua.

—Quiero un caramelo. Ngggñgg.

—Entra dentro de casa, ¡no me obligues a atarte otra vez a la noria!

—¡Cambio oro por un caramelo!

—Calla, calla antes de que te parta la poca cabeza que tienes. Qué oro ni qué oro.

Curro empuja a su hijo dentro de la casa y al cerrar la puerta se dirige a Martín, que asiste a la escena con flemática indiferencia.

—Usted perdone al niño. Ya habrá oído hablar del oro de los tontos. Pues eso, como mi hijo es tonto, confunde la pirita con oro.

Martín habla tras un breve carraspeo y su voz suena como la de un actor shakesperiano.

—Es mejor la pirita. El oro es una de las mayores desgracias de la humanidad. Los hombres llevan siglos matándose por algo que no sirve para nada. No se come, no se bebe, no calienta ni cura enfermedades...

—Ya..., bueno, pero tampoco da alergia ni se pone verde.

—Si su hijo ha encontrado oro lo mejor que puede hacer es guardar silencio. La extracción de oro es muy perjudicial para el planeta. Así que mejor que lo de su hijo no sea oro.

—Hombre, visto así... —Curro se amohína—, pero unos zarcillitos para comprarle a una madre en el día de la madre...

—A las madres lo que hay que hacer es escucharlas y acompañarlas. Las madres lo que quieren es cariño.

—Pero si además de cariño se da una esclavita de oro con broche de seguridad...

—Para extraer oro de una montaña hay que envenenar la tierra con cianuro. ¿Y para qué? Para obtener vanidad, que es poco más o menos lo

mismo que decir nada, nada de nada. ¿Qué le debo?

—Un euro. Ya, sí..., pero usted no tiene por qué preocuparse, porque no era oro. Aunque a lo peor era oro...

—Escúcheme y perdone que le insista, si era oro mejor que no se entere nadie. El oro es la ruina de la tierra y de la humanidad. Buenos días.

Martin sale por la puerta balanceando la cadera. Tarugo asoma por la puerta como se asomaría un japonés miope por la escotilla de su submarino.

—¿Qué tal, papa? ¿Qué tal lo he hecho?

—Tú lo has hecho fenomenal, lo has bordado, has estado de lo más creíble, pero este..., este va de ecologista.

Tarugo tiene un arranque de furia, atenuada por su desconocimiento particular.

—¡Me cago en Greenpeace!

Curro levanta la mano para hacerle callar.

—Si pudiéramos enseñarle oro de verdad ya verías como le cambiaba la cara a este. Todo el mundo palidece ante el brillo del oro.

—Pues se le enseña oro de verdad y asunto resuelto, ¿no, papa?

—Sí, hijo, sí, qué fácil es decirlo. ¿De dónde sacamos oro de verdad? ¿De las macetas sacamos oro de verdad? Con una sola pepita, una pepita de oro, una bolita de nada, podríamos ganar toneladas de oro.

Tarugo se queda pensativo y deja caer unas palabras llenas de amargura.

—Ya, papa, no sigas. Si yo no hubiera pulido las joyas de mamá...¡Qué pena, qué lacra la droga! No me lo recuerdes que me echo a llorar. Me voy a dar un oreo y a ver si consigo colarme en algún corral para consolarme.

Tarugo sale por la puerta. Curro se queda pensando y una bombilla de veinte vatios se enciende en su cabeza de chorlito. Ya sabe cómo conseguir ese oro. Oigamos sus pensamientos.

Sólo tengo que dejarle caer a doña Urraca que para convencer a mi hija de que se case con su Atanasio hay que entregarle un anillo de pedida. Que ella lo coja, ya habrá tiempo después para hacerlo desaparecer de la mano de Pepita.

Qué mal me está cayendo este personaje. Si llego a saber de su mente retorcida, además de calvo lo habría creado contrahecho, tuerto o con pinta de garrapata. Ya es tarde. Sigamos...

Oscuro en el claro

La tarde va cayendo con la prisa con la que la miel corre por los bordes del tarro.

Los árboles se agitan con gustirrinín por las cosquillas del aire y las pequeñas aves que pueblan el bosque lanzan su canto en demanda urgente de compañía o de soledad. Según el carácter.

Hartum, el morito del burrito, está dando brincos en un claro del bosque. Lleva un péndulo que oscila y en el que tiene clavadas sus dos pupilas.

—*Sabaá, tamanya, tisa á, ashara, jashara!*

Hartum clava el talón en la tierra y deja una marca sobre la hierba, se dirige a su burro, saca de sus alforjas un azadón y vuelve a colocarse sobre la marca, clava el azadón.

—*¡Huaja!*

Tarugo ha salido a pasear antes de que acabe de caer la fresca. En casa a esas horas se aburre y hace tiempo que decidió que salir a buscar escorpiones podría ser una actividad que el pueblo le agradecería. De pronto, ¿qué ven sus ojos? Un hombre árabe cavando un hoyo en medio del bosque.

—Hola, buenas tardes, señor árabe. Es usted árabe, ¿verdad?

Hartum pega un respingo y se apresura a responder.

—Yo sí, amigo, amigo árabe, sí.

—Yo tengo muchas ganas de ir a los Emiratos Árabes. Me han dicho que hay mucho petróleo allí y a mí el petróleo me gusta mucho, aunque nunca lo he probado. ¿Qué hace aquí? ¿Busca petróleo?

Hartum, ante el desconcierto, decide tirar hacia cualquier lado.

—Sí, petróleo, aquí. No busca. Sí, yo sí busco petróleo. Pero no busco.

Tarugo se sienta sobre una pequeña peña.

—Eres la primera persona que veo que viene aquí buscando petróleo sin buscar petróleo.

—Petróleo es difícil. A mí gusta mucho minerales, piedras bonita, geoda, trilobite del desierto, mucho bonito, precio amigo.

Tarugo se pone a divagar.

—La mayoría de los árabes viene aquí a buscar unas ollas enterradas, que yo no sé si eso es una leyenda o qué es. Los Reyes Católicos, ¿te suenan de algo los Reyes Católicos? Lo daban en una escuela aquí, a mí me lo dieron, pero a ti a lo mejor en la escuela a la que ibas te hablaban del moro Musa o de Fu Manchú. Cada cual va a lo suyo y así va el mundo, que va fatal porque no se ven las cosas si cada uno las mira desde el punto de vista del cristal con que se mira.

Hartum está empezando a sudar la gota gorda.

—¿Los reyes alcohólicos?

Tarugo le corrige con atildada severidad pero marcando parte del acierto.

—Casi, casi, casi. Has acertado tres cuartas partes del enunciado. Te pondré un siete y medio. No está nada mal para ser de fuera.

De repente, en su mente de hueso de aceituna, aparece la imagen de su profesora, Estrella, una mujer de buen corazón, mirada tierna, voz cantarina, paciencia relativa y una vocación a prueba de bombas. Su dedicación a la noble tarea de la enseñanza y doma de sus alumnos no le impedía golpear a Tarugo en el trasero con una vara de avellano. Tarugo se pone didáctico y soñador.

—Los Reyes Católicos eran unos reyes muy mayores que mandaban mucho en su reino, que apra eso era suyo. Los Reyes Católicos como eran católicos echaron a los árabes de aquí porque se llevaban fatal. Los moros no se querían ir porque aquí había mejores carreteras y los reyes mandaron a una patulea de

soldados con caballos y les pasaron por encima, que yo lo he visto en la iglesia. Entonces los moros dijeron, vale, me voy, pero se iban pensando, vamos a hacer que nos vamos, buscamos refuerzos y volvemos en un pis pús, y, claro, para qué se iban a llevar sus cosas de valor incalculable con lo que debe pesar todo eso y la cantidad de gente que podría pedírselas allí donde iban. Un amigo mío fue allí y me dijo que aquello estaba petado de parientes pobres.

Hartum sigue dando paletadas de tierra, mirando de reojo a Tarugo. El pánico se está apoderando de su sistema nervioso. Tiene que quitarse a este charlatán de encima.

—Aquí hay algo duro, amigo, sí, duro, duro muy duro. Ven aquí, algo duro. Tarugo se asoma al hoyo.

—¿Algo duro?

Hartum golpea con la pala a Tarugo en la cabeza. Tarugo se toca la sien, que empieza a sangrar.

—¿Tú estás tonto? ¡Sangre! ¡¡Me has hecho sangre!!

Hartum sale del hoyo con la velocidad de un tigre anfetamínico. Levanta la pala para volver a golpear a Tarugo pero este se ha puesto de pie y golpea en las partes blandas a Hartum, que se retuerce y a punto está de dejar caer la pala. Tarugo agarra la pala para arrebatársela a Hartun y se da él solo un golpe en pleno rostro con el envés de esta. Tarugo trastabilla y aún tiene tiempo de añadir:

—¿A ti qué te pasa conmigo? Si no te gusta mi conversación podías decírmelo de otra manera.

Hartum golpea de nuevo a Tarugo soltando por la boca una salmodia inteligible.

—*¡Yajaraackatras jalmahaya!*

—Oye, oye, oye. Estate quieto con la pala que ya no soy más tu amigo.

Tarugo, viendo que la situación diplomática no se recompone, echa a correr, decidido a poner tierra por medio de aquel torbellino de golpes sin moraleja o enseñanza.

Bellotadas a cascoporro

Atanasio ha llevado a Pepita hasta unos sombríos chiqueros de su propiedad. Al llegar ha hecho descender a Pepita del carricoche con gran prosodia y elegancia, le ha tendido el brazo, ella ha enhebrado con reparos el suyo por no trastabillar y ambos han caminado hacia el lugar donde pernocta parte de la cabaña porcina del próspero Atanasio. Ella mira hacia el cielo, especulando si ese es el papel que el destino ha marcado para ella, y si es así, piensa en lo poco dotada que se siente para interpretar el personaje. El suelo está cubierto de un fango pestilente y Pepita mira entristecida cómo sus zapatos de charol se hunden en esa viscosidad oscura sobre cuya procedencia mejor no especular. En la puerta de chiqueros está Ronaldo, otra víctima de la consanguinidad y la deficiente alimentación de la posguerra.

—Qué muhé má guapa y rebién hecha e eza zeñorita. ¿Ez tu novia? ¿Sí? ¿No? Pos zi no yo estoy zoltero y zin compromiso.

Atanasio hace las presentaciones.

—Este es Ronaldo, como Cristiano Ronaldo, pero sin Cristiano. Perdona su atrevimiento, pero vive aquí solo y se relaciona prácticamente solo con los cerdos.

—¿Quie ze mi novia? Ando buhcando muhé y a mí usté ma gustao una jartá.

—Quieto parao ahí, Ronaldo, tú a lo tuyo. A las personas déjalas en paz. ¿Hay novedades?

—Zi, jefe, qué lástima, la Vicenta, parió antianoche zeis gorrinos preciosos, pero para mí que le ha zentado muy malamente el parto porque za quedado ahí tieza. A ezos acabo de terminar de darle er biberón y azí habrá cazé o azarlos con papas pa que no zufran.

Un rojo encarnado sube al rostro de Pepita. Curro la mira y la tranquiliza.

—Aquí no tenemos esas costumbres salvajes. Aquí no comemos recién nacidos. ¿Dónde están esos lechoncitos?

Ronaldo señala un chiquero.

—Vamos a pasar a verlos. Tú vete por ahí a repartir Zotal, que está esto lleno de moscas. Si vendiéramos moscas al peso en vez de jamones seríamos ricos.

Atanasio y Pepita entran agachando la cabeza por la puerta del chiquero. En la oscuridad unas criaturas sonrosaditas corretean emitiendo unos chillidos entre el alborozo y el pánico. Atanasio se lanza a por uno de ellos y se lo coloca en el pecho a Pepita. Pepita, sorprendida, agarra el cuerpo caliente del cerdito con precaución pero con firmeza. Atanasio la mira con dulzura mientras le acerca un biberón de tamaño industrial. Pepita agarra el recipiente y acerca la tetina al hocico del cochino, que se pone a mamar con una codicia impropia de un ser que desprende tanta ternura.

—Yo he criado cerdos con biberón a punta pala. Con esto quiero transmitirte la idea de que se me dan muy bien los lechones.

Pepita observa al cerdito en sus brazos. Sus ojos tan humanos, esa naricilla que no para de moverse. Pepita habla casi en trance.

—La verdad es que los gorrinitos son la mar de salados. Le entran a una ganas de hacerse vegetariana.

Atanasio se balancea feliz delante de ella con las manos en los bolsillos. El cerdito amamanta como si estuviera exprimiendo las últimas gotas de su vida.

—Yo te veo ahí con el marrano en el pecho y pienso en lo buena madre que podrías ser.

—Yo sería una madre estupenda, pero me falta encontrar a un hombre que

me guste para ello.

Atanasio no encaja el golpe.

—Los marranos inspiran pensamientos a cada cual los suyos que confluyen. Déjame que le saque el flatito.

Atanasio coge al cerdito, se lo coloca en el hombro y le dice, mientras le da unos azotitos en el lomo:

—A mí me gustaría tener como mínimo seis. Como mi madre, ¿te he dicho que tengo cinco hermanos? Pues sí, pero solo yo, el más pequeño, se ha quedado con las cargas de mi madre y de la gestión del negocio gorrino.

Oímos un eructo del cerdito. Atanasio se lo descuelga del hombro, le da un besito en los morros y le dice, mientras lo suelta en el suelo:

—¡Hala! Vete a dar una vuelta, que estamos aquí hablando las personas mayores. ¿Sabías que las mujeres estériles o de sesenta años que se someten a fecundación *in vitro* pueden tener hasta seis hijos de una tacada? Como los cerdos. —Atanasio se acerca a Pepita en la oscuridad—. Pepita, hay una cosa que te tengo que decir. Tu padre me ha dicho que te estás pensando lo de formar conmigo una familia y yo quería saber si ya te lo has pensado.

Pepita camina hacia atrás, como si estuviera huyendo de un fantasma.

—Pues no me ha dado el tiempo para darle la vuelta a ese asunto, estoy tan ocupada...

—Conmigo tendrás todo el tiempo libre del mundo. A mí me encanta disfrutar del tiempo libre, soy cronofílico del asunto.

Pepita advierte que hay una puerta en el otro lado.

—Pues ya ves, Atanasio, yo tengo un estrés tremebundo, es más, ya me ha sonado la campana de que me tengo que ir para casa. Unos tanto tiempo libre y otras tan atareadas. Se me ha echado la tarde encima.

Pepita sale del chiquero y corre dehesa abajo. Atanasio le grita.

—Pepita, ¿dónde vas? ¿No quieres que te lleve?

—No hace falta, Atanasio, tú sigue ahí disfrutando de tu tiempo libre.

—Vale, Pepita, pero no te olvides de que mi tiempo libre lo quiero encadenar al tuyo. ¿Eh? Adiós. ¡Guapa!

Las últimas palabras se las lleva el aire que cruza la dehesa. Un aire lento comparado con el aire que se está dando Pepita en poner distancia.

Guarreridas a la caída del sol

Urraca ha elegido para su paseo por la dehesa un vestido largo copiado del que lucía Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*. O eso cree ella. Viéndola caminar, cualquiera diría que la tarta nupcial de un banquete se ha escapado del salón de celebraciones. Porta en la mano derecha un parasol con volantes de un color tan descolorido que llamaremos beis. A su lado, Curro camina con la boina entre las manos en una clara señal de educación y con una actitud humilde que raya la sumisión. Una atenta mirada nos haría percibir que de una de sus orejas asoma una gota de sangre. Que nadie dude que me encanta narrar, pero la voz de Urraca se impone sobre todas las demás con la fuerza de un puñetazo a traición y, en mi caso, escucho su cháchara imparable y una sensación de aturdimiento me impide no solo disfrutar de la vida sino siquiera poner palabras a la acción. Ahí viene, ya suena, es la cascada verborreica.

—Mi Atanasito es un poco borrico, borrico como su padre, que era mulo mulo. Pero bueno, bueno, bueno como un pan. Y qué pan hacíamos aquí. Anda que no era buena yo amasando pan. Me salían unas hogazas como panes. Tiernas como tetas de novilla...Para ternura mi hermana Conchi, tierna como una madalena, se caía de tierna y en el pueblo todos decían que era por tonta, anda que tonta, más lista que el aire... Como mi Atanasito, un muchacho sin tacha, un caballero. Anda que no tengo yo ganas de nietecitos y cómo se me

dan a mí los críos, la mamá gansa se queda en pañales comparada con servidora.

—A mi Pepita también le gustan...

—Pues no sé qué están esperando esos dos pimpollos para casarse, si es que están hechos el uno para el otro, a ver...

Una piara de unos veinte cerditos acompañan a paso nervioso el paseo de los dos setentones. Curro se decide a expresar, utilizando un silencio repentino por una contingencia en el trayecto, el motivo de su visita.

—Yo creo que Atanasio debería de hacerle una proposición formal, pero no con un chorizo. Un anillo de oro...

—Pues mi Atanasio padre me conquistó así, con un chorizo. Me dio un chorizo, un chorizo me dio y yo ni me lo pensé, trinqué el chorizo y del chorizo al altar. Nosotros no tuvimos noviazgo, solo pan y chorizo. Y qué pan y qué chorizo.

—Perdone que la interrumpa. Decía que un ani...

—Ay, la posguerra, pasábamos un hambre que nos comíamos las bellotas, bellotas como estas, y venga a comer bellotas, bellotas asadas, bellotas en almíbar, bizcocho de bellotas, potaje de bellotas, aliño de bellotas, *concretas* de bellota, qué *concretas* hacía yo de bellotas, venían todos a comer...

—Estoy seguro de que Atanasio ablandará el corazón de mi Pepita si poniéndose de rodillas delante de ella le entrega un anillo.

—¡Huy! Para anillo el de mi tatarabuelo Atanasio, le llamaban el nibelungo porque llevaba un anillo... Gordo y macizo. Que no sé yo cómo podía ir por la calle con semejante anillo, si tenía un brazo más largo que el otro. Yo creo que eso debe de ser malo para la espalda, yo creo que sí, que el hombre se escoraba por culpa del anillo. Por ahí debe de andar el anillo ese.

A Curro se le iluminan los ojos.

—Pues que lo busque, por su bien se lo digo, y se lo dé a Pepita.

—Un anillo de oro, anda que no saben nada las niñas de ahora. ¡Un anillo de oro! ¿Qué está pasando con esta juventud tan materialista? Ya no queda hueco para el romanticismo.

—Bueno, bueno... Aparte del anillo para conquistar a mi Pepita tiene que decirle palabras bonitas, que salgan de un corazón sensible como el de su hijo

porque si no...

—Mi hijo es más romántico que un camión, y tiene un corazón muy sensible, oculto, pero lo tiene. Como su padre, que en paz descansa, que era un mulo pero sensiblero, y bueno, bueno como un pan, y qué pan hacíamos aquí, unas hogazas que no cabían en la mesa...

—Mi hija no es una niña interesada, ella es soñadora y apreciará que le recite cositas que le hagan tilín tilín, claro, pero un añi...

—Ay. Ya no quedan hombres como usted. Los mozos de ahora no entienden el alma femenina. En mi época...

Curro hace un esfuerzo por aparentar poseer un alma encendida por el lirismo.

—Versos como: no puedo vivir, qué deslíz, sin verte feliz, o, eres mi delirio, flor de lirio.

Doña Urraca se lleva la mano al cuello en señal de arrobó. Curro se viene arriba.

—Te convertiré en la reina de mi palacio y con tu venia te amaré despacio, despacio hasta llevarte al espacio.

Doña Urraca empieza a abanicarse con la mano.

—Me están subiendo unos calores que me estoy derritiendo viva.

Curro sigue en su ensoñación poético-romántica. Él es el primer sorprendido de lo inspirado que está para el ripio esa tarde.

—No me hagas sufrir con tu desdén, dime que sí y te llevaré al Edén.

Urraca se vuelve, agarra la cara de Curro y le pone las largas en los ojos. Curro se queda alobado, estupefacto, como un conejo en la carretera.

—Esto que estás oyendo no es un tambor, es mi corazón. Déjame que te bese, te acaricie y te devore. Mocetón.

Urraca acerca sus finos labios a la boca carnosa de Curro.

—Tu boca, tu boca me vuelve loca.

Curro recula alarmado haciendo la cobra.

—¿Loca? Loco. Si es su hijo el que habla tendrá que decir loco. Tu boca me vuelve loco...

Urraca da un empujón a Curro y lo arroja a los pies de una encina.

—Tú me has vuelto loca de remate, dame jaque mate. Quiero ser tu fuente

de placer. Ven aquí y hártate de beber.

—¡Doña Urraca, conténgase!

Urraca se sienta sobre él, empieza a besarle el cuello e intenta desabrocharle la camisa.

—Curro, tóname, hazme tuya, que mi cuerpo aúlla.

Urraca se abre el vestido y saltan, como las olas que entran por las ventanas con las mareas de septiembre, dos mamas como dos pizzas de natillas. Dicho esto con todo el respeto por la comida italiana, las natillas, las mamas, la fuerza de la gravedad y el paso del tiempo. Este narrador pide disculpas si alguna persona con el pecho en esa situación desearía que se hablara de él en otros términos pero es deber de su oficio expresar lo que ve y si hay que buscar algún culpable por la cruda descripción sobre lo que ha asomado por el escote de doña Urraca yo escurro el bulto de mi culpabilidad y señalo a la naturaleza, tan hermosa como caduca.

Curro da un respingo hacia atrás.

—¡Doña Urraca!

Urraca da un brinco hacia delante.

—¡Soy tu jaca!

La mujer agarra la cabeza de Curro y la hace desaparecer en su pecho como si lo envolviera con una toalla de piel. Los cerditos que trotan despreocupados alrededor huyen despavoridos de la ardorosa escena. Y yo también.

Luz de descalabros

Curro avanza renqueante por su calle. Siente que le ha pasado por encima la banda municipal y su desfile de *majorettes*. La molienda que ha sufrido a cargo de la piedra de molino de doña Urraca le ha dejado las rodillas temblonas, las costillas desplazadas, la espalda llena de arañazos, el cuello medio desollado, las orejas calientes, los labios rotos y los riñones que dan calambre. Prefiere no pensar en su dolorido, escuchimizado y enrojecido aparato genital. Sus partes han sufrido tal trabajo de ordeño que más que una característica masculina parecen una bota de vino tras unos sanfermines. Tarugo, que viene con la cabeza abierta, lleno de sangre y el cuerpo enfangado, al verlo exclama alarmado:

—Papa, ¿qué te ha pasado?

—Nada, hijo, me ha pasado un tren por encima, pero nada. El que algo quiere algo le cuesta. Si quieres peces te tienes que mojar el culo, si quieres oro igual tienes que ponerlo. La vida es así.

Curro repara en las lesiones de su hijo.

—¿Y tú? ¿Dónde te has metido que vienes hecho un desgraciao?

—Yo no me he metido, a mí me han metido. Me han metido con la pala aquí y aquí, pero aquí me di yo solo porque calculé mal mi fuerza y tuve efecto contraflecha contra mí mismo.

—¿Quién ha sido?

—Un moro.

—¿Un moro?

—Sí, un hombre moro. Menos mal que bicho malo nunca muere, que si no ya estaría criando lombrices. Me refiero a mí mismo. Al moro no lo conozco, pero no me fío ni de él ni de su pala. Y las lombrices..., qué quieres que te diga, papa, no he intimado lo suficiente con ellas.

Curro coge a su hijo por una oreja y lo mete dentro del hostel como el que mete un trozo de alcornoque en la caldera de una locomotora.

—Escúchame, hijo de tu madre, que te ataquen los del pueblo lo permito e incluso lo entiendo, pero que vengan del extranjero a pegarte eso no lo puedo pasar por alto. Ahora mismo llamo a la pareja.

Curro se dispone a coger el teléfono cuando ve que en la puerta del local acaban de aparecer, casi por arte de birlibirloque, Andoni e Imanol, dos jóvenes guardias civiles enviados a ese confín a impartir justicia, proteger la ley y subir la testosterona de la comarca. Andoni e Imanol lucen dos beneméritos bigotones marca de la casa que atusan con primor. Ambos hablan con un fuerte acento de Bilbao, motivo de orgullo y lucimiento añadido que realza el empaque del uniforme verde y el acharolado tricornio. Curro empuja a Tarugo a un lado y se acerca a ellos. Andoni eleva la voz.

—Ya está aquí la autoridad.

Imanol contesta.

—Paso a la autoridad.

Andoni añade.

—¡Alto a la autoridad!

Curro musita perplejo:

—¿Alto a la autoridad?

Andoni responde a voz en cuello como los niños que cantan la lotería los veintidós de diciembre.

—¡Le estaba avisando a mi compañero que aquí hay un escalón, un alto a la autoridad!

—Gracias, compañero Andoni. No lo había visto.

Curro les invita a pasar con la ceremonia de un visir de opereta.

—Pasen, por favor, no se queden en la puerta. ¿Quieren tomar algo? ¿Un tintorrito quizá?

Imanol rehusa con gesto altanero.

—No, muchas gracias, estamos de servicio.

Andoni se queda mirando al frente y añade:

—¿Dónde está el servicio?

Andoni parece que olfatea el aire. Curro le señala la puerta del urinario para clientes del bar.

—Esa puerta de ahí. La luz está a la derecha.

Andoni exclama:

—La luz siempre está a la derecha.

Andoni desaparece en el aseo. Curro se dirige a Imanol.

—Mire, agente, me disponía a llamarles ahora mismo para denunciar una agresión. Este es mi hijo, el agredido. Mire cómo me lo han puesto.

Imanol se acerca a Tarugo con prevención.

—Cuénteme qué le ha pasado.

Tarugo responde haciendo un mohín de tristeza.

—Me ha pasado la contra Reconquista por encima de la cabeza.

—Ajá... Espere un momento, que este dato tengo que apuntarlo en la libreta.

Imanol se saca un cuadernillo de entre las ropas. Curro interviene.

—Mi hijo lo que quiere decir es que ha sido atacado por un ciudadano árabe.

Imanol, al escuchar la voz de Curro, realiza un giro similar al que realizan los karatekas en los videojuegos y luego vuelve a encararse a Tarugo.

—¿Puede decirme con exactitud de qué país árabe era el ciudadano árabe y cómo se llama usted? ¿Dónde ha sucedido el altercado? ¿Qué estaba haciendo en el lugar de los hechos? ¡Responda o le aplico la ley cualquiera!

Curro observa el cariz al que ha virado el asunto e inquiera:

—Oiga, oiga, que mi hijo no es un delincuente. Mi hijo no es el imputado.

Tarugo levanta las manos como defendiéndose.

—Efectivamente. Yo soy el puteado, la víctima. Mire usted, yo iba por el campo tan pancho.

Andoni sale en ese momento del aseo y señala a Tarugo con el bolígrafo de las multas.

—¿Iba usted conduciendo? No estaría hablando por el móvil...

Tarugo niega y se levanta de la silla con porte mesiánico.

—Yo iba caminando, a paso normal, paso oveja que se dice. Tiernamente, observando cómo marcea el campo en mayo cuando mayea en marzo, y me han golpeado cobardemente, sin compasión, en la cabeza, sabiendo que la cabeza es mi punto débil porque yo soy, como todos ustedes, un mamífero terrestre, y un anfibio los sábados si consigo colarme en la piscina.

Andoni saca su libreta de partes y asiente con la cabeza. Cualquiera diría que lo que está oyendo lo ha escuchado miles de veces.

—Le recuerdo que son ciento cincuenta mil de multa y tres puntos del carné. En el caso de que tenga usted carné. ¿Tiene usted carné?

Curro interviene molesto.

—¡Por favor, tranquilícense! Lo que queremos es que quede constancia de que a mi hijo le han agredido y que se castigue al agresor con el peso de la ley.

Imanol se lleva las manos a la cabeza.

—¡Eso es lo que queremos hacer! ¡Son ustedes los que están obstruyendo el trabajo de la autoridad!

Andoni intenta calmar a su compañero.

—Tranquilo, Imanol, saldremos de esta. Confía en mí.

Andoni se ajusta los pantalones.

—Vamos a empezar por el principio. ¿Dónde se produjo la agresión? Dígame exactamente dónde se produjo la agresión.

De pronto la media neurona de Tarugo se activa con un chispazo. Como en un destello, un fogonazo, Tarugo se da cuenta de que no puede decir dónde estaba. Si lo dice es posible que ponga en la pista de una olla de oro a los guardias. Debe callar. No delatar a nadie. El silencio es la mejor opción para los intereses que se han dibujado en el güito de su cerebro.

—¡Conteste!

Tarugo mira a su padre y responde:

—Yo perdí el conocimiento, perdí el conocimiento, ¿verdad, papa? ¿Verdad que yo perdí el conocimiento hace mucho? —Tarugo empieza a llorar

—Tú siempre me has dicho que yo no tengo conocimiento, papa. No me falles ahora.

Curro intenta entender a su hijo, que se ha puesto a guiñar un ojo y a sacar la lengua.

—¿Qué te pasa, hijo mío? Estás más tonto que de costumbre.

Tarugo abre el abanico de aspavientos que preceden a un ataque epiléptico y musita a su padre ante la atenta mirada de los guardias.

—No puedo decirlo, nnnnngggg...

—¡Tarugo, contesta a tu padre! ¿Por qué no puedes decirlo?

—La olla..., ngggnnnggg...

—¿La olla?

Andoni musita con la boca abierta.

—¿Se le va la olla?

Una intuición animal recorre con un rubor la frente de Curro. Algo pasa. Su hijo es muy particular, pero en esta ocasión hay un plus de anormalidad que es novedoso. Tiene que hablar con su hijo, pero a solas. Necesita ganar tiempo. Se dirige a los guardias.

—Esto..., señores agentes de verde..., ¿quieren tomar algo?

Imanol ataja a su compañero.

—Estamos de servicio.

—¿Estamos de servicio? —contesta Andoni con un extraño retintín—. Pues habría que darse servicio.

Imanol sonríe con pícara malicia.

—Andoni, ¿el servicio estaba...?

—Te acompaño, Imanol.

Los dos guardias se meten en el aseo al trote. Curro le hace un gesto a Tarugo señalándose la nariz.

—Estos se ponen de farlopa.

—Papa, tenemos un problema. No puedo decirles a los señores de uniforme dónde me dieron con la pala porque ese moro está detrás de una olla.

—¿Una olla? —A Curro se le encienden todas las alarmas—. ¿Una olla de esas con monedas de oro antiguas? ¿Una olla de las de las leyendas de las ollas de oro? ¿Dónde está la olla?

—No estaba en el hoyo. En el hoyo estaba el moro solo. El moro me dijo que había encontrado algo duro, yo pensé que era una cosa digna de verse, pero era mentira, lo duro era mi cabeza, pero sin exagerar.

—Ya lo he entendido. Haremos que se vayan. Disimula. Haz como que no te acuerdas de nada. Que eso se te da muy bien.

Imanol y Andoni salen del aseo.

—Falsa alarma —dice Imanol con la voz engolada—, era un simple pedo.

Andoni añade:

—Sí, y ya ven, yo me he puesto a mear —mientras se frota la nariz— y me he salpicado toda la napia.

Curro se interpone entre ellos y Tarugo.

—Mi hijo no recuerda dónde se produjo la agresión.

Tarugo se asoma por detrás de su padre.

—Lo recuerdo perfectamente. Fue aquí al lado, en Andorra.

—¿En Andorra? No iría conduciendo y hablando por teléfono.

—¡Pero si Andorra está en casa dios! —clama Imanol—. ¿Cómo va a ser aquí al lado en Andorra?

Andoni inquiere a Tarugo.

—¿Seguro que fue en Andorra? Igual se está confundiendo con Ondarribia.

Tarugo contesta tímidamente.

—Lo que sé es que fue en pleno centro.

—¿En pleno centro? —musita Imanol con los ojos como platos.

Andoni interviene víctima de una desorientación transitoria.

—¿Dónde está el centro?

—No sé —se interroga Imanol—. ¿En qué centro?

Tarugo se señala la herida.

—En el centro de mi cabeza.

Curro sale al rescate.

—No hay manera de que este hijo mío se aclare. Lo mejor es que lo dejemos estar. Le han golpeado en la cabeza, pues el golpe no se lo va a quitar nadie. Tampoco podemos decir que hayamos perdido mucho. Él ya era así de antes así que no hemos ganado ni perdido nada. Con su permiso le voy a poner el pañal y lo voy a acostar. Ya que no se quieren tomar nada..., muchas gracias

por la visita.

Imanol remolonea.

—Ya que insiste, nos llevaremos una botella de vino, como ahora estamos de servicio nos la beberemos a su salud después. ¿Le parece bien?

—Pacharán, mejor de pacharán —apunta Andoni—. ¿Tiene pacharán, señor?

—Pues no, lo siento, vino blanco es lo que hay. Con refresco de limón entra de maravilla.

Curro les entrega una botella mientras los invita a salir del local. Imanol mira la botella con prevención.

—Bueno, menos da una piedra.

—Nos la tomaremos en honor de nuestra patrona. Muchas gracias.

Curro realiza una cursi genuflexión de cabeza.

—Gracias a ustedes.

Andoni se encara a él.

—Den gracias también porque no hemos querido abrir un parte por no llevar chaleco reflectante. Se acaban de ahorrar ciento cincuenta euros de multa y tres puntos del carné.

—Son ustedes muy amables.

Imanol señala a Curro.

—Ah, una cosa que se me olvidaba... —Imanol señala con el dedo la frente de Curro—. El manos libres es para usarlo con el coche parado, ¿estamos?

—Eso, y dé las gracias de que no nos llevemos un sacacorchos.

—Muchas gracias, agentes. Buenas noches y muchas gracias otra vez.

Los dos guardias civiles responden al unísono.

—Que sea la última vez y buenas noches.

Andoni e Imanol se dan la vuelta y tiran camino abajo mirando la botella con deleite. Desde lo alto de la calle vemos la figura de Pepita. No podemos reprimir una exclamación de placer. ¿Se puede bajar una calle con más gracia? No, no es posible. Pepita distingue a su padre en la puerta de su local.

—Hola, papá. Tienes mala cara. ¿Has pasado mala tarde?

—Hola, hija, yo todo bien, todo en su sitio... Tu hermano, que no hace más

que darnos disgustos.

Pepita entra en el bar y ve a Tarugo al fondo, sentado sobre unas cajas de botellines.

—Y ¿a este qué le ha pasado que está todo descalabrado?

—Tu hermano —dice Curro mientras le guiña un ojo a Tarugo—, que se ha caído al suelo y... le han dado una paliza. Como cuando era chico y se caía al lado de mamá y mamá le daba una paliza, pues igual. Pero con unos del pueblo de al lado, que son la hez de la tierra y nos han tenido que tocar de vecinos.

Tarugo pone voz de niño desvalido.

—Sí, igual, igual, pero no lo mismo, porque esta vez no he llorado, y eso que, como ves, me han dejado hecho un Cristo acogotado en el Gólgota.

—Ay, santa Bárbara bendita, hermanito —dice Pepita arrodillándose junto a su hermano—. ¿Quieres que llamemos al médico? ¿Te encuentras bien?

Tarugo, tranquilizado, niega con la cabeza.

—Yo tengo el cráneo muy duro. ¿Quieres que te abra una bolsa de nueces con la frente?

Curro se acerca una silla y se sienta frente a Pepita.

—¿Qué tal el negocio de Atanasio?

Pepita lo mira arqueando peligrosamente una ceja.

—El negocio del cerdo es apasionante. No lo he mandado a hacer morcillas de milagro.

—Por favor, Pepita, creo que no lo has entendido. Atanasio con esto de sus morcillas, sus chorizos, sus detalles ibéricos, su cortesía campechana, te está invitando a que entres en su dehesa íntima, en su mundo romántico.

Pepita sonríe con sorna.

—Novedades.

—No puedes enfadarte porque Atanasio te pida que entres en su vida por la puerta grande.

—Para ser exactos —tercia Tarugo—, para que te embutas en su vida.

Pepita siente un repelús, un escalofrío, como si un cuchillo de nieve le recorriera a contrapelo la espalda.

—Sí, papá, muy pintoresco el mundo de Atanasio, pero para verlo desde fuera, mejor dicho, desde la barrera. Mejor todavía, para verlo en postales

desde la otra punta de la galaxia.

Curro se acoda en sus rodillas y se masajea los mofletes con preocupación. Pepita lo mira con cariño, ¿no lo va a mirar con cariño, si es su padre?

—Papá, te quiero, y nada me gustaría más que verte feliz, pero es que no te das cuenta de que después de que entre en su mundo me echa la llave, me quiebra la pata y me ata a la cocina. Los hombres como Atanasio están cortados por ese patrón. ¿No lo ves?

Tarugo salta de su silla y exclama con vehemencia:

—Lo que diga el patrón va a misa. Las costumbres del santo patrón son así y son inamovibles. Las cosas ancestrales se llevan así, a machamartillo, en plan golpe de karate. ¡Ñaka! ¡Hahhha!

Tarugo empieza a desplazarse por la habitación haciendo una demostración de artes marciales copiadas de una serie de dibujos animados.

—Ñajka huuueeiii. Así es porque así ha sido siempre y así lo manda el santo patrón, ¡ñaka!, y al que diga lo contrario, lo escuchamos, sí, pero como el que oye caer las hojas muertas, y mientras, afilamos el hacha porque, ¡ñaka!, lo que diga la tradición no lo mueve nadie. ¡Ñaka! Hueeeyyyy.

Tarugo golpea el aire y se queda quieto en estado de meditación postrauma oriental. Pepita implora a su padre.

—Papá, ¿por qué no le dices a Tarugo que se vaya a dirigir el tráfico a la plaza? El camión frigorífico está a punto de llegar y con un poquito de suerte el conductor viene más borracho que de costumbre y nos hace un favor a todos.

Curro no levanta la vista del remanso de los ojos de Pepita.

—Pepita, hija mía, en este pueblo quedan pocos hombres. Hay mucha emigración masculina y tú, más que te pese, ya estás en edad de merecer. Así que no te puedes quedar dormida en los laureles. Imagínate que viene una caravana de mujeres o un autobús lleno de mulatas. Te ibas a quedar con el tema tirando más bien a chuchurrío. No sé si me estoy expresando adecuadamente.

—Bueno, tampoco hay que ponerse tan tremendo. Yo me basto y me sobro. A mí, si me enamoro, bien, si no tampoco pasa nada. Yo no soy una mujer que

tenga que buscar a un hombre para completarse. Eso de la media naranja y demás le vendrá muy bien a las medias naranjas, pero, por si no te has dado cuenta, papá, a mí no me falta media naranja. Soy una naranja entera y muy a gusto que estoy así.

Curro la interrumpe.

—Hija, esas son cosas que se piensan a tu edad. Con tus años yo también iba por ahí cantando *Like a Rolling Stone* de Bob Dylan y mírame ahora. Un hombre realizado gracias a que tu madre me sacó de la calle y del bar y me ajustó las bridas de la vida sensata.

Pepita se acoda sobre la mesa sujetándose la cabeza.

—Hija mía, estamos hablando de un hombre que te acompañe en la vida, que te aparte las zarzas del camino, estamos hablando de un futuro que está ya a la vuelta de la esquina. De tu matrimonio.

—Papá. ¿Vas a pasarte todo el tiempo dando la lata con que tengo que casarme? ¿Por qué no se casa Tarugo? Seguro que hay alguna señora necesitada que esté peor que él.

Curro aflauta la voz.

—Tú te crees muy lista, y lo eres, pero te falta destreza, experiencia, y yo, que puedo ser más tonto que tú, tengo eso, experiencia y destreza. Escúchame con atención. Lo que te voy a decir no es ni más ni menos que lo que han hecho generaciones y generaciones desde que el mundo es mundo.

—Perdona, papá, desde que el mundo es inmundo.

Curro no la escucha.

—Tú lo que tienes que hacer es ir aguantando el carrete, sin compromiso ninguno, calentándole el motor, pero de ñiki ñiki nada hasta que pase por el juzgado, la vicaría o lo que sea.

Pepita se levanta ofuscada.

—¡Lo que me faltaba por escuchar! ¿Va a decidir mi padre a quién le tengo que echar el lazo como si hubiese salido a cazar caballos salvajes? ¿Dónde estamos? ¿En un rodeo? ¿En la rapa de las bestias?

Curro se levanta también.

—Te estoy avisando de que hay mucho lagarto por ahí que promete y promete y una vez que mete se acabó lo prometido.

—Papá, no nací ayer, ya sé de qué pie cojean los hombres. ¡Del de en medio!

—Exactamente eso es lo que te estoy intentando decir. Que para atrapar a Atanasio no puedes desflorarte con él hasta que lo tengas agarrado por papeles.

—¿Pero dónde te crees que estamos, papá, en la Edad Media?

Curro da un palmetazo en la mesa, ¡plam!

—¡Pues casi que sí que estamos en la Edad Media! ¡Se ha estropeado la lavadora! ¿Y ahora? ¿Ahora qué?

Tarugo remeda la palmada en la mesa de su padre, ¡plam!

—¡Sin lavadora no podemos pasar al Renacimiento!

Curro golpea la mesa, ¡pataplám!, mirando a Pepita con creciente fulgor.

—¿Qué vamos a hacer, si no tenemos dinero para comprar una nueva? ¿Eh? ¿Alguien tendrá que ir al lavadero! Y tu hermano es capaz de ahogarse. ¿Qué quieres? ¿Que vaya tu padre? ¿Quieres que sea el hazmerreír de todo el pueblo?

Pepita se levanta cabreada, descuelga una tabla de lavar de madera con nudos color ceniza, coge un cesto de mimbre hasta los bordes de ropa sucia, se lo coloca en la cintura y toma la puerta mientras grita.

—¡Prefiero irme al lavadero que seguir escuchando lo que se oye en esta casa!

¡Pataplán!

Curro se levanta, mira a su hijo, el hijo mira la telaraña.

—Hijo, voy a salir a dar un paseo. Tú quédate aquí vigilando la casa.

—Vale, papa, voy a la cueva a por la guadaña y ya verás como no se acerca ni Dios a la casa.

—No, hijo, con que estés pendiente de no espantar a quien venga a pedir habitación o un café será suficiente.

—Papa, tengo la sensación de que desaprovechas mi enorme potencial humanístico.

—Sí, lo desaprovecho, pero es para que lo aproveches tú. No te puedes imaginar la alegría que me darías si alguna vez tu humanismo me diera la sorpresa de que se transforma en algo práctico. No pierdo la esperanza. Hijo,

ni tú tampoco la pierdas.

Tarugo bracea espantando calamidades imaginarias.

—No te preocupes por mí, papa, preocúpate por ti. A mí mientras no me faltes tengo la vida resuelta. Cuando te vayas al otro barrio será el momento de preocuparse.

Curro empieza a ponerse el gabán. Un gabán precioso con el cuello y los puños forrados de piel de peluche.

—Tarugo: ahora vuelvo. Procura no provocar ningún altercado público y ya me daré por satisfecho. Si tienes algún problema mental ponte el programa ese de cotilleos, te relajas con la compañía y yo vuelvo enseguida.

Curro se encasqueta la gorra de ciclista del equipo de papel albal Reynolds y sale por la puerta con la resolución del hombre que va al encuentro de vaya usted a saber qué. En cuanto me entere os lo cuento.

La luna está lavando

Al fulgor de la luna destaca el añil de las encaladas casas con un relumbrón misterioso, como de cuarto oscuro para deportes de invierno.

La sombra de Pepita avanza por las calles con un eco de castañuelas de cuero. Las sillas apiladas del bar de Plaza Baja asemejan la columna vertebral de un dinosaurio melancólico que ha evolucionado a escolopendra de pesadilla. Los bancos de piedra hundidos en el pavimento dan fe del peso del aire que aplatana la atmósfera. Desde una ventana mohína, un hombre arroja la toba de un cigarrillo con el remordimiento de un pecado insatisfecho.

Pepita desciende por una cuesta empedrada con guijarros de río y llega al lavadero, una construcción de madera con techo de teja en el que la pericia humana ha sido capaz de crear un codo, con su húmero y su cúbito, por el que serpentea el agua proveniente de la clavícula de un arroyo anexo. El movimiento del agua proyecta en el techo del lavadero unas fantasmagóricas siluetas que danzan en un frenesí dulce. Pepita coloca la tabla sobre unas inclinaciones talladas en piedra, deposita la cesta junto a ella y empieza a desperdigar los guiñapos en los retenes del agua. De su delantal extrae un bloque de jabón, se pone de rodillas, apoya su cuerpo de ninfa sobre la balaustrada de piedra y comienza a entonar aquella hermosa tonadilla que su abuela le enseñó en ese mismo lugar, la copla de las lavanderas.

—El frotar se va a acabar cuando llegue la igualdad..., entonces va a frotar el teniente general, el gerente de la patronal y el juez del tribunal, y también el alguacil y me partiré el pecho con lo que me voy a reír... La la la lalá.

Oímos un aplauso, cuatro o cinco palmadas y un bravo. Un bravo grave como la cuerda ancha de un contrabajo ocioso. Pepita mira a su alrededor y ve junto a la escápula que remansa el agua una cabeza bajo un sombrero vaquero. Una cabeza unida a un cuello fuerte y a unos hombros varoniles cuya contemplación provoca un revolcón en los sentidos. Ella ya sabe quién es él.

—Muchas gracias por el aplauso. Viva la gente que sabe apreciar el arte verdadero. ¿Puedo saber su nombre, caballero?

—Me llamo Martin, Martin Martín, mi apellido se acentúa en la i y el nombre en la a. Me puedes llamar Martin o Martín. O Martin Martín.

—Déjame pensarlo, Martín no suena mal pero Martin es exótico, y la mezcla de ambos tiene un no sé qué que promete.

—¿Puedo saber tu nombre?

—Me llamo Pepita, Pepita Dorado Alméhí. Yo es que el apellido de mi madre, lo uso, y a mucho orgullo: Alméhí, de los Alméhí de toda la vida.

—Alméhí suena también muy exótico.

—¿Y se puede saber qué haces a estas horas en este sitio?

—Vengo a lavarme. La higiene es muy importante para las personas que dormimos al raso. La mugre atrae a los bichos y es importante estar aseado para evitar visitas molestas. A estas horas no viene nadie y aprovecho para escamondarme bien.

Pepita empieza a frotar unos pantalones con el jabón y oímos un ronqueo como de crótalo.

—Pues si quieres que te aproveche el escamonde más te valdría salirte del agua, porque la ropa de mi hermano suelta unos hilillos como de plastilina que espantan a las moscas.

Martin se retira un poco y observa a Pepita. Pepita siente sobre la piel el aleteo remoto de las pestañas de Martin.

—Tú tienes un acento tirando a como de muy lejos. ¿Qué haces aquí?

—Busco el origen de la vida en el río Rojo. En ese río hay unas bacterias que viven en un ambiente extremo y que se generan al contacto con el aire de

compuestos químicos de gran acidez. En ese río está escrito el primer segundo del nacimiento de la vida en la Tierra. En ese río está escrito el Génesis.

Pepita lanza el pantalón al costado del retén y coge una camisa.

—Hablas como los poetas.

—Los científicos y los poetas nos parecemos. Ambos tenemos una sensibilidad especial para pasar hambre.

Pepita observa los labios de Martin.

—Deberías de salir del agua. Se te están poniendo los labios del color del jabón. No cojas frío, que la relente de la noche es traicionera.

—Bueno, hay un problema que no sé si es un problema del todo. Tú decides. Estoy desnudo, en pelota picada. ¿Te importa?

—A mí qué me va a importar. Yo tengo un hermano exhibicionista. No me voy a asustar.

Martin se levanta del agua con ese cuerpo que la carga genética y las pesas del gimnasio han moldeado. ¡Ohhh! Pepita observa el aparato reproductor de su recién conocido y le entra la risa.

—Pero..., pero ¿eso qué es? ¿Dónde has metido eso? ¿Estás bien?

—Sí.

¿Qué le pasa al cacharro de Martin que tanta sorpresa y jocosidad provoca? Vayamos al detalle, entremos en materia... El pito de Martin desprende luz. Reluce como una de esas linternas de señales que usan los agentes del tráfico. ¡Brilla! Sí, brilla con una luz de fulgores verdes y morados, como una aurora boreal, un cacharro genital dotado de luz propia.

—¡Tienes la polla fosforita!

—Sí, es una moda de mi país. Los jóvenes de Arkansas hemos cogido la costumbre de tatuarnos el pene con pintura fluorescente. ¿No te gusta?

Pepita pregunta con una media sonrisa para ocultar su arrobo.

—No sé si me gusta, ¿es práctico para algo?

—Nos sirve para jugar a *La guerra de las galaxias*. Soy miembro de un club Jedi de jóvenes paletos por la paz en la galaxia.

Un grito desgarrar la piel sedosa de la noche.

—¡Pepitaaaaa!

A través de los arcos del lavadero oímos los bocinazos de la garganta de

Tarugo y su trastabillar demente.

—Pepita, ¡pa casa! No son horas de estar en la calle, puede haber gente como yo por aquí merodeando como alimañas.

Pepita mira a Martin y le advierte:

—Mi hermano. Un hermano trastornado que sufrimos en casa. Escóndete, que no te vea.

Martin se sumerge en el agua y vemos su finstro mimetizarse como un monstruo abisal en la nebulosa de enjabonadas aguas. Tarugo se apoya en una de las columnas del lavadero con aire de cantante de zarzuela.

—¿Qué haces, Pepita? ¿Hablando sola? Cada día te pareces más a papa.

—Hablo conmigo misma. Es la única posibilidad que tengo de no escuchar cosas feas.

—Pues te las dices en casa. No me gusta que la gente piense que estás tarada. Además, deja que te lo explique antes de que me cojas un rencor injustificable, yo no te digo cosas feas. Yo te hablo siempre de la vida y si la vida es fea la culpa no es mía porque no la he inventado yo. No es mi culpa que no sea hora de que las mozas en edad de merecer anden haciendo la colada en el lavadero. A estas horas, los salidos salen de sus cuevas como murciélagos hipnotizados. Yo te aviso, y deja que te indique, además, que con esa postura que adoptas para frotar cualquiera diría que estás tentando al cielo o al demonio para que te ataque por retaguardia, que te parecerá un comentario lleno de bestialismo, pero es un clásico de la literatura pastoril.

Pepita arroja las ropas empapadas a la cara de Tarugo, que queda en un plis plas convertido en un perchero chorreante.

—¡Yo llevo la cesta y la tabla y tú arrea con la colada! Así, si se acerca un salido como tú dices puedo defenderme o correr más que tú.

Bajo el sombrero vaquero, que parece flotar milagrosamente sobre las aguas, asoman los ojos claros de Martin. Pepita y Tarugo suben la cuesta alejándose.

Caspa en el lupanar

Curro y Atanasio, el efebo porcino, han quedado en el «Conócete a ti mismo. Un lugar diferente para relajar cuerpo y mente» según reza en el cartel luminoso que perturba la seguridad vial y la moral de los conductores residuales. El local, de gran solera, fue bodega en los años veinte, cárcel en los años treinta, orfanato en los cuarenta, posada en los cincuenta, centro ambulatorio en los setenta, tienda de muebles y antigüedades en los ochenta, discoteca en los noventa y actualmente recoge entre sus paredes parte del légamo de sus actividades anteriores. Las señoritas de compañía a golpe de bajada de bandera, por decir algo, se encargan de que el visitante, en la mayoría de los casos, unas auténticas antigüedades de sí mismos, se deje el sueldo en la barra en botellines de sucedáneo de sidra achampanada y productos destilados de no se sabe, incluso después de su ingesta, si provienen de una garrafa o de envases de más empaque.

Curro se abre paso a través de las miradas de filo desvalido y unas luces sibilinas que crean una atmósfera de caos en la nave *Nostramo*. En la esquina de la barra más oscura, reservada para los clientes de fuste, Atanasio hace tiempo muerto junto a una chica en sujetador cuando ve acercarse el brillo de la calva de su deseable suegro y le dice a su acompañante que recoja su espumoso, que se ha acabado la cháchara. Que se busque otro papasito.

—Qué tal, don Curro, ¿quiere tomar algo?

—No, gracias, el dolor de cabeza ya lo traigo de casa.

—Hace bien. Por eso yo solo tomo cerveza y solo si le quitan la chapa delante de mí. Aquí creo que te echan cosas en la bebida para desempotrarte la conciencia, burundanga, o vete a saber qué, y te dejan hecho un pelele.

Atanasio ríe con ganas y Curro sin ellas. Atanasio lanza el brazo sobre el cuello de Curro y le dice en un susurro:

—La verdad es que el Conócete a ti mismo es el único local elegante de toda la zona, y, según se mire, el único decente.

Curro hace de tripas corazón. Atanasio se repantinga y sigue con sus digresiones.

—En este mundo del demonio todo gira alrededor de la economía familiar. El gran invento del mundo capitalista. ¡Niña, ponme otra birra!

La camarera le sirve con desgana la bebida a Atanasio mientras Curro se frota las manos en el pantalón.

—Vamos a cambiar de tema. ¿Qué? ¿Cómo van esas cosas con mi hija? ¿Oiremos campanas de boda o no oiremos campanas de boda?

—Pues por mí ya sabe que no es. Yo he sido lo más galante que he podido. Ya llevo invertidos en su hija unos cuantos metros de chacinas. No sé ella a qué espera.

Curro juega sus cartas de atildado tahúr provinciano.

—Atanasio, las cosas cambian a una velocidad apabullante y hay que estar pendiente de los usos y modales que se enquistan en las costumbres. Las chicas ven unas películas irreales y románticas que perpetran en sitios de amor y lujo como los Estados Unidos y se creen que aquí va a ser igual. Eso es lo que le pasa a Pepita, que se ha quedado esperando que le pidas la mano de rodillas y con un anillo.

—¿Un anillo?

—Sí, como eso que le pones a los cochinos en la oreja para decir que es de tu propiedad, pero para el dedo de una novia. Un anillo para toda la vida. Un anillo de compromiso es como se llama eso.

—¿Un anillo de compro qué?

—De compromiso. Compromiso es una palabra muy larga porque el

concepto se las trae, pero es toda una sola palabra. Un anillo de compromiso, para comprometer de verdad tiene que ser de oro. Claro. No vale que le des un anillo de hojalata o le grapes una brida de plástico colorado en la oreja. No hace falta que pongas la fecha ni nada. El anillo de la fecha es el de la boda, para que nadie se olvide del día más feliz de su vida, pero eso es para luego, ahora estamos hablando de un anillo que demuestre lo que te importa ella. Cuanto más gordo, mejor. Todo esto te parecerá poco romántico, pero es que aparte del amor, que es desinteresado, y se da por hecho, está la señal de que vais a compartir mutuamente vuestros bienes. Mi hija pone su bondad y su entrega sin cortapisas y tú, aparte de tu buen corazón, lo que tengas en la cuenta corriente y los bienes materiales, esas fruslerías no tienen ningún provecho sentimental pero son necesarias para dar seguridad y comodidad. Este toma y daca, este intercambio de tesoros, si se hace con conciencia significa mucho para el descanso en el hogar, relaja el alma femenina y le quita al marido muchos dolores de cabeza. Anastasio cabecea.

—Aunque empiece dando dolores en el bolsillo.

—Compensa, créeme. Con un anillo tienes el sí de ella. Fíjate qué fácil. El mío, mi sí, con respecto a lo vuestro, no te confundas, ya sabes que lo tienes desde hace mucho.

—Pues mi madre tiene un anillo por casa...

—Pues lo que tienes que hacer es pedírselo para dárselo a Pepita. Tu madre seguro que lo entiende.

Atanasio asiente como si acabara de ver una luz cegadora.

—Me alegro mucho de haber hablado con usted. Mucho, mucho. Esto hay que celebrarlo. ¿Seguro que no quiere tomar nada?

—Nada, nada. Yo también me alegro una barbaridad de haber hablado contigo.

Atanasio señala el escenario del local donde una espectral odalisca en bikini chiquitín se enrosca a una barra metálica vertical.

—Mire cómo está esa. ¿Está pa darle una sobada o no está pa darle una sobada?

—Para mí que está para darle un sobado. Qué poca carne tiene la pobre muchacha.

Atanasio le da un tierno abrazo a Curro.

—Qué buen corazón tiene usted, don Curro. Es el suegro que todo yerno querría para sí.

Curro agradece por amabilidad la carantoña y se despide nervioso.

—Lo mismo digo. Lo mismo digo pero al revés, claro.

Curro se retira con la sensación de haber cumplido su ignominiosa tarea pagando una cota de humillación que atisba también en la resignación de las mujeres que lo observan. La salida a la calle es una bocanada de aire fresco.

Marchitación y circunstancia

A través de la condensación fría del rocío, sobre la bruma que cubre las dehesas, se extiende un rumor urgente. Los fantasmas de la noche han de correr a mimetizarse con la nítida luz del nuevo día o serán fulminados. Un gallo advierte al corral que las ganas de trajín no disminuyen a pesar de la ronquera.

—¡Kikikikiririrkkiiiiiiii!

Pepita avanza por el prado y los violines suben de volumen. Su falda con delantal acaricia las flores que alfombran los prados radiantes ante el día que nace a la luz. Las flautas resuenan añadiendo color al frescor. Los pajarillos empiezan a cantar a coro, jugando al remolino de la fiesta con los brazos de Pepita. Pepita abraza el aire como una bendición de pan nuevo. Alegría, alborozo y campanas al vuelo. Los tambores latan al ritmo del corazón de nuestra heroína celeste. Los campos de trigo brillan bendecidos por la brisa como un océano de vida y futuro. Pepita avanza entre el oro de la espiga con las manos extendidas en un vuelo de Chagall.

Una amapola se posa en su mano y ella la recoge entre los dedos, la acerca a la carne de su boca jugosa y la besa con amor. Pepita la mira con los párpados a media asta por el arrobo incontenible.

—Me has hecho daño. —Suspira la amapola con un ay.

Pepita se queda paralizada. ¡La flor habla!

—Tonta —le dice—. Eres tonta, me has arrancado de la tierra y ahora he de morir.

La flor deja caer sus pétalos sobre la palma de la mano de Pepita en un gesto de renuncia. Pepita muere de dolor. Grita.

—¿Qué he hecho?! ¿Dónde tenía la cabeza?!

Los fiscornos, cornetas y oboes arrojan lúgubres notas e intervalos amenazantes como sombras siniestras de pesadilla. El sol palidece tras unas nubes que presagian una lluvia de sangre y calamidades por el estilo. La flor sigue marchitándose a ojos vista.

—Muerdo de sed... Muerdo de desarraigo...

—¡No! Te quiero, yo te quiero, pero te quiero tanto que te he querido para mí y tú eres del campo, de los bichos, del sol y del viento, de la nieve y de la luna. Tú eres de todo lo vivo y lo muerto, tú eres mi yo, mi flor interior. Mi alma y mi vida. ¡No puedes morir!

Las trompas y los cuernos lanzan un hondo bufido de abandono y amenaza. Pepita se desespera.

—Agua, ¡necesito agua!

Pepita corre por el prado con la flor recogida en su pecho como un pájaro herido.

—¡Ayuda, mi flor se muere!

¿Qué vemos en lontananza? Un jinete a caballo. Los tambores acompañan el trote galante. Un hombre azul cobalto. Un príncipe de ensueño cabalga a horcajadas sobre un brioso corcel de azules reflejos. Pepita avanza hacia él con un reclamo en sus labios.

—Caballero, ayudadme. No dejéis que mi flor se muera.

El caballero de celestes destellos desciende del caballo con la agilidad de una ardilla curiosa y la donosura de un atleta de opereta. Sus ojos son azules como el cielo y su semblante azul como el mar. Su pechera azul, su capa azul, sus manos azules, y bajo la coquilla azul de primer bailarín del Bolshói asoman unas piernas jónicas enfundadas en azulados leotardos. Pepita le enseña la flor en las manos. No necesita decir nada. Sus ojos anegados hablan a gritos. El desmontado caballo se dirige a ella.

—No sufras. Esta flor no va a morir, crecerá dentro de mí como un fruto de

amor, de amor hacia ti, princesa de pitiminí.

El príncipe azul, por qué no llamarlo así de una vez, recoge la flor y se la introduce en la boca, absorbiéndola como si fuera un buñuelo de viento vacío.

—Glup.

—Salud.

—Tu flor es mi flor, mi flor la tuya, y todas las flores del mundo nos pertenecen de la misma forma que tú, flor mía, perteneces a todas las flores del campo, y a mi flor. Por cierto, me llamo Florindo, pero puedes llamarme Flor para abreviar.

A Pepita, lógicamente, todo esto le parece una capullada mayúscula, pero no le importa. En el género caballerístico lo ridículo y lo épico, lo grotesco y lo magnífico se rozan los dedos. Pepita cierra los ojos y se deja recoger, mecida en los azules brazos de su salvador. Pepita siente el aliento del hombre azul en su cuello, en sus mejillas, acaricia el rostro pitufesco de su apolíneo compañero. Mira la palma de su mano. Se le ha pringado de azul.

—Quillo, destiñes.

El fantoche cabecea sin dar importancia.

—Es algo que nos pasa a toda la alcurnia de mi casta castañera. Tenemos la maldición del recién pintado.

—Pues eso se avisa, pollaboba, que me has puesto... —Pepita se mira el vestido—... pringadita perdida de emplasto de este.

—No lo llares emplasto, son las esporas del amor de la sangre azul, espermatozoides de añilado reflejo...

—¿Esporas? ¿Esperma? Espera que ya verás dónde te meto a ti las esporas. ¡Será guarro el tío, cómo me ha puesto el marrano este!

—Qué quieres, ¿que vaya con un cartel que ponga no tocar? Mi estirpe tiene que procrear para no ser extirpada.

Pepita se aparta de un empujón del caballere.

—¡Echa pa allá, petimetre!

Despertar serrano

Curro mira a su hija durmiendo en su cama mínima, agitada por una extraña pesadilla. Un repelús invade su piel cuando la ve frotándose el cuerpo como si tuviera la sarna. Sus cabellos sobre la almohada empapados en sudor, la cabeza hundida, la punta de los dedos pedaleando por el embozo de las mantas... Curro observa el cartel de la película de dibujos animados, *La Cenicienta*, que cuelga encima de la cabecera de la cama, y no puede evitar hacer un paralelismo de su propia hija con la pobre huérfana maltratada por la madrastra y sus horripilantes hijas. Pongamos negro sobre blanco los pensamientos de Curro.

—Mi hija, mi querida hija, a tan tierna edad, arrojada al mundo laboral y, mucho peor, arrojada al pecado del matrimonio conveniente según se mire.

Él no quería esta situación. Los padres siempre viven estas angustiosas experiencias. Cuando piensan que van a tener una hija piensan en una pequeña bolita con faldita, extremidades y carita de ángel a la que mecer en un columpio de piruleta, pero cuando su bebé se convierte en un ser que ha de enfrentarse a la vida, tal como ellos la conocen, a los progenitores se les descose un poco el corazón, como mínimo. A la mayoría se les desgarran.

Curro posa su mano tiernamente sobre la mejilla de Pepita y le susurra:

—Niña, en cuanto prepares el desayuno, limpies la cocina, recojas la

colada y arregles la posada te vas a ir a casa de Atanasio que tiene una sorpresa para ti que te va a encantar. Y esta vez no es una chacina.

Pepita se despereza.

—Da gusto levantarse en esta casa. ¿Hoy no quieres que friegue los baños?

Curro mira con arrobo a su hija.

—Gracias por acordarte, hija mía. Sí, friega los baños, que tu hermano y la puntería no se han conocido todavía.

Curro sale de la habitación lanzando un beso al aire y deja a Pepita mesándose la cabeza y agitando su enorme mata de pelo castaño. Una mata de pelo castaño capaz de poner a los imperios del mundo hincados de rodillas.

El azufre se sufre

Pepita camina por la calle vistiendo las aceras de achuchable alegría primaveral. Pasa por delante del colmado, con su aroma a regaliz, torrezno seco, mosca de la fruta y caries de madera. Pasa por delante del bar y percibe el perfume que desprenden las losetas de suelo hidráulico cuando se mezclan con los derrames del vino peleón. Pasa por delante del estanco y nota el olor a azufre... ¿Azufre? ¿Cómo que azufre? Pepita se detiene y mira hacia dentro de la expendería de emboquillados y ve la sonrisa beatífica de Malaquíás. Una sonrisa que congelaría a la muerte más cálida. Cantea la cara y sigue su camino. Malaquíás se apresura a salir del estanco y la impreca con su voz de pintura negra al aguarrás.

—Buenos días, Pepita, ¿ya estamos en la calle?

Pepita se detiene y el frenazo hace que parte de su espíritu le golpee el plexo solar.

—Pues sí, a hacer los mandados. ¿Cómo está usted, don Malaquíás?

—Yo estoy bien, los curas siempre estamos bien. Los problemas terrenales nos afectan pero no en la misma manera que a los mortales. Es lo que tiene tener el alma en paz con Dios. Nuestra vida corpórea es una filfa comparada con la magnitud de la eternidad disfrutando del placer de la contemplación de Dios y sus obras. Y tú..., ¿cómo llevas lo tuyo con la divinidad, palmito de

oro?

—Yo bien..., también tengo la conciencia tirando a tranquila. Perdona, don Malaquíás, pero se me echa el tiempo encima.

Pepita hace una genuflexión olímpica y tira calle arriba al paso de cine mudo de la Legión. Malaquíás ajusta su bolso mariconera bajo la axila y emprende la marcha colocándose junto a nuestra adorada zagala.

—¿Estás segura de que estás tranquila? Entre los médicos se dice que no hay paciente sano sino mal explorado. ¿Estás segura de que tienes el alma limpia como una patena?

—¿Como una patena? ¿Qué es una patena?

—La patena es donde se coloca la hostia.

Malaquíás detiene el paso de Pepita. Pepita levanta el mentón.

—Pepita, no te dejes caer por el pecado de la soberbia, que es el primero de los capitales y el que te llevará a todos los demás.

—Perdona, pero es que no sé de qué me está usted hablando.

—Yo te lo explico rápidamente. Nada de lo que tienes es tuyo. Todo lo que tienes y disfrutas —Malaquíás observa a Pepita y se frota las manos como una mosca ante un terrón de azúcar— te lo ha dado en depósito el Señor para que le sirvas en este breve tramo de prueba que es la vida terrenal.

—Es usted muy atento por recordármelo. Cuando vea al Señor le da las gracias de mi parte.

Pepita intenta continuar su camino, pero Malaquíás la prende por el brazo. Malaquíás alza la nariz y abre los ojos con intenciones hipnóticas.

—¿Te crees por encima de los demás por tu belleza? ¿No te has dado cuenta de que de esta perfección que ahora ostentas Dios te puede despojar en cuanto quiera? ¿No deberías dar las gracias por los dones que Dios te ha dado?

—Escúcheme, don Malaquíás, yo no sé bien qué responderle, porque no sé muy bien dónde puedo ir a agradecer las maravillas que Dios ha hecho conmigo.

A Malaquíás se le encienden los ojos ante la oportunidad.

—A la iglesia, a la sacristía, a mi casa..., en esos sitios puedes dar las gracias. Yo te espero para lavar tus pecados con el aire fresco de la fe.

¿Cuánto hace que no te confiesas?

—Bueno, padre, yo me confesé una vez, ¿se acuerda? Fue antes de mi primera y mi última comunión. Desde entonces no sé si he cometido muchos pecados, pero creo que no, no me ha dado tiempo a pensar en ello.

—Eso es, tú lo has dicho, qué falta de gratitud. Venís a la catequesis, tomáis la primera comunión y en cuanto os dan los regalos abandonáis al Señor. ¿Os parece la forma de vivir el sacramento?

—Creo que no he hecho nada diferente a lo que hace todo el mundo.

—¿Y te parece bonito?

—Ni bonito ni feo. Voy un poco por libre, pero creo que no hago mal a nadie, con eso me sobra y me basta.

—Escúchame, Pepita, yo tengo la Gracia, y cuando conozcas la Gracia no podrás vivir sin ella. Ven a verme a mi casa y allí podremos llegar a un arreglo que satisfaga al Cielo y te haga vivir en la Gracia.

—Muchas gracias, pero hoy no tengo ganas de reírme. Escúcheme, padre, yo tengo muy poco que hablar con usted. Usted es un hombre sacramentado, ha hecho voto de castidad y, como usted comprenderá, ese tipo de costumbres yo las encuentro aberrantes.

—Ay, hija, te veo como a una oveja descarriada. Necesitas que te escuche en confesión como la tierra yerma necesita el agua.

—Vamos a zanjar el tema más pronto que tarde. Yo, arrepentirme, no me he arrepentido de nada, así que, sin acto de contrición, como usted sabrá, ir a contarle mis asuntos no tiene sentido ninguno. ¿Estamos? Así que, don Malaquías, perdone que no me quede charlando a su paso pero tengo una bulla de mil demonios. Buenos días.

Pepita pega un pequeño arreón y se aleja del rijoso clérigo con un garbo que pasma.

Charla peripatética sobre la escoria del mundo

Tarugo y Curro han salido a pasear sobre las montañas de escoria, óxido y abandono que hay detrás de su casa.

—Fíjate bien, Tarugo, tú le quieres robar a un moro el oro y te escalabran, yo en cambio ya he convencido a Atanasio para que le pida a su madre un anillo gordo de oro para regalarle a Pepita. ¿Ves la diferencia entre tus gestiones y las mías? ¿No crees que deberías fijarte en mi capacidad resolutive?

—Padre, procura no frustrarme, por tu bien te lo digo. Esa charlita que te acabas de marcar me puede provocar un trauma que me impida desarrollarme e irme de casa.

—Centrémonos en el anillo. En cuanto lo tengamos todo, es cuestión de hacerlo polvo y tú, haciendo una pirueta taruguística de las tuyas, decir que ese polvo lo has traído del río. ¿Me explico?

—Ya, ya. Y si la señora no está convencida de que tiene que soltar un anillo pues me ahorro la pirueta.

—La señora le dará el anillo.

—Pues esa señora parece más agarrada que una pelea de mandriles.

—No ha sido fácil, no, pero la vieja lo va a hacer. Estate seguro de que lo hace, uy, si lo hace... Confía en tu padre.

Dentro del alma masculina, el mundo andro, encontramos un tonillo chulesco, un desafío relajado en la mirada, un pegote que se tiran los machos alfa que delata al seductor, al satisfecho, al colmado en cuestiones de frotamientos. La señal que delata una conducta impropia siempre acaba por asomar, a veces por la vanidad del rabillo del ojo, a veces por la encanallada sonrisa, otras, las más, por el brillo victorioso del colmillo de la lujuria.

A Tarugo se le enciende la luz roja de su instinto.

—Por la gloria de mi madre que en Gloria esté..., papa, mírame a los ojos. ¿No te habrás zumbado a la vieja?

Curro esconde la cara y mira la lejanía.

—Anda, anda, hijo, dices cada tontería...

Tarugo busca la mirada de su padre.

—¿Anda, anda? ¿Papa? ¡Te has zumbado a la vieja!

Curro sabe que no puede mentir. Lo han pillado. Decide reconocer lo evidente.

—Pues sí, hijo, sí. La pobre mujer estaba muy necesitada. Lleva la viudedad con muchas carencias y cuarenta y dos años de casada... Y yo..., pues también, desde que vuestra madre se fue para el Cielo yo no...

—¿Le has hecho eso a mama? ¡Le has faltado el respeto a mi madre! ¡Eso no te lo perdono!

Tarugo agarra por el cuello a su padre y ambos ruedan por la montaña de escoria levantado una polvareda rubia de sabor a hierro. Al acabar de descender la pendiente Tarugo queda sentado sobre el pecho de su padre. Ambos tienen el cuello del contrario entre sus manos y todo el cuerpo tiznado de óxido. Ninguno de los dos está en condiciones de respirar con el desahogo necesario.

—Suéltame, Tarugo, ngggñññ, me estás ahogando.

—Yo no te suelto hasta que tú me sueltes. Agggrrggg. Si algo he aprendido en esta vida es que no debo fiarme ni de mi padre y ahora me lo acabas de confirmar.

—Vamos a ver, hijo, ngggnggg, déjame respirar y te lo explico. Ya verás

que hasta tú lo vas a entender. Arrggg. Afloja un poco.

—Vale, papa. Te suelto, y haz el favor de guardarte la lengua. No sabes el asco que me está dando.

Ambos se relajan y se toman un respiro. Curro, tras un suspiro de alivio, le cuenta a su hijo.

—Tu madre está en la Gloria y como está en la gloria se pasa por el refajo lo que hagamos nosotros en la Tierra. ¿Esto lo encuentras coherente?

—Claro que lo encuentro coherente, pero ella puede ser que viva como los fantasmas y sienta que el peso su memoria colectiva, todo el respeto que se labró a pesar de ser tu mujer, lo estás tirando a la acequia por acostarte con esa momia.

—Sí, hijo, ahí te voy a dar la razón, pero es que la carne es débil.

Tarugo se levanta del suelo y se pone a dar patadas a las piedras de alrededor mientras su padre se incorpora sacudiendo de los pantalones el polvo acumulado.

—¿La carne es débil? A mí no me hace falta que me digas que la carne es débil. Yo soy débil. Pero porque yo soy carne fresca. Tú..., tú eres carne en vías de putrefacción, y esa señora, esa señora es...

Tarugo abre los brazos acaparando el cielo todo.

—¡Tiene el culo así de grande!

Curro adopta un aire serio.

—Tú no se lo miras con cariño.

Tarugo empuña una piedra de tamaño descalabrante y amenaza con ella a su padre.

—Pero... ¿de qué cariño estás hablando? Si nos tienes a nosotros, tus hijos, para darnos cariño, y nos tienes abandonados. Que yo no sé si denunciarte al defensor del menor.

Curro habla como si estuviera delante de un pelotón de fusilamiento.

—Hijo mío. Hay que tener las espaldas cubiertas. Si no sale lo de la fiebre del oro y tu hermana no se casa con ese energúmeno, alguien tendrá que emparejarse por interés, liarse una manta en la cabeza, morder la almohada y sacrificarse para sacarnos del hoyo. A ti no se te puede pedir un sacrificio, no tendría sentido, no sacaríamos nada, a no ser que por una hambruna tuviéramos

que actuar como antropófagos.

Tarugo clava las rodillas en el suelo y deja caer la piedra que sostiene en la mano.

—El dinero no lo es todo. También está el aire, que es gratis, y el agua del río y conectarte a una farola para robar la electricidad como nosotros y parte de la comunidad. Papa, no quiero que te cases de nuevo con nadie que no sea la mama.

Tarugo empieza a moquear. Unas lágrimas se deslizan por su cara empolvada.

—Papa, te prometo que ya no voy a robar de la caja para echar en las tragaperras. Me voy a estar quieto para no gastar ni la ropa, estando quieto ahorraré mucha comida. La vida contemplativa sale tirada de barata. Ya lo verás.

Curro se acerca a su hijo, se acuclilla a su lado y poniéndole una mano en el hombro le dice:

—Te agradezco el esfuerzo que ibas a hacer por estarte más quieto de lo que ya estás, pero no va a ser suficiente. Mantenerse a flote con el agua al cuello cada vez cuesta más. Y ha llegado el momento, seguramente el momento más trascendental de nuestra vida, en el que ser dignos, ser nosotros mismos, queda relegado por la necesidad de respirar. En este momento aciago ser feliz es secundario.

Tarugo está paralizado por lo que acaba de oír. Nunca la gravedad que su padre ha usado con él le había provocado tanto escalofrío.

—¿Crees que ese momento tan trascendental ya te ha llegado? ¿Le ha llegado ya a mi hermana?

Curro permanece en silencio pero su silencio es del tipo silencio roto. De sus labios brotan unas palabras que se precipitan al suelo como las lágrimas solemnes y quebradizas de una estatua de mármol.

—Mañana la mandaré a que investigue un poco más sobre el negocio porcino. Mañana es posible que empecemos nuestro camino a la prosperidad.

El laberinto de los jamones

Pepita no puede evitar encontrar una similitud entre el techo cuajado de jamones y las estalagmitas del techo de la gruta. El guía es ahora Atanasio, que camina a su lado por el estrecho pasillo que los propios jamones demarcan. A Atanasio se le llena la boca haciendo la descripción del ajamonado entorno que los rodea.

—Los jamones de esta zona son cien por cien bellota. Son cerdos muy deportistas que dan un tobillo fino muy apreciado en los salones más refinados. Estos jamones no te creas que nacen ahí como las peras. Estos jamones se extraen de los cerdos de los que te hablaba y los tenemos enterrados en sal una buena temporada para que se salmueren. Eso luego te lo enseño. Es digno de verse, todos los jamones cubiertos de sal. Una imagen muy navideña. A mí me recuerda a una melé de rugby en la cárcel de Abu Ghraib.

—Podríamos salir de aquí. Aquí hace un frío que pela.

—El fresco que hay en este secadero curandero es el mejor fresco para entrar en calor. Eso decía mi padre. Espera un momento, que esto te va a flipar.

Atanasio saca un pequeño estilete de hueso del bolsillo superior de su chaqueta. Pepita mira con prevención. Atanasio se dirige a uno de los jamones

que cuelga a su vera.

—Este tiene buena pinta. ¿Ves la pezuña? Negra. ¿El color del pelo? Negro. ¿La piel? Negra.

Atanasio hunde el estilete en el jamón y lo extrae al momento. Se lo pasa por debajo de la nariz y acto seguido se lo acerca al rostro a Pepita.

—Qué aroma... Huele, Pepita. Huele.

Pepita acerca su nariz al estilete y siente que sus endorfinas se ponen en alerta.

—¿Te das cuenta de que este jamón huele a dehesa, a encina, a tiempo, a humo, a libertad? El jamón huele a amor. Amor graso.

—También deben de sudar amor graso porque caen unos goterones... ¿Nos vamos? Se me está poniendo el pelo marranete.

Atanasio adopta una pose reflexiva.

—Esto..., Pepita de mis entrevetas...

Pepita mira a Atanasio y se queda estupefacta ante la gorrinada. Atanasio se está rascando la cabeza con la cala que acaba de introducir en el jamón.

—Pepita..., esto..., me gustaría darte algo en este sitio en el que tan feliz he sido desde siempre. Siéntate, por favor, en ese poyete.

Pepita se sienta con prevención en un banco de obra. Atanasio continúa con su exposición romántica y churretosa alzando los ojos para darse porte.

—Estar rodeado de jamones me relaja tanto que casi podría decir que me amortaja. Pero a mí, querida Pepita, los jamones que me interesan no son los de mis cerdos.

Pepita se revuelve.

—No sigas por ahí. Esta es una impertinencia que no te consiento. A mí tú no me vas a comparar con uno de tus bichos para el despiece. Cuidadito ahí. A mí se me respeta.

Atanasio sale de su zona de confort y junta las manos en actitud de súplica.

—Por favor, no me malinterpretes, yo ya sé, no hay más que verte por los andares que tú eres una persona de una pieza.

—No sigas arreglándolo, a ver si te vas a enfangar más.

Atanasio saca su lado más tierno, o más ternasco.

—Hablaba en plan poético. Jamón y amor son palabras homófonas que

suenan igual y sus significados son primos hermanos. Jamón-amor. ¿Oyes? Igual, igual. Y lo que siento por ti es amor-jamón sincero, sano, curado, pata negra y bellota cien por cien, en cuatro palabras.

Atanasio mete la mano en el bolsillo de su chaqueta de los domingos y extrae un pequeño objeto envuelto en papel de seda. De entre las arrugas octogenarias del papel aparece como por encantamiento un anillo de estanquero vendemulas. Atanasio lo ve cual si fuera un tesoro arrancado de las fosas del íntimo acervo familiar y tras un breve relincho continúa.

—Este anillo fue de mi tatarabuelo Atanasio Primero. Se lo hizo hacer cuando parió su primera cerda, Dionisica, una guarra espectacular, le dio treinta y seis cochinos, todos muy bien de peso, a Dios gracias. ¿Ves la inscripción? J. A. Jamones Atanasio. Parece cosa de carambola pero yo creo que es el destino. Fíjate, ¿no es increíble?

Pepita mira con cara de sota. Atanasio prosigue.

—Jota y a. ¡Jota y a! ¿Qué te dicen esas dos letras?

—¿Jota y a? Me dicen Ja. ¿Ja? No le veo la gracia.

—No, Pepita. Nada de ja. El destino nos ha unido en este anillo que hoy te ofrezco en señal de buena fe y generosidad. Esta inscripción estaba predestinada para sellar lo nuestro. J de Josefa y A de Atanasio. A partir del momento en el que cojas este anillo se convertirá en el sello de nuestro compromiso. Josefa y Atanasio, unidos en el destino.

Pepita pone los párpados en plan persiana medio bajada para no herir a su interlocutor.

—¿Josefa? ¿Tú crees que yo me voy a llamar Josefa?

—¿Prefieres doña Josefa? Pues no se hable más, doña Josefa.

—Disculpa, Atanasio, pero mi nombre hoy, mañana, al otro y al otro es y va a ser Pepita.

—Como tú quieras, Pepita...

Atanasio acerca sus labios a los de Pepita, que recula levemente colocando una mano en el pecho de Atanasio.

—Escúchame, Atanasio, no sigas por ahí que yo solo te quiero como amigo.

Atanasio ha empezado a brillar como una boya nocturna.

—Pepita, cástate conmigo.

Pepita busca la forma de echar el freno de mano a la situación.

—Los amigos no se hacen esto. Lo de casarse es más para personas que se llevan tirando a regular y necesitan ese trámite porque..., a ver...

Atanasio intenta sujetar la mano de Pepita para colocarle el anillo. Pepita retrae la mano y suelta un codazo a un jamón que cuelga en plan ajusticiado detrás de ella. Los jamones empiezan a darse golpes unos a los otros produciendo un sonido como de carrera de nudistas en un garaje. Pepita se asusta.

—Huy, huy, a ver si voy a romper algo.

Atanasio no ceja.

—El corazón me vas a romper como no me aceptes el anillo. Míralo bien. Es de oro.

Pepita ve hueco por detrás de ella y sin perder de vista a Atanasio se mete en el laberinto de jamones.

—No, sí, ya sé que es de oro, pero es que a mí el oro no te creas que me sienta bien. Además, el anillo ese es muy gordo y a mí no me gusta cargar con cosas, además tengo la mano pequeña y soy muy desmañada. No voy a poder llevarlo sin ir desbastando las esquinas.

Atanasio camina hacia ella y ella no puede evitar mantener la distancia adentrándose entre las ristras de jamones que la envuelven como un atajo de zombis.

—¿Qué te pasa, Pepita, no te gusto como marido?

—Mucho, pero me gustas más como amigo y casarse con los amigos hace que la amistad se vaya al garete.

—Entre marido y mujer la amistad es secundaria. Porque el vínculo que se crea es de otra manera. Coge este anillo, por favor. Te lo estoy pidiendo por favor.

—Pero vamos a ver..., Atanasio, no te lo tomes a mal, por favor te lo pido. Yo no puedo cogerte este anillo porque no estoy enamorada de ti. ¿Lo entiendes? ¿En qué me convertiría si lo cogiera? ¿En una de esas...?

—¿En una de cuáles?

—Tú sabes muy bien a quiénes me refiero. Atanasio, que en los pueblos se

sabe todo aunque a una ni le interese.

Pepita se adentra más y más en el laberinto de jamones.

—Pepita, no te equivoques, todo eso no es nada en mi vida. No significan nada, si acaso la pena de tener que pagar, pero si tú me das el sí ya está todo arreglado. El dinero que les doy a ellas te lo doy a ti. A mí me gusta dárselo a ellas porque les viene muy bien. ¿Hago mal?

—Allá tú con tu conciencia. A mí, si es manteniendo las formas, no me importa que hagas con tu parné actos de supuesta caridad con inmigrantes o con locales, que de todo debe de haber.

—Ya sabía que lo entenderías. En esta vida hay que ayudarse los unos a los otros.

—Nada que objetar.

—Coge este anillo.

—No puedo, es que yo creo que nuestras vidas están bien así. Cada una por su lado. ¿Verdad? Como estamos ahora estamos de maravilla.

Pepita empieza a agobiarse. ¿Por dónde se sale de aquí?

Pepita se da la vuelta y lo único que ve son jamones colgando a su alrededor. Atanasio avanza con los brazos extendidos.

—Ahora mi vida eres tú.

Pepita resbala en un manchurrón de grasa y queda tumbada en el suelo. Decide no levantarse y se aleja reptando como una lagartija que huye de un niño malo. Atanasio, al no ver a Pepita, empieza a gritar.

—¡Pepita! ¿Dónde estás? ¡¿Me oyes?! ¡Mi vida eres tú! ¡¿Te enteras?!

Pepita grita mientras avanza desplazándose con los codos y llenándose de mugre.

—¡No te confundas, Atanasio!, tu vida son las pocilgas, las cosas de los cerditos..., que por mí bien, pero para ti.

Pepita, tras atravesar un espacio con los jamones golpeando su cabeza, llega a un pasillo donde puede incorporarse. Mira a derecha, mira a izquierda y lo ve.

—¡Atanasio!

Atanasio sostiene un cuchillo jamonero con el brillo de un mal presagio.

—Por favor, Pepita, sé razonable.

Pepita abre los ojos como Shelley Duvall mirando a Jack Nicholson con un hacha en las manos en plan tenista. Atanasio habla con media lengua fuera por la excitación.

—Toda mi vida te he esperado. Desde que te vi, antes de verte y después de verte, siempre te he esperado. ¿Todo eso lo vas a romper ahora?

—Escúchame, Atanasio, no te montes películas que aquí no estamos rompiendo nada.

—¿Te parece nada romper una relación seria conmigo?

—¿Una relación seria? Esto no es serio. Esto es grave. ¿Qué relación estamos rompiendo? Mira, yo no sé qué te crees que es lo que hemos mantenido, para mí era una cuestión familiar. Mi padre quiere que me cuentes los entresijos de todo esto, pero esto... esto no es de recibo. Esto no es lo hablado, así que buenas tardes. Si para ti esto era algo más, pues, efectivamente, ese algo más se ha roto.

Atanasio se queda paralizado.

—¿Hemos roto?

Pepita bufa, echa una mirada fulminante a Atanasio y se pone a caminar en dirección contraria, da la vuelta a un recodo, ve una oficina con ventanas acristaladas que dan al almacén, atraviesa la puerta, Atanasio entra detrás de ella como un vendaval de nervios, Pepita se vuelve hacia él apoyándose en un mostrador de aluminio, Atanasio se coloca el cuchillo en el abdomen.

—No te vayas o me hago una matanza a mí mismo.

—Atanasio.

—Me hago el kaga kiki.

—Pero, bueno, ¿es que estás tonto?

—Pepita, que me mato, mira que me hago picadillo.

Pepita se acerca a él con resolución, le arrebató el cuchillo de las manos y le arrea dos guantazos con tanta contundencia que suenan a sopapos en las puertas del cielo.

—Aquí no se mata nadie y menos delante de mí. ¿A qué estamos hoy?

Pepita lanza el cuchillo en plan amazona circense contra el calendario de un famoso taller mecánico de la zona. La punta del cuchillo se clava en el diecinueve de septiembre.

—Diecinueve de septiembre. ¿Ha llegado san Martín? No. Todavía falta para el once del once.

—Pepita, me estás llamando cerdo y crees que me ofendes, pero no.

—Me lo temía.

—Me gustaría decirte algo antes de que te vayas.

—Ya vale, Atanasio.

—Escúchame, es lo último que quiero decirte.

—Te escucho. Espero que lo que tengas que decirme repare el despropósito que ha sido esta nefasta velada. Te has lucido, guapo.

—Sé que volveremos.

—¿Perdón?

—Que sé que volveremos a estar juntos. Nunca encontrarás a un hombre que te dé todo lo que yo te voy a dar. Así que volverás, con el rabo entre las piernas. O lo que sea.

Pepita escucha el silencio de la sala intentando que la realidad empape su cerebro aturdido por el delirio.

—Voy a hacer como que no he escuchado esto último.

Atanasio cabecea afirmativo, como el perro de plástico de la parte de atrás de un 1500.

—Sé que volveremos a estar juntos. Lo sé.

Pepita sale por la puerta del establecimiento sin mirar a Atanasio. Empieza a caminar hacia su coche. No está muy segura de en qué fichero clasificar lo que acaba de escuchar, ¿amenaza?, ¿maldición?, ¿profecía?, ¿desesperación? Nada le apetece más que coger ese fichero y arrojarlo a la alberca del olvido. Por cuestión de salud.

Desenlazando el lazo

Curro está en la puerta de su establecimiento mirando a un lado y a otro de la calle como un primerizo que espera el primer berrinche de su primogénito. Sus labios musitan una salmodia.

—Pepita, mi hija, mi niña queridísima, Pepita, la luz de mi vida...

Curro está nervioso en parte porque no sabe qué espera. Ordenemos sus prioridades. Quiere ver a su hija, cómo está, ver su ánimo, y detrás, saber si ella ha mandado a freír monas a Atanasio, y más atrás, si ella ha cogido el anillo.

El remordimiento le está comiendo las carnes y deglutiendo el cerebro. Siente que apoyar a semejante pretendiente, semejante protoprimate —con perdón para nuestros parientes no tan lejanos—, le acarrearía unas crisis nerviosas de difícil esquinazo y unos dolores lumbares de aplastante contricción.

—Pepita, la niña de mis ojos...

Tarugo, sentado en el interior frente a un tablero de parchís, lanza su voz en dirección a la calle.

—¡Papa, te toca!

Curro responde sin salir de su ensimismamiento carcelario.

—¡Tira por mí!

La voz de Tarugo suena a grito de aventador de vacas.

—Yupiiii, ¡te vas a cagar! ¡Uno! ¡Te quedas sin turno!

Los tacones de Pepita resuenan por la calleja. El corazón de Curro se acompasa a su sonido. La ve aparecer con su garbo y donaire ligeramente magullados. Curro se acerca a ella.

—Hola, hija, ¿qué tal?

—De fábula estoy. ¿No lo ves?

—¿Te ha dado algo Atanasio?

Pepita mira a su padre a través del visillo de sus pestañas superiores.

—La tarde, papá, Atanasio me ha dado la tarde.

Pepita sorte a su padre y se mete dentro de la fonda. Curro suspira con alivio. Siente que su corazón se descomprime. El peso del contenedor de analgésicos para soportar la inducción al sacrificio de su hija se esfuma. Respira con hondura. Se siente feliz. Un instante de gozo que ya ha pasado. Su triste realidad ya le está mandando un aviso. Curro mira su calle, su mente silvestre imagina el camión de la mudanza sacando sus cosas de su casa, dejándoselas arrumbadas ahí en medio, como un rebaño de muebles abandonados, como una caterva de enseres desahuciados, las vergüenzas domésticas a la vista y al escarnio de todos. La angustia vuelve a ensombrecer su rostro. Tarugo grita desde dentro.

—Papa, te he comido la ficha, te toca. Necesitas un cinco, ¿quieres que tire por ti?

—Sí, hijo. Tira por mí, que yo no tengo ánimos ni para coger el dado.

—¡Yiaaahhhaahahaah! ¡Un dos! ¡Te voy a joder vivo!

Curro avanza hacia el interior meditabundo. Tarugo lo mira con cara de sorpresa.

—Papa, tienes mala cara, y mira que hoy ya me estoy acostumbrando a las malas caras. Acaba de pasar Pepita y estaba para mandarla a posar a un taller de talla de imágenes de la Semana Santa para que la gente al verla aprenda a sufrir y a estarse con la boca cerrada. Como te lo cuento, papa. Tu hija parecía la imagen de la Dolorosa de los cielos y cielos de puñales de la sangre bendita clavados en el pecho y que mira al techo.

Curro se sienta en la silla de costumbre y empieza a brillantarse la cabeza

con la palma de las manos.

—Tu hermana no ha cogido el anillo.

—¿Y por eso esa carita? Papa. Ahora no tienes más que ir a casa de la Urraca, ponerte ahí en plan gallo de corral, gorila de espalda plateada, pim, pam, pim, pam, y cuando la tengas extasiada, loca de pasión, le dices que te dé algo de oro. Si ella te pregunta que para qué, tú te haces el loco, yo te puedo enseñar a hacerlo, y le dices que es para hacerte una liposucción y arreglado.

Curro mira a su hijo desde el hueco cancerbero de sus dedos.

—Tú todo lo ves sencillo.

—Venga, papa, ánimo, ¡pichabrava!, ¡que tú puedes!

Tarugo descuelga una vuvuzela de plástico que algún forofó dejó olvidada en el local años atrás y se pone a dar bocinazos.

—¡Poooooooooooo, poooooooooooo, Curro, Curro, oe oeoeoeoeoeoeeee, a por ella, oejee, a por ella, oejeeeee!

Curro se levanta, arranca la trompeta de plástico de las manos a su hijo y lo amenaza con ella.

—Mira que te doy.

—En la cabeza no, papa, que igual retomo los estudios.

Curro vuelve a sentarse apoyando la trompeta de plástico en las rodillas.

—Papa, pareces un jefe de una tribu de salvajes. Si me permites la depreciación. No sé por qué tanta seriedad. ¿No decías que te lo habías pasado muy bien con ella? Pues, hala, a repetir, que solo se vive una vez.

—Vamos a ver, hijo mío, yo no puedo decirle a esa mujer que me preste oro, porque el oro, a pesar de estar protegido por el Ministerio de Industria español, no tiene uso industrial, a no ser para los cristales de las gafas de los astronautas. ¿Tengo yo pinta de astronauta?

—Papa, si te vas a poner así yo dejo la conversación. Yo no conozco a ningún astronauta al que compararle contigo.

Curro habla para sí mismo.

—Hay que ver la majadería lo contagiosa que es.

Tarugo lo escucha y se pone a dar brincos irritado.

—¿Majara? ¡¿Me estás llamando majara a mí?! Pues ahora te vas a enterar de cómo le carbura la cabeza al majara de tu hijo. ¡Ya tengo la solución! ¡Los

majarajas! ¡Los hindúes! Los hindúes se empolvaban el cuerpo entero con diamantes machacados para así poder mantener el ciruelo tieso el tiempo que quisieran. Lo vi en un documental extremo. Salía el tipo al balcón con el badajo al aire y todo lleno de polvo de diamante. Parecía que trabajaba en pelotas en un despacho de yeso.

Curro se sorbe un moco de la nariz y se atusa triste un bigote imaginario. Tarugo continúa con su disertación.

—¿No lo entiendes? Tú le dices a esa señora que necesitas espolvorearte de oro para poder mantener tu capacidad de bombeo y te da lo que quieras. El hambre es lo que tiene. La razón no la acota.

Curro mira a su hijo con mirada apaleada.

—Hijo mío, cuando tu padre se queda callado y te deja hablar no es que no tenga motivo para mandarte callar. Es que está llorando y en esos momentos no puede hacer otra cosa. Aunque no veas saltar las lágrimas no es que no llore, es que se me han secado.

—Vale, papa. Ya veo que no aprecias mis esfuerzos intelectuales. Me voy a la cama. Ya me has puesto triste. Tú sigue así y ya verás lo que tardo en volverme vegano, que te vas a enterar de lo que vale un peine, como me haga vegano. ¡Y estoy a un tris! Aviso, y el que avisa no es traidor.

Curro suspira con hondura. Tarugo amaga su retirada.

—Me voy a la cama, me hago mi ordeño y a dormir. Todo me lo tengo que hacer yo solo en esta casa, a pesar de todo lo que apporto. Parece mentira. ¡Buenas noches para todos menos para uno!

El submundo de Malaquías

—¡Podéis ir en paz, hermanos!

Malaquías señala con el dedo a las beatas la puerta de la salida de su iglesia mientras sostiene en el semblante un gesto de desafío y amenaza. Si pudiéramos leer el subtexto de ese «Podéis ir en paz», leeríamos: «¡Id todas a tomar por culo, servidoras del demonio!».

Malaquías se retira hacia su sacristía con las manos juntas pero no puede evitar dar unas palmaditas semejantes a las que se da uno cuando ha terminado un trabajo desagradable. Doña Urraca —la misma doña Urraca, no hay otra urraca en el relato— se acerca presurosa al párroco. Malaquías acelera el paso pero ella lo engancha por el brazo y lo frena en seco. Qué fuerza tiene la señora en sus garfios.

—Don Malaquías, necesito confesar —dice con un falso trémolo en la voz—. Es muy urgente. No tengo el alma en paz y sin el alma en paz todo es descontrol y anarquía en mi cuerpo.

Malaquías la mira desde la altura moral de un entomólogo observando una cucaracha, levanta la mano reclamando silencio y se apoya en un retablo con un cordero con cara de Mortadelo.

—Urraca, no sé si usted se va a quedar en paz, pero a mí me estáis quitando la vida con vuestros chismes. Que yo soy el párroco, no el cubo de la

basura de vuestros bajuneríos.

Malaquías entra dentro de la sacristía seguido por la sombra de la septuagenaria parlanchina.

—Me ha vuelto a pasar lo mismo. Le conté ya que mi marido y yo, a pesar de que no podríamos engendrar más críos porque a mí se me retiró la regla muy moza, hacíamos uso del matrimonio, que algo bueno tenía que tener, un día sí y el otro también. Ya ve, siempre sacábamos tiempo para eso. Yo todo el día en la cocina, *concreta* arriba, *concreta* abajo, la espalda rota, la pierna quebrada, pero yo a mi marido lo respetaba y le hacía las labores de una ama de casa, callada callada, no se puede usted imaginar cómo, y espatarrada espatarrada también. La época era así y no podemos juzgarnos con las leyes y costumbres de ahora a nosotras mismas con lo que pasamos, que ahora la mujer va más por libre y del marido si te he visto o me he casado contigo ni me acuerdo. Habiendo telenovelas por la noche qué necesidad hay de sincronizarse los relojes a la hora del encuentro carnal. Ahora, con todo y con eso, y con eso me refiero al ay, me duele la cabeza y ay, que tengo el mes, a mí, metida en harina, me gustaba y eso que él era feo como un piojo, mi marido, pero en medio del fregado me dejaba ir, me dejaba ir, y acababa fuera del mapa y en las quimbambas de la mínima norma de decoro que adorna a una muchacha. ¡Anda que no iba lejos! Y ¿sabe qué? No me responda porque sé que no lo sabe. Al final le cogí cariño a ese bicho malo, me refiero a mi marido, y ahí me quedé, junto a él, haciendo *concretas* y mirando a Cuenca, haciendo *concretas* y mirando a Cuenca. Qué bonita es Cuenca, ¿la conoce?

Malaquías suspira.

—Estoy deseando ir...

—No se la pierda. Unas vistas en Cuenca estupendas... Pues al final mi marido tenía razón, gusto con sarna no pica, y a mí para los picores y las malas contestaciones me venía de maravilla aquello. Estuvimos bombeando hasta que se me quedó tieso en una de esas, pero tieso, eso se lo aseguro yo por lo más sagrado. Tieso. Qué lástima enterrarlo así, padre.

—No me llame padre, que podría usted ser mi abuela.

—Yo puedo parecer su abuela, pero a moderna no me gana nadie. A moderna y a echada para delante no me gana nadie, y yo me pregunto por qué,

por qué a mí me ha caído esta cruz de no encontrar sosiego sin revolcarme en el barro y embarcar carne por popa...

Malaquíás coloca su índice en la boca de Urraca, que se cierra como la espita de un tonel de sidra.

—El demonio tiene las patas muy largas, pero la cola más.

Urraca no frena.

—Padre, no me mande callar y escúcheme en confesión extrema.

—Urraca, póngase de rodillas. Voy a escuchar su confesión, pero déjeme que me siente.

Malaquíás se sienta en una butaca dorada rematada en su parte superior por un águila bicéfala y colérica. Urraca coloca sus manos en posición de oración y se arrodilla frente a Malaquíás.

—Alto, doña Urraca, colóquese a un lado. El diablo acecha y sus vapores pueden caldear la situación más de lo que las normas de la virtud y la divina cárcel de la pureza recomiendan.

Urraca se agarra, por no decir que se posa como un ave de rapiña, en el reposabrazos izquierdo de la butaca. Malaquíás pone la oreja a un palmo exacto y preventivo de la boca de la mujer.

—La escuch...

—¡Sin pecado concebida! Escuche, padre, vino un hombre a hablar conmigo. Vino a hablar de cosas que no tenían nada que ver con nosotros, pero me lie con él. Me lie con él como la sandalia de un rumano. Me lie con él como si yo misma estuviera hecha de carne mechada metida en una malla. Me lo embutí bien embutido. Lo engullí como una anaconda, sin masticarlo. ¿Qué me pasó? No lo sé. Por eso estoy aquí. A lo mejor fue la conversación. No tengo ni idea. En la charla pudieron estar escondidas las patillas del demonio.

—Puede ser que...

—Déjeme acabar. El tipo al que me pasé por la piedra de molino era un señor ni feo ni guapo, ni alto ni bajo, pero suficiente para apagar el furor. Nada fue premeditado ni hubo alevosía, sea eso lo que sea. Hablábamos de la hija de ese señor, de lo buena pareja que hacían su hija y mi hijo, Atanasio, que es un hombre de los pies a las orejas. Más que un hombre es un árbol. Un alcornoque para ser exacta.

Malaquías extiende su mano y la posa en forma de embozo sobre la boca de Urraca.

—Urraca, calle un momento, haga el favor.

Urraca se queda callada y su cara empieza a ponerse fluorescente, como si de las mismas ansias de hablar fueran a aparecerle rótulos luminosos en la frente.

—Mi deber como párroco es encargarme de la paz espiritual de todas las almas de mi jurisdicción. ¿De quién estamos hablando?

—De Pepita, una niña muy mona, pero que no debe de mirar por sus intereses porque todavía no se ha dado cuenta del potencial que adorna a la criatura de mis entrevelas, mi niño querido, mi Atanasio de mi corazón, mi alma en vela, mi espíritu de la dehesa.

Malaquías tuerce el rostro hacia Urraca con una atención de cotilla televisivo.

—¿La hija de Curro?

—La misma, la mosquita tuerta, cabecita de alquiler que viste y calza un treinta y tres, si no me equivoco. Esa. Una niña que está para darla bien dada, pero que parece ser que no le hace mariposas el bajo vientre de mi Atanasio, que no es ni más feo ni más hermoso que los demás, pero ya ve. La niñata esa me lo tiene llorando por las encinas...

Malaquías se pone en pie con los ojos en demanda. El índice sarmentoso de Malaquías la señala.

—De ahí deduzco que el responsable del alivio de su ninfomanía sulfurosa es Curro, el gerente de la pensión del mismo nombre.

—Qué listo es usted, don Malaquías, cómo se nota que tiene estudios. Pues sí, el pobre Curro tuvo que aguantar mi furia interina, pero es que tenía las entrañas bullendo, estaba yo misma que me sentía como una olla exprés a punto de explotar, el pitorro zumbando, dándome vueltas por la cabeza como un abejorro. No puedo explicarme de otra manera.

Malaquías vuelve a sentarse mientras las orejas se le erizan como a un perdiguero.

—Tengo que conocer más detalles para saber cómo mueven sus hilos los hijos de Belcebú. Me refiero a los esbirros del señor de las sombras y rey del

fuego eterno. Ya sabrá que en la Tierra hay tanto trabajo para el mal que el perverso Maligno tiene delegadas muchas tareas en su ejército de ángeles caídos.

Urraca ha permanecido callada el breve parlamento y las palabras no dichas empiezan a golpearle los dientes por dentro.

—Déjeme continuar, que me sofoco. Le estaba diciendo que Curro había venido a aconsejarme que mi Atanasio regalase un anillo de pedida a Pepita. Un anillo que costara una fortuna, para que la niña cayera en la trampa y abandonara la virtud. Como hemos hecho muchas, no se crea que lo mío es exclusivo mío, que la codicia tiene los pantalones muy largos y envenena la vida moral que da gusto verla. Pero, oiga, ande yo caliente ríase el agente, que la mejor manera de luchar contra la codicia es que no te falte de nada. ¿Es o no es? Porque una la virtud la defiende cuando puede, pero la necesidad es la que le abre la puerta del vicio.

—¿Qué ha pasado con el anillo?

—El anillo se lo ha dejado en la mano a mi niño como si fuera una cagarruta de cabra. Hay que ser descarada, poco agradecida y seso de aceituna. A mi niño hacerle eso, con lo bueno que es, que es como un pan, dejarlo plantado como una berza antes del compromiso. Y él ahí, la mano tesa, el anillo en la mano...

—Y Curro...

—Ay, Curro. Daba cosita mirarlo. Consumido lo dejé. Descalcificado. El pobre no tuvo escapatoria, porque la Urraca cuando se pone es que se pone de verdad. Y estas son mis faltas, y mis penurias, mis pecados y mi trayectoria desvirtuada, póngame la penitencia y a ver si dejo la reconcome atrás. Dígame qué me merezco, que lo que tenga que ser bienvenido será por la paz de mi espíritu.

—¿Estás arrepentida?

Malaquías la mira como mira una rapaz nocturna a una ardilla fotogénica.

—Si me pone esa cara, por supuesto que me arrepiento.

—Si estás arrepentida, yo te perdono.

Malaquías realiza un giro sobre sí mismo y arrea un sopapo con la mano abierta en plena frente de Urraca. ¡Zaska! Urraca se desploma víctima del

impacto y queda despatarrada sobre la raída alfombra. Brazos en cruz, éxtasis...

—Muchas gracias, don Malaquías —musita—, ¿cree que con esto será suficiente? Mire que yo soy una pecadora de tomo y lomo, nunca mejor dicho.

Malaquías se enfría la palma de la mano con un débil soplo de los labios.

—No, Urraca, no. Has reparado solo tu parte del daño. Para lavar tu espíritu debes regalar algo de valor a Curro, algo que le ayude a enmendar sus deudas en la Tierra.

Altercado en la romería

Atanasio está llevando de una oreja a un cerdito, de nombre Morenito de Kuwait, hacia el cuchillo del carnicero. El encargado de pasaportar al gorrino al cielo de los cerdos es un viejo conocido de las fiestas populares y ha llegado de la localidad sevillana de Triana, lo que le ha procurado el artístico mote de Matarife de Triana. El cochino grita como los cantaores más arrojados, como si no existiera la carraspera o la dificultad al tragar del mañana, como si las cuerdas vocales las comprara por metros en la mercería.

Unas mujeres calientan agua en un infiernillo junto al que vigila la kubrickiana y metafórica silueta de una bombona de gas. La gente bebe vino blanco mezclado con gaseosa, lo cual provoca en ellos una sed que no consigue calmarse hasta que derrengan su altivez bajo un toldo, una encina o la avolantada falda de una flamenca hospitalaria.

El chillido del cerdo deja paso al canto angelical de los pajaritos del campo. Todo el mundo mira a Matarife de Triana.

—En realidad, el cochino no se quejaba de que lo fueran a matar, sino de que lo estuvieran molestando. Los cochinos no tienen problemas existenciales como nosotros.

La gente ríe y vuelve a levantar el vaso de rebujito. Un hombre con las venas del cuello como maromas de un barco canta un fandango tocándose las

palmas a sí mismo.

Cuando se haya talado el último árbol
se haya envenenado el último río
y se pesque el último peeeeeeeez
se dará cuenta el hombre blanco
de que el oro no se puede comeeeeeer
y eso lo dijeron los indios Creeeeeeee.

Dejemos en un aparte al cantautor ecologista y paseemos nuestra mirada por el esplendor de la pradera respunteada de asentamientos, pertrechos para pernoctar y las intendencias de pitanza e ingesta alcohólica de los romeros.

Las fuerzas del orden, la pareja que ya conocemos, bailan juntos en un animado corro haciéndose ojitos.

Atanasio está ahora junto a su madre como un niño bueno. Urraca otea el ambiente festivo desde la atalaya de su soberbia. ¿Qué estamos oyendo? ¿Violines en una romería? ¿Fanfarrias angelicales en el reino del exabrupto? Sí, es el sonido del aire, que se mece al compás del movimiento de los brazos de Pepita. Pepita ha entrado en la pradera y las flores se abren para aspirar el aire que escapa de debajo de su traje de flamenca. Los ojos de Urraca se acuchillan. Se dirige a su hijo.

—Mira, la estrecha de tu novia, la engreída que se cree que es mucho para ti. La voy a llamar.

Urraca se pone a hacer gestos hacia nuestra Pepita.

—¡Pepita, bonita, ven pa acá, echa pa acá, que tengo ganas de pegar la hebra contigo!

Pepita se acerca con naturalidad, mirando de reojo a Atanasio. Urraca la saluda.

—¡Qué hermosa y lozana se te ve esta mañana!

—Pues...

—No sabes lo contenta que me puse cuando me contó mi Atanasito que os hacíais tilín tilín.

Pepita responde socarrona.

—¿Tilín tilín? Se queda usted corta. Lo nuestro es más de sirena de camión

de los bomberos.

Urraca hace como que no escucha. O no escucha, porque costumbre no tiene ninguna.

—Pues a ver si el tilín tilín se convierte en talán talán de campanas de boda.

—O la sirena de los bomberos en una de ambulancia.

Urraca acerca la mano a la cara de Pepita que se aparta como ante un espectro.

—Calla un poco, Pepita, que más sé yo por vieja que por diabla. Vieja soy y menopáusica también, y a mucha honra, que una tiene la menopausia por algo, y ¿sabes para qué?, para cuidar nietecitos, ¿o te crees que los sofocos que nos entran se pueden calmar con otra cosa que no sea criar nietecitos?

Pepita se cruza de brazos.

—¿No ha pensado en adoptar?

Urraca clava los puñales de sus ojos en Pepita.

—Yo a ti no sé cómo catalogarte, si es que eres muy descarada o es que estás en exceso relajada. Me refiero a más relajada de lo normal. Cualquiera diría que tienes angelitos que te arreglan los asuntos, ya tú me entiendes, ¿verdad? Como al santo ese holgazán, que no me viene a la cabeza ahora el nombre de ese manta mojada. ¿Cómo se llama el santo ese que se tumba y los ángeles le arreglan el huerto?

Pepita suspira paciente.

—San Isid...

—Calla, que no he acabado. A mí me gustaría saber quién te arregla a ti el huerto.

—Yo no tengo huerto, soy hostelera y agente turístico.

—A mí no me torees y escúchame, guapita de cara, a mi niño no me lo tengas así que a mí las cosas me gustan claras y el chocolate al peso. Tú ¿qué?

—Yo qué de qué.

—Anda, dale dos besos a mi niño, que me lo tienes carajote perdido.

—Yo creo que la carajatura la traía él de casa. Yo no tengo nada que ver.

—Anímate, tonta, que sarna con gusto no pica, y déjate de darle vueltas a las cosas que la que se queda esperando al príncipe azul al final se casa con el

viejo verde.

Atanasio saluda modoso a Pepita.

—Buenos días, Pepita...

Urraca impreca.

—¡Pero dale dos besos, mamotreto! ¡Y tú, Pepita, pareces un carámbano! Se pone una a tu lado y se echa a temblar de frío. Parece que me voy a coger un constipado nada más que de tenerte cerca.

Pepita mira a través del pecho de Atanasio. Literalmente. Lo tiene delante, pero no lo ve. ¿Qué ve? ¿Qué atrae el interés de la mirada y el corazón de Pepita? Martín Martín, el científico cowboy, ha entrado en la pradera y las flores se ponen tensas, ¿demasiados gallos para tan poco corral? Los ojos de Pepita se agondolan ante la contemplación de ese hombre enrudecido por el relente y la introspección. Los pies de Pepita marcan el compás y su grácil cuerpo va detrás de ellos sin tiempo para despedirse de Urraca y su hijo.

—Se ha quedado una mañana estupenda. A disfrutarla.

Pepita vuela sobre la pradera hasta colocarse frente a Martín con esa gracia que le cayó del cielo disuelta en leche materna.

—¿Qué viento te ha traído hasta la romería, vaquero?

Martín responde mientras retira el sombrero de su rubia cabeza.

—Buenos días, Pepita. Verás, aparte de científico y astrónomo soy antropólogo y me interesa la transmutación de la gente a través del estruendo folclórico y el vino blanco calentorro.

—A mí también me interesa la antropología y no ando mal de retórica. Te puedo explicar muchas cosas de la salsa que se cocina aquí.

—Soy todo oídos.

Pepita se vuelve de golpe sabiendo que su retaguardia va a ser escrutada.

—Mira allí, ¿ves aquel montículo con aquella construcción encima?

Pepita señala una pequeña construcción en la que hay esculpida una hornacina donde una imagen de un señor con traje de fraile parece esperar que venga alguien a darle cuerda.

—Esa es la ermita de San Facundo, como las pipas, cuando llega el día de su santo todo el pueblo nos venimos aquí de acampada a echar el día, la noche y lo que se eche. Algunos vienen en caballo, otros, en carricoche, los hay que

vienen a pata y los hay que vienen de rodillas. Esos dan mucha lástima porque están de penitencia por algo que creen que han hecho mal o usan ese chantaje para pedirle favores al santo. Los pobres llegan con las rodillas en carne viva y todavía no han visto estos luceros que les haya servido de algo. Así que el mejor plan es echarse unos bailes, pegarse unas risas, cogerse una melopea de cuidado y todo bajo el sacrosanto manto protector del santo patrón. A San Facundo parece ser que le encanta que la gente se agarre unos tablones de cuidado. Los más devotos acaban en los arceles de las tremendas castañas que se agarran. Y hasta el año que viene. ¿Bien? ¿Mal? Allá cada cual. Lo que es una verdad como un templo de grande es que si no fuera por la romería, este toma y daca, trae la tortilla, echa pa acá el porrón, el pueblo no se reconocería.

Martin observa a una pareja de danzantes haciendo sus embates y añade con agrado:

—El baile es muy importante, es la gimnasia del pueblo y un ejercicio de fantasía que garantiza el progreso, la desinhibición y el crecimiento demográfico de la especie autóctona.

—Qué fino hablas. Pareces el repelente niño Vicente, pero me gusta. La repelencia puede resultar atractiva. Solo hay que cambiar el polo magnético. Como verás, yo tampoco me quedo atrás. ¿Quieres que te enseñe a bailar esto? Te advierto que es como el rascarse, empiezas a bailar y como te coja un poco entonado y dale que te pego al rebujito, acabas derrengado.

—Sin inconveniente.

Pepita se planta delante de él con las manos dándose grandeza.

—Mira, hace falta gracia, la gracia no hace falta que te la explique porque es un concepto internacional, como el salero. Tú mírame a mí. Hay que plantarse bien, echar raíz que se dice, atornillarse en el suelo, que la fuerza de la tierra te suba por los muslos, hasta la cadera, la cabeza alta, como si un hilo nos la sujetara desde las nubes, brazos en jarras, te espero, ¿ahí estamos?

Martin se cuadra delante de Pepita.

—Ya me estoy plantando, siento el poder telúrico en la pelvis.

—Ole los niños con retranca. Se baila con los ojos, bis, bis, se hacen visajitos, se echa el ojo a la cinturita, mirando sin mirar, midiendo el aire, tú

me entiendes, a los ojos, brazos arriba, esto es un atraco. ¡Vámonos!

Pepita culebrea delante de Martin como el fuego en el hogar, como una odalisca voluntariosa delante de su sultán. Martin se arranca, se deja llevar y baila delante de ella haciendo el juego de los espejos. Nada los detiene, están envueltos en el remolino del compás y el tiempo ha dejado de medirse con las varillas del reloj de lo mundano. Ni siquiera las miradas de desprecio de Urraca y Atanasio, que observan a distancia, mancillan la armonía de pájaros al vuelo que envuelve la escena. Urraca deja escapar estas palabras a través de sus labios finos como escalpelos.

—¿Habrase visto? Qué descarada. Mira, hijo —le dice a su hijo (por si no se nota)—, la fuente de tus males. Ese no es de aquí, a ese no lo tenemos visto. Ese tiene pinta de haber venido desde muy lejos y no me gusta nada. Pues ya se está yendo. Vete a donde él y explícale que el camino que ha hecho de venida es el mismo que tiene que coger de vuelta y rapidito. Ese viene a lo que viene. Se le ve. Viene a amancebarse con la que caiga, es un saqueador de los antiguos. Atanasio, no dejes que uno de fuera te robe la perla que es tuya por derecho de casta, cuna, feudalismo y ruralismo. Esa niña no se la va a encalamar otro que no seas tú y mucho menos uno de otro pueblo. ¡Lo que nos faltaba, la deshonra, la ignominia y encima la humillación! Enséñale a ese forastero el camino de vuelta.

Atanasio embiste hacia la pareja, apartando el aire indolente a manotazos.

—Haga el favor de salir de aquí —exclama Atanasio mientras trinca por el brazo a Martin—. Esto es una fiesta privada de la gente del pueblo. ¿Es usted del pueblo? No. ¿No? ¿Ha venido usted a hacer una ofrenda al santo? Tampoco. ¿No? Pues, hala, váyase a cagar.

Martin interrumpe su baile y se zafa de la mano de Atanasio. Pepita intenta interponerse, pero Martin la aparta con suavidad y se dirige con suavidad a Atanasio.

—¿Perdone? No le he entendido bien. ¿Quiere que me ponga a cagar ahora, mientras bailo con esta señorita?

Atanasio echa al frente la mandíbula inferior.

—A bailar con la señorita se va, sin la señorita, a su pueblo. O más lejos. ¡Hala!, ya me ha escuchado. A cagar a la vía.

Pepita se enjarreta.

—Atanasio, creo que aquí el único propenso a la diarrea mental eres tú.

Martin vuelve a apartar con suavidad a Pepita del eje de miradas que mantiene con Atanasio.

—¿Y eso de irme a cagar a la vía me puede explicar por qué? ¿No hay sanitarios a disposición por el Ayuntamiento en esta zona tan concurrida?

Tarugo aparece de improviso en la escena a arrojar un poco de luz de la suya.

—Alto, alto, que no se diga que en el pueblo linchamos a los forasteros por el simple delito de bailar con nuestras hijas, madres y hermanas. Que algunas veces haya pasado es verdad pero que no se diga que el apaleamiento del forastero es una costumbre de este pueblo.

Tarugo mira a Atanasio.

—¿Qué te pasa, Atanasio? Estás como colorado. Dile a tu madre que te dé crema.

—Qué crema ni qué crema. El fantoche este, que me sube los colores de irritación. Ha venido aquí a chulearse con tu hermana y le he dicho que se vaya a cagar a la vía pero hace como que no me entiende. Que yo ya no sé si hablo en cristiano o en chino para que no se me tome en serio.

Tarugo toma nota y se dirige a Martin.

—Escúcheme. Se lo voy a decir con buenos modales: ¿nos concedería usted el honor si no es excesiva molestia de irse a hacer de cuerpo por donde circula el mercancías ferroviario?

—Yo ahora no puedo, tengo mis prioridades, estoy bailando.

Pepita sortea a Atanasio y se enfrenta a su hermano.

—Tarugo, tú no tienes derecho a decirle a nadie...

Tarugo espeta a su hermana.

—Sí tengo derecho, porque soy tu hermano mayor y los hermanos mayores son como la benemérita de la casa. ¿Has oído? Pues a casa y no me obligues a aplicarte la ley antiterrorista.

Tarugo agarra del brazo a Pepita y tira de ella, esta se zafa del enganchón y, con la inercia, Tarugo golpea con el codo el rostro de Atanasio. Urraca levanta los brazos al cielo y se abalanza sobre su hijo. Atanasio cae al suelo

chorreando por la nariz.

—¡Mi hijo! ¿Pero qué le han hecho a mi hijo? Le sale sangre de la nariz. ¡Asesino!

Urraca se enfrenta a Martin.

—Atacas a mi hijo porque conmigo no te atreves. Anda, da un paso al frente, chulo, más que chulo, que te arranco las tripas, te saco la vida por los ojos, ¿me has oído?

Atanasio desde el suelo mira a su madre con los ojos vidriosos y la consciencia a la virulé.

—¿Qué me ha pasado? ¿Se me está saliendo el seso por la nariz!

Andoni e Imanol interrumpen su alegre bailecito y se aproximan al creciente tumulto marcando paquete y presumiendo de capacidad de mando.

—Dejen paso a la autoridad. ¡Apártense!

—¿Qué está pasando aquí? ¡No se mueva nadie!

—¡Aquí no hay nada que ver! Disuélvanse por donde hayan venido.

Urraca señala a Martin.

—Ese, ese es el culpable, un enviado de Satanás, el que quiere dejar en ridículo a mi familia, el que mancilla el buen nombre de esta comunidad, el que quisiera enseñorear la deshonra y plantar la cizaña en este pueblo. Quítenlo de mi vista antes de que me termine de encender. ¡Llévenselo y que no vuelva nunca más!

La pareja de agentes desenvaina sus porras y se acerca a Martin, que levanta las manos en un gesto que denota defensa e inocencia.

—Acompáñenos por la buenas y no opongá resistencia.

Andoni e Imanol agarran de las manos a Martin, lo tumban al suelo y empiezan a colocarle las esposas. Pepita exclama sin dar crédito.

—¿Se les ha ido a todos la cabeza? ¿Por qué lo detienen? No ha hecho nada malo.

Tarugo interviene.

—Tampoco ha hecho nada bueno. Bailar con arte no se puede decir que bailara.

Pepita se encara a los guardias.

—¿Para esto pagamos a una policía? ¿Por qué no se dedican a perseguir a

los ladrones o a los que destrazan el medio ambiente?

Los guardias se vuelven a Pepita.

—Nosotros solo cumplimos la ley, y la ley es la ley.

Pepita está roja de indignación.

—¿De qué tipo de ley me está hablando?, porque hay muchas. Está la que protege al poderoso, la de los señoritos, la que se sustenta en maletines, las que se intercambian entre los despachos, la que se compra con regalitos, la que se aplica a los desgraciados, la de los pobres... ¿A cuál se refiere?

Andoni se enfrenta a Pepita.

—A mí no me diga nada que yo soy un mandado.

Imanol interviene.

—Y no interrumpa nuestro trabajo que le puede caer un paquete que no le va a gustar nada. Así que a callar.

—Apártense y no estorben la labor de la benemérita.

La pareja se lleva a Martín a empujones. Pepita se queda paralizada. Atanasio aclara a su madre el motivo de su situación.

—Me ha dado una coz una bestia parda...

—Ojalá fuera una bestia. Ese cabrón extranjero te está poniendo los cuernos, hijo mío, los cuernos, y con cuernos no puedes pensar porque los cuernos te enredan las anémonas del cerebro.

Vaquero al exilio

Las tierras rojas de la linde de la carretera enrojecen aún más al paso del cuatrolatas de los agentes del orden. Las luces centelleantes del automóvil van a todo trapo describiendo un caos dorado a su alrededor. Martin viaja en la parte de atrás, esposado. Imanol conduce mientras habla por teléfono.

—Apunta, Andoni. A Ramón...

—¿Qué Ramón?

—Ramontxu.

—Ah.

—Le ha desaparecido una vaquilla. Toma nota... —Imanol se dirige a su interlocutor—. Descríbeme el animal sustraído. Vale... res joven, de nacionalidad suiza, tres años pero muy crecida, de alta unos sesenta, ojos grandes, pestañas de infarto, ubres explosivas...

—Pregúntale el color de la vaca.

—Oye, Ramontxu, ¿de qué color es la vaca? Pelirroja. Dice que pelirroja, que no pongas retinta, que no es así. Es pelirroja tirando a rubia. Sí, Ramontxu, ya me imagino la angustia... Tranquilo, no vayas a hacer ninguna locura. Tú cuenta hasta diez. Ya aparecerá.

Martin está mirando por la ventanilla, intentando memorizar el recorrido desarrollado. Sabe, porque se lo demandan sus hormonas, que desandaré ese

camino en cuanto se vea libre.

Andoni grita al teléfono que sostiene su compañero.

—Ramontxu, ¡estamos contigo! ¡No desesperes!

Andoni arrebató el teléfono de la oreja a Imanol.

—No te preocupes que la encontraremos. En el cuartelillo tenemos censados a todos los bestialistas de la zona y ese cae... Aúpa, Ramontxu.

Andoni se queda con la cara a cuadritos.

—Ha colgado. Estaba muy emocionado, pobrecito, le salían las palabras entre sopazas de lagrimones.

—Ponte en su lugar. —Imanol mira a través del hombro a su compadre—. Y ponte en el nuestro. Ramontxu sin su vaquilla es un peligro.

Imanol exclama para sí mismo.

—Cada día hay más depravado suelto.

Andoni mira hacia atrás y echa un vistazo con cara de leche agria a Martin.

—Hablando de depravados. ¿Qué hacemos con este pájaro? Yo creo que aquí ya está bien, ¿no? Que la gasolina no la regalan.

—Sí, vamos a soltarlo aquí mismo, pero asegurémonos de que no van a quedarle ganas de volver.

El coche patrulla se echa al arcén. Los tres descienden del vehículo. Andoni le quita las esposas a Martin mientras Imanol lo increpa.

—A ver, tú, como te llames, ¿ves esa carretera?

Imanol cabecea y le señala una carretera que serpentea camino al ocaso. Martin responde con pocas ganas.

—Sí.

—Pues no dejes de mirarla hasta que llegues al mar. ¿Entendido?

—Y da gracias que no te soplemos seiscientos euracos pronto pago por tirar la colilla por la ventanilla del coche.

—Seiscientos euros y cuatro puntos.

—Espera, ¿a ti no te gustaba bailar?, pues ahora vas a bailar de verdad.

Andoni saca su pistola, amartilla el gatillo y empieza a disparar a los pies de Martin. Martin se pone a dar brincos como un cosaco. Imanol también saca su reglamentaria y se pone a disparar. La silueta saltarina de Martin se pierde carretera abajo. ¿Lo volveremos a ver? Pues depende de lo que demande este

relato, pero yo diría que sí.

Incidente en el claro

¿A quién tenemos aquí péndulo en mano? A Hartum, nuestro morito perdido. No lo veíamos desde que le pegó la paliza al pobre Tarugo, y todavía anda errático por esta comarca, con la salmodia incomprensible pegada a sus ajados y recauchutados labios.

—*Huarsa, Huarsa, afniki, guarsa, guarsa...*

Hartum sale despedido al cielo. ¡Zumba! ¿Qué ha pasado? Ha salido volando como una flecha andrajosa. Observemos. Hartum ha metido el pie en una trampa para alimañas perniciosas para el ganado, tipo lobos o furtivos. Una trampa digna de Robin Hood. El caso es que tenemos ahora a Hartum suspendido boca abajo con la chilaba tapándole la cabeza y enseñándonos sus calzoncillos de amebas sobre fondo morado. Un espectáculo repulsivo desde la óptica occidental.

De detrás de unos matorrales aparece Tarugo acompañado por su futurible cuñado Atanasio. Los responsables de la situación de Hartum, como veremos a continuación. Atanasio observa a su presa. Tarugo pega un salto y arrebatata la chilaba a Hartum, lo que lo deja desposeído de ropaje alguno salvo los calzoncillos de amebas pardas sobre fondo morado, antes referidos.

—No es el vaquero, lástima, tenía ganas de devolverle el golpe que luzco en la nariz.

—No, es un viejo amigo mío que me golpeó cobardemente y me dejó peor de lo que ya estaba. Yo no soy maniqueo, pero él es el malo de esta historia.

Atanasio observa la cara de Hartum, que por la posición empieza a ponerse de un color entre azucena y berenjena a juego con los calzoncillos ya harto detallados.

—Pero ¿quién es este pollo? ¡Otro que no es del pueblo!

—Esta joya de personaje es un saqueador del patrimonio nacional — comenta Tarugo mientras entromete las manos en la chilaba de Hartum—. A ver qué tenemos por aquí... Mira, Atanasio, un papel, un mapa...

Atanasio arrima la perola para ver el papel.

—¿Esto? Esto es el castillo, mira, aquí se ve que hay pasadizos debajo de la iglesia. Ven, acerquémonos a la luz.

Tarugo y Atanasio se aproximan a un trozo del claro donde la sombra de los árboles no alcanza.

—Los pasadizos que usaban los templarios para esconder el tesoro de los templarios. Propiamente dicho. Si lo sabré yo...

—No hables como mi madre, Tarugo. Estos pasadizos parece que conectan con..., esto, ¿qué es esto? La cueva. ¡Los árabes ya conocían la cueva!

Hablando de árabes. El árabe cabeza abajo ha empezado a agitarse provocándose un balanceo propio de los niños que no tienen padres para empujarles en los columpios. Balanceo va, balanceo viene, su cuerpo con la chilaba al viento oscila pendularmente como el fiel de un reloj de cuco macabro.

—No, si al final la cueva más que de las maravillas va a ser la cueva de Ali Babá.

El índice de Atanasio recorre el papel con codicia.

—Y la cueva, ta ta ta ta ta ta, conecta con las minas, ta ta ta ta, y fíjate que este túnel, ta ta ta ta ta, va a, va a...

Hartum colgante y con los brazos extendidos, un san Pedro crucificado sin cruz, oscila que te oscila, acerca peligrosamente sus manos a las dos cabezas.

—Va a..., ¡arrea!

El coscorrón es tremendo. Oímos el sonido hueco de sus dos cráneos golpeándose con tanta fuerza que podríamos creer que hay alta probabilidad

de daños irreversibles. Ambos caen al suelo como si la fuerza los hubiera abandonado dejándolos manglados. Hartum, agarrando la cuerda con las manos, trepa hacia la copa de los árboles como un atleta olímpico en calzoncillos de amebas.

Nuevo punto y nuevo parte

En el bar de Curro los agentes del orden se han vuelto a servir de la botella de cazalla. La cazalla es un orujo de alto octanaje que permite tras su ingesta los actos de mayor temeridad. Entiéndase por temeridad adentrarse dentro de un hoyo en el suelo agarrado a un cubo, declarar la guerra a Estados Unidos o irse en autoestop a Irán. Los dos servidores del orden tienen una toquilla más ampulosa que el manto de una virgen. Ambos agentes repechados en la barra observan a Tarugo y a Atanasio, cabezas vendadas y gesto pesaroso, sentados modosamente en ambas sillas. Imanol se dirige a ellos con galopante acento etílico.

—Vamos a ver si ha quedado claro, encontrándose ustedes dos caminando en actitud paseante alguien desconocido para ustedes..., entre otras cosas porque no pudieron verle..., ya que, encontrándose ustedes mirando para otro lado en ese momento preciso..., y hallándose en el lugar de los hechos desprevenidos...

Andoni interviene sin perder su acodamiento perentorio en la barra del bar.

—Perdona que te corrija, Imanol, hallándose los refirientes caballeros declarándose inocentes y viéndose en la situación de que mirándose...

—No me interrumpas, Andoni, que ya lo tenía todo periquetado. Ahora

tengo que empezar otra vez por el principio. Prosigo. Referido el caso de que encontrándose mirando para otro lado y tratándose de alguien que no pudieron precisar atacándolos por detrás y provocándoles el daño referente...

Tarugo interviene.

—Por ahora vamos bien.

Atanasio saca un dedo para inferir.

—¡De bien nada, nones nones, naranjas de la China! ¿Dónde dice que llevaban puesto el cinturón de seguridad? ¡Tres puntos como tres garrotazos en el pescuezo!

Tarugo se incorpora como un resorte levantándose el blusón de jornalero.

—¡Yo siempre llevo puesto el cinturón! —señalando una cuerda de saltar la comba que lleva enredada en la cintura—. Y además quiero añadir que, con casi toda seguridad y de verdad os digo, tengo la ligera sospecha de que quien nos atacó fue el vaquero ese. Me parece a mí.

Andoni se acerca a Tarugo trastabillando.

—Lo dudo mucho, joven. A ese sujeto lo hemos dejado en el kilómetro 22 de la carretera y no creo que ocurriéndosele volver por aquí recibiese con las debidas formas de cortesía que adornásele pudiese el pueblo...

Imanol interrumpe a su compañero incorporándose de sopetón.

—Dejadme una máquina de escribir para redactar el parte de lesiones y acercadme la botella de cazalla. Se le va a caer el pelo a ese. ¡Se le va a caer el pelo!

Imanol pone tanto énfasis en su gesticulación que tropieza consigo mismo y se dirige a paso fatal hacia una máquina de coser de hierro que no encontró mejor acomodo que una esquina oscura. El sonido de la cabeza de Imanol al chocar con la Singer descascarillada nos remite a las campanadas vespertinas del día de difuntos.

Curro se acerca a Imanol para ayudarle a incorporarse.

—¿Se ha hecho daño?

—No se preocupen. —Andoni intenta quitar importancia al descalabro de su compañero mientras se santigua—. A él le gusta darse golpes, pero tan gordos no le había visto darse uno. Él es muy ecuánime y entiende que es parte del trabajo, de la vida y del amor, uno siempre recibe lo que da.

Imanol se incorpora balbuciente.

—Muchas gracias por el parte, por la parte que me toca...

Andoni apostilla.

—Eso, muchas gracias por el trasiego y el aviso. Ay —suspira—. Ya nadie avisa a la autoridad y, claro, estas cosas siempre nos ayudan a subsistir. Un aviso aquí, un parte allá, y vamos tirando.

Atanasio empieza a recular haciendo gestos a Tarugo.

—Yo también voy a ir tirando. Se me ha hecho tardísimo.

Andoni sigue con su perorata.

—La verdad es que estamos pasando muy mala racha. Desde que cerró la mina hace quince años se ha ido marchando hasta el apuntador, ya no hay manifestaciones, algaradas, huelgas..., y así qué, ¿cuánto puede aguantar una pareja como nosotros sin salir de vez en cuando a repartir estopa?

Imanol se apoya en el quicio de la puerta para apostillar.

—El único camino que nos han dejado es el sadomasoquismo. Menos mal que nos va la marcha.

Tarugo recoge su chaqueta del pico de una silla y sale detrás de Atanasio.

—Espera, que yo también me doy el piro.

Imanol observa desde la bruma de su conocimiento mermado.

—Otros que se van. Pronto no quedará nadie aquí. Qué será de nosotros entonces.

Andoni se acerca a su compañero con los ojos empañados en orujo.

—Yo no me voy a ir, yo no me voy a separar de ti en mi vida, Imanol, tú eres mi compañero, tú eres mi pareja, túúúú...

Los dos servidores del orden empiezan a besarse como en las películas francesas.

—Y tú eres mi amor. Andoni, mi vida.

Imanol se pone a darle mordiscos en el cuello a Andoni, que se dirige a Curro.

—Nosotros, como somos un cuerpo militar, también somos cristianos.

Imanol añade:

—Por los cristos que montamos.

Sigue Imanol.

—Y nos gustaría casarnos por la iglesia. Pero el cura no quiere. Ni por todo el oro del mundo.

Andoni se deja caer en una mesa de mármol con abatido nihilismo.

—Qué necesidad tendrá el cura de tener oro, si tiene todo el oro que puede querer y nosotros sin paz espiritual que nos adorne el contubernio.

Curro se queda pensativo. Sus labios musitan algo que solo escucha el palillo de dientes que le cuelga de la boca.

—El cura tiene todo el oro que puede querer..., el cura tiene todo el oro que puede querer...

Curro sale de su ensimismamiento y se dirige a la pareja.

—Qué tarde se me ha hecho. ¡Como no me dé prisa no llego a misa de ocho! Tengan, les dejo una habitación. —Curro descuelga una llave con un trozo de madera de llavero—. Es la cuatro, primera planta. Invita la casa.

—Muchas gracias, don Curro. Ve subiendo, Imanol, que yo voy a por las esposas y la porra al coche.

Curro sale de la pensión como una moto.

No confundir bóveda con bobada

Malaquías despide a los feligreses: doce beatas de lo más siniestro. La voz de Malaquías atruena como la de un oso enfurecido acosado dentro de su cueva.

—¡Que la Gracia divina os ilumine de una vez por todas! O si no..., ¡más os valdría a todas que os tragara la tierra! Mientras tanto..., ¡podéis ir en paz! ¡Con Dios!

El sacerdote se dirige hacia la entrada a la sacristía. Curro avanza por un lateral. Malaquías lo divisa:

—Curro, ¿qué viento del averno te ha traído hasta aquí? Espero que vengas a saldar las deudas que tienes conmigo.

—Ya hablaremos de eso. Vengo por un asunto que estoy seguro de que le satisfará sobremanera.

El interés de Malaquías recorre la cara de Curro, atisba que hay algo de verdad en lo que dice y concede.

—Pasa, Curro. Soy todo oídos.

Curro entra en la sacristía siguiendo al clérigo.

—Ejem..., a ver por dónde empiezo. —Curro se azora—. Me ha parecido ver que había un puñado tirando a escaso de beatas en el templo. Es usted pastor de pocas ovejas.

Malaquías empieza a quitarse su casulla dorada y la tiende en un cordel

que recorre la estancia de lado a lado.

—Ovejas tengo pocas, pero cabras más que en el monte. Pero no las llares beatas, no te confundas, estas no son beatas, son satánicas, adoradoras de Satanás, seres de ultratumba. Dios no se lleva a estas zorras al Cielo porque no las aguanta ni Él.

Curro continúa:

—Pues eso..., que he visto el templo muy desangelado, si me permite la expresión.

Malaquías se quita el camión blanco con feroz resignación.

—Qué le vamos a hacer si el Señor no manda fieles a este pueblo. Vamos a tener que echar el cierre, así, con esta feligresía no hay quien mantenga el chiringuito abierto. Con lo a gusto que estaría yo evangelizando en África, y no lo digo por las negras desnudas, que hay mucho mal pensado por ahí que en cuanto me oye hablar de tirar para el Congo lo primero que se imagina es a mí enfrente de una fila de señoras con las tetas al aire botando, bing, bong, bing, bong. Si me tengo que sacrificar e ir para allá pues habrá que aceptarlo.

Don Malaquías se queda balanceando la cabeza a un lado y a otro, absorto. Al momento vuelve en sí y descubre a Curro a su lado.

—Tú ¿a qué has venido?

—He venido a compartir con usted la idea que nos va a hacer millonarios.

Malaquías ha terminado de vestirse de seglar, abotonado su polo negro calamar y su traje de chaqueta gris perla.

—¿Millonarios? Hummm, vamos a hablar de eso con un whisky en la mano. Pasemos a mi humilde morada.

Malaquías acciona un resorte oculto en la pared y una estantería se gira y deja paso expedito a un pasadizo de aspecto lúgubre y laberíntico.

—Detrás de ti, Curro, que un hombre de espaldas es un hombre de espaldas y las armas y los malos pensamientos los carga el diablo.

Curro se adentra con inocencia en el palacio de las sombras.

Canta la cigarra su trilla nocturna

La noche apuró su vaso de crepúsculo y abrió la persiana metálica a su reino de encantamiento. Martin duerme al relente al más puro estilo lejano Oeste. Una hoguera centinela sujeta una cafetera equilibrista que barrunta un horizonte poblado de conjeturas.

Dos sombras perversas se acercan hacia el raso asentamiento de Martin. Un destello lunar nos revela a un resentido Atanasio, estaca en mano, y a Tarugo, ojos diáfanos como la sinrazón, que lo sigue con prudente caminar. Atanasio se detiene olfateando sus propias flemas.

—Vamos a darle un escarmiento a ese jabalí para que se entere de que las mozas de este pueblo son las mozas de este pueblo para los mozos de este pueblo y que no se puede venir a pasear el palmito en corral ajeno, ¿estamos?

—Atanasio, no te precipites. Que la tendencia internacional, desde que se inventó el aeroplano, es que las fronteras cada vez valen para menos y con el desarrollo de la fibra óptica vamos a intercambiar fluidos e información que esto va a ser un no parar. Queramos o no vamos hacia la gran orgía global, aunque tú te creas que vas a revertir esa corriente estacazo va estacazo viene, te aviso. Se te rompe la mano antes.

Atanasio se lo queda mirando como el que mira una boñiga. Tarugo se explica.

—Por si no me estás entendiendo, voy a extenderme: lo que te quiero decir es que creo que, dentro de lo malo, lo mejor es que os lo echéis a cara o cruz y el que saque cruz, nunca mejor dicho, carga con mi hermana.

—Ya, a cara o cruz..., y si sale cara se la lleva el cara este. Tú estás loco de la cabeza. Esto lo arreglo yo con la tradicional manera tradicional.

Atanasio ensaya visajes con la estaca mientras avanza, con el sigilo de un depredador nocturno, por el claro del bosque hasta la sombra de Martin. Sin mediar palabra arrea un estacazo sobre el sombrero del vaquero, seguido de otros tantos al buen tun tun, nunca mejor dicho.

—Toma, ñaca, este por los cuernos. ¡Ñaca! Este por bailar con Pepita. ¡Toma! Este por invitarme a bailar contigo. ¡Ñaca! Este...

—No le des tan rápido que no le estás dando tiempo al hombre para asimilar el motivo. —Advierte Tarugo—. Así no le será de provecho la lección. Para un poco, respira, hombre, que no lo estamos escuchando ni quejarse.

¡Ñaca! El sombrero de Martin sale volando y descubrimos que donde debía estar su cabeza una piedra de grandes proporciones ocupa su lugar.

Atanasio retira la manta y deja al descubierto unos indiferentes hatos de yerba, verdaderos recepcionistas de la somanta de estacazos.

Atanasio mira con sorpresa a Tarugo, que balbucea:

—Ya te dije que no lo tenías que haber golpeado tan fuerte. ¡Lo has metido dentro de la Tierra! ¡A lo peor ahora escapa por Nueva Zelanda!

Los ojos rasgados de rabia de Atanasio observan el vacío con estupefacta seriedad. Martin, apostado a prudente distancia, se desplaza como un felino y, con un movimiento imperceptible para el ojo humano, un remolino de brazos y piernas arrebató el palo a Atanasio de la mano y lo deja tumbado en tierra.

—Si me estabais buscando, estáis de enhorabuena.

La neurona ecuánime que rebota en el vacío del espacio mental de Tarugo se activa.

—Devuélvele el palo a Atanasio que ese palo lo necesita él más que tú. Además, estoy viendo que igual nos das con él y nos desgracias.

Martin es un héroe cinematográfico o un villano confiado que no creerías que existen porque no existen. Martin es un ser mitológico, un huésped

brillante de ese mundo quimérico de celuloide donde los valores morales se imponen a la cucañista realidad. ¿Por qué digo esto? Porque ¿cómo si no se atrevería Martin a hacer lo que va a hacer? ¡Arroja el palo a las sombras mudas del muro de árboles que envuelve el terreno de lucha! ¡Oh! Jamás hemos visto un hombre con tantas agallas. Martin sonríe con seguridad, como previendo un rato divertido.

—Este palo no lo necesitamos para nada. —Martin cierra los puños y se dirige a Tarugo—. Tienes razón, alguien podría hacerse daño.

Atanasio y Martin se miran frente a frente. Martin empieza a girar alrededor de Atanasio enseñando el envés de sus manos como una mantis religiosa jugando al póquer. Atanasio aprieta los puños y lanza un sopapo al aire. Martin se desplaza con la destreza de un bailarín incorpóreo. Tarugo se retira prudente mientras reclama:

—Por favor, juego limpio. No quiero golpes bajos y mucho menos a mí.

Martin se aproxima en un par de brincos y deja dos golpes, derecha, izquierda, en la nariz de boniato de Atanasio. Dos golpes leves, pero como dos banderillas en el orgullo que provocan la embestida de Atanasio. Martin solo tiene que hacer una finta de recortador para desentenderse del ataque. Atanasio atraviesa el aire, la breve pradera, y cae trastabillando en las sulfurosas aguas color sangre que bajo la luz selenita brillan como una pócima de embrujo correoso. Chof, chof, splash, ¡chof!

Atanasio queda tendido sobre el lecho de rocas del fondo del río. Afortunadamente no se ha golpeado en la cabeza, pero su cuerpo está empapado de ese líquido que vierte la tierra como por una herida.

—¡Tarugo, sácame de aquí! ¡Esta agua me come las carnes!

Tarugo mira a un lado y a otro con la capacidad de reacción mermada.

—Voy, voy a buscar el palo. El palo...

Martin señala el garrote sostenido por un árbol con actitud chapliniana.

—Lo siento mucho por su amigo —musita Martin encogiendo los hombros.

Tarugo se justifica enseñando las palmas de las manos.

—Bueno, bueno, más que amigo es el pretendiente de mi hermana, futuro cuñado que se dice. ¿Familiar? Pues, pues, por ahora desconocido no me es, pero pariente ya se verá...

Tarugo observa el bastón.

—Anda que no está alto el palo este. Ahí no llego yo como no sea con una escalera. ¿Una escalera...?

Tarugo se descubre hablando solo, Martín ha desaparecido. Los aullidos de Atanasio lo sacan de su ensimismamiento de gusano de seda.

—¡Déjate de chácharas, que esta agua quema! ¡Me estoy quemando vivo!

Tarugo tropieza en una rama medio podrida, la desentierra con gran esfuerzo y se acerca a la orilla del río Rojo.

—Agárrate aquí, Atanasio, pero cuidadito con tocarme que hoy me he duchado.

Billar francés con Malaquías

Malaquías ha conducido a Curro a través de un laberinto tachonado de grilletes que sujetan restos de esqueletos presididos por un cuervo disecado que arroja sombra a una serpiente esculpida en piedra que custodia instrumentos de tortura colgados en las paredes como panoplias innobles. Las escaleras cada vez son más empinadas y resbaladizas, alcanzan a un túnel por el que se pueden distinguir mazmorras infames a cada lado. Al fondo del pasillo una puerta de solemne porte los lleva hasta un exclusivo salón de aspecto inglés donde una mesa de billar rebota la luz que recibe de una lámpara de tres plafones. Rodeando la mesa apreciamos la magnífica bodega que Malaquías atesora en estanterías de perfumado roble.

—Curro, ¿te apetece un whisky?

—Bueno, vamos a probarlo. Mira que he oído hablar de ese mejunje pero nunca lo he catado. Yo sé de dónde vengo y a lo que puedo aspirar en esta vida y tengo entendido que beber esa cosa extranjera puede confundirme el rumbo.

—Juiciosas palabras. Te serviré un chato de vino que tengo por aquí. —Malaquías sirve de una garrafa de corte italiano un buche de color teja sobre un vaso de cerámica—. Yo tengo muy bien marcados mis pasos en este planeta infecto —remarca arqueando una ceja y retirando de la estantería una botella respunteada en oro—, y no les tengo miedo a los espíritus que habitan en este

otro líquido ambarino.

Curro observa como Malaquíás vierte en un vaso de culo ancho el dorado néctar de los bosques de Escocia.

—Parece oro líquido —añade Curro mirando de reojo su vaso y comparándolo con el suyo.

—Oro. Todo el mundo piensa en el oro. Oro, bienes, riqueza, tener más que el de al lado es la meta de la carne de putrefacción humana. La soberbia campa a sus anchas y deja a las conciencias siempre orbitando en lo mismo: la posesión de los despojos de la tierra. Nadie piensa en los bienes celestiales. Nadie. Las personas son un atajo de bestias sin paladar.

Malaquíás se echa al colete el contenido completo de su vaso y vuelve a buscar la botella.

—¿Echamos una partida al billar? Me encanta el billar. Pero el francés. El americano me parece poco sofisticado. Donde esté una carambola que se quite esa manía de meter bolas en esas ruidosas troneras.

Curro bebe un sorbo de lo suyo y responde por decir algo.

—Nadie se acuerda de que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los Cielos.

—Y no será porque yo no me harte de repetirlo desde el púlpito.

Tras servirse otro pelotazo de whisky en su vaso, Malaquíás descuelga un taco de la pared y empieza a darle tiza.

—A ver, Curro, me estabas diciendo no sé qué de una idea para llenarnos las alforjas.

—Sí, a ver..., la idea necesita..., usted y yo necesitamos una pequeña inversión.

—No hay mayor inversión que la que se realiza para la dicha de vivir la vida eterna, millones y millones y mil millones de años disfrutando.

—Por supuesto, eso por descontado, pero... volviendo al tema de la inversión... ¿No gasta la Iglesia dinero en fabricar peanas y santos para ya de paso colocar un cepillo? ¿No cuesta dinero esa cesta para recoger los donativos? Pues esto es lo mismo. Inversión logística, sembrar para recoger. Tenemos que fabricar la escena para que la lluvia del maná riegue esta tierra.

Malaquíás está mirando a lo largo del taco la bola a la que va a atacar.

Interrumpe su concentración y mira a Curro.

—No es lo mismo. No me seas irreverente o te crujo. La Iglesia sabe gastar el dinero con sabiduría. En cambio, el dinero en poder de un necio debería volverse hierro fundido que le abrasara las palmas de las manos.

Malaquías lanza el taco y la bola choca contra otra saliendo despedida desarrollando unos giros beodos.

Curro adopta un tono beatífico.

—Jesús dijo: vende tus propiedades y repártelas entre los pobres. Esto es un poco igual.

Un apunte de sonrisa se dibuja en los fríos labios de Malaquías.

—Sí, pero no dijo vende las propiedades de la Iglesia y dáselas a los pobres. Y no sigas por ahí —advierte señalándole con el taco—, que esto que tengo en la mano puede acabar metiéndose en algún sitio que no te gustaría.

Curro se defiende.

—¡Pero si yo no le estoy diciendo que venda nada!

—¿Entonces qué estás diciendo? Estás difuso. ¡Explícate!

—Présteme algo de oro, oro, no quiero dinero, necesito algo de oro, oro de verdad, y conseguiremos repartir riqueza entre los pobres.

—Creo que estás subestimando mi inteligencia, Curro.

—Necesito oro para crear una fiebre del oro. Necesito oro para decir que hay oro en esta tierra. Necesitamos oro para que la gente venga a esta tierra a dejarse su dinero y usted pueda gozar de una iglesia llena de gente necesitada del inmejorable tesoro de la vida eterna.

Malaquías se vuelve a beber de un trago el contenido de su vaso. Lo que está oyendo es música para sus oídos, pero prefiere mantener la marmórea imagen de la rectitud.

—Yo no puedo permitir que mi oro se utilice para esparcir la cizaña de la mentira.

—Se trata de una mentira piadosa. Una mentira buena. Vendrá gente que gastará su dinero y no conseguirá nada, con lo cual habrá más pobres. Cuantos más pobres haya, más gente con probabilidades de ir al Cielo habrá. ¿No es así?

Malaquías se ha quedado mudo. Como un autómata ciego descorcha la

botella de escocés y rellena su vaso. Sus ojos están quitándole el envoltorio de regalo al futuro. Curro se explica como una voz interior de dentro del cura.

—Cuantos más pobres haya y vayan al Cielo más posibilidades habrá, a través de su intercesión, de que el Imperio de Dios vuelva a gobernar el Universo.

Malaquíás vacía su vaso ensimismado y una flema alcohólica le irradia un humor de azufre al rostro espectral.

—Cuéntame qué harás con el oro que yo te daría en préstamo.

Con la almohada pegada a la cara

Pepita se ha levantado. Tiene media mata de pelo mojada pegada a la cabeza. Deambula sonámbula por el salón de su casa, atraviesa la barra del bar y mete las manos en el fregadero. Sus manos recogen agua para limpiar su mirada enturbiada en el marasmo nocturno. Frente a ella, la figura paterna sentada en la silla de cantaor la observa con paciente pose faraónica.

—No hagas ruido que a tu hermano le han vuelto a pegar anoche y está descansando.

Pepita no parece sorprendida.

—¿Ha sido *Fuenteovejuna todos a una* o ha habido suerte y le ha arreado solo uno?

—Tu amigo el vaquero.

Pepita se despierta de golpe. Como si se acabara de beber un puchero de café.

—¿Martin ha atacado a Tarugo? ¿Martin? No me lo creo. A mi amigo el vaquero, como tú lo llamas, lo conozco poco, pero intuyo que él no es de los que se toman la justicia por su mano.

—Pues eso dice tu hermano, y Atanasio, y el pueblo entero. Como se le prohibió que bailara contigo, la ha tomado con el pobre Atanasio, que no ha hecho daño a nadie humano en la vida.

Pepita cabecea incrédula.

—Cuéntame con pelos y señales cómo ha sido la cosa.

Curro la ataja.

—Cobardemente, hija. Eso es lo grave. Las sanguijuelas son incapaces de hacer nada de frente.

Tarugo entra en la habitación arrastrando la almohada por el suelo. Curro pregunta a su hijo:

—¿Es necesario que arrastres la almohada por toda la casa?

—Sí, papa, yo la quería dejar en la cama, pero me ha pedido que la traiga. Lo que hemos estado hablando esta noche la ha dejado muy preocupada como para dejarla sola. —Tarugo se dirige a su hermana que cabecea aturdida—. Os he oído a los dos hablando del altercado de anoche y es así como lo has referido, papa, salvo alguna cosa que todavía no se ha narrado pertinentemente. Anoche me atacó el vaquero, pero yo no me di cuenta del todo porque en realidad con el que se lio a trompazos fue con Atanasio.

Pepita se dirige a su hermano.

—No me digas que estabais los dos juntos. ¿Pero es que tú te tienes que meter en todas mis salsas o qué?

—Calla, hermana, que no he terminado de cocinar mi relato. A mí no me han metido ningún sopapo porque me aparté a tiempo, que si no igual no lo cuento. Ya sabes que yo tengo la cabeza muy delicada. A Atanasio sí que le han dado lo suyo y lo de su prima Encarna, nunca mejor dicho. Está en carne viva. Lo tiró al río Rojo de cabeza.

Curro infiere.

—Porque el cowboy sabe que el único que tiene propósitos serios contigo es Atanasio. Por eso lo tiró al río, para que se desgraciara.

Pepita se lleva las manos a la boca espantada. Es tan buena que el dolor ajeno lo siente tanto como si a ella se lo infligieran. Bueno..., tanto..., tanto no. A ver si ahora vamos a tener una heroína que es tonta del bote. Ella tiene un grado de empatía alto, pero tampoco se sale de madre. Digamos que —en palabras de Machado— es, en el buen sentido de la palabra, buena.

—Atanasio ¿cómo está?

Curro le pinta a brocha gorda el cuadro a su hija.

—Escocido por dentro, como con fiebres amarillas, y achicharrado por fuera en plan barbacoa.

Tarugo mira al suelo con un aire lúgubre de telefilme serie zeta. Y añade:

—No sé yo si levantará cabeza o algo más pequeño.

Pepita se vuelve a su hermano con el alma en las manos.

—Seguro que sí. Él es fuerte. No es el primero que se cae en el río. Se le caerá la piel un poco, así a pesetones, luego le quedarán unas ronchas que con algo de crema y tiempo a la sombra se irán.

Curro pone ojos de cordero degollado.

—Harías bien en ir a verlo. Ha recibido muchos golpes antes de caer al agua ácida. Quién sabe si...

Tarugo se levanta reclamando atención.

—¡Imagínate que ahora Atanasio se convierte en el Joker de Batman! Eso sí que sería un peligro para todos.

Curro se pone a mirar al vacío con la fatalidad en los ojos.

—Hija, si hay alguien que pueda consolarlo, alguien que pueda...

Tarugo gesticula teatral.

—¡Salvarnos del Pingüino!

Curro estrangula un melón de aire entre las manos.

—Tarugo, ¡la próxima vez que me interrumpas te ato a la noria y no te desato en una semana!

Tarugo se echa para atrás, se apoya en la pared, empieza a desplazarse hasta la esquina, se apoya y esconde la cara con actitud sumisa. Curro se vuelve a Pepita y cambia el gesto como por encantamiento.

—Si alguien puede darle un motivo para vivir, para salir adelante, para no hundirse en su fatalidad, esa eres tú.

—Papá, ¿qué es esto? ¿Otra vez queriendo comprometerme? Yo no tengo la culpa de que lo hayan tirado al río.

Curro se pone a dar zancadas por la habitación para expresar su desesperación.

—Tú no tienes la culpa de despertar esas pasiones que hacen que los hombres se maten entre ellos porque los mires a los ojos. Tú no tienes la culpa de que a Atanasio lo hayan atacado por pretenderte. Lo sé. Pero tú eres la

única persona que puede dar consuelo a esa bellota humana.

—Tú lo has dicho. Una bellota, y lo de humana es mucho decir.

Curro se asoma a la carita de ángel de su hija.

—Pepita, un hombre no es como una mujer. Los hombres podemos cambiar si una mujer nos sabe modelar. Y tú tienes manos de artista, manos que pueden convertir todo lo que es áspero en suave, manos para transformar la condición de mala bestia en algo hermoso. ¿Verdad?

Pepita suspira. Pobre Pepita, ¿cuándo dejará de suspirar?

Ante el boo-doo de Curro

Frente a la cama de Curro hay una hornacina de madera de pino pintada con nogalina, una especie de baúl de suripanta liliputiense que se abre como una ventana y donde debería estar el cristal y la persiana nos deja ver un pequeño escaparate en el que luce el beatífico rostro de una señora en blanco y negro, de coloreadas mejillas, coloreados labios, azulada sombra de ojos, destacada luz en las perlitas de sus orejas y una aureola de color naranja alrededor de su pelo yeyé. Lo han adivinado, es un retrato de la difunta señora de la casa.

En las hojas abiertas del armarito, que sirven de soporte, podemos ver un rosario de cuentas de barro rosa, un retrato de san Martín de Porrás, un recordatorio de comunión con un ángel cogiendo de las manos a un niño de mirada perdida en el que leemos: «Azucena Almehí Moreno. Primera comunión 4-5-1941». En la otra hoja del monumento kitsch-funerario vemos una dentadura postiza sonriendo al vacío, una peineta de nácar con aspecto de albergar vida microscópica y un pañuelo de hilo fino color vejiga en el que adivinamos las iniciales AAM.

Curro ha llevado a Tarugo ante este altar sentimental y tarumba.

—Mira, hijo, la de veces que he estado frente a Azucena mirándola embelesado. Qué hermosa era. Y qué paciencia tenía.

Curro mira a su hijo. Tarugo advierte.

—Contigo. Conmigo no tenía ninguna. Anda que no me he pasado horas atado con una cadena en el patio a la sombra de la chumbera.

—La mujer tendría otros asuntos que atender y si te ataba ahí era porque era lo mejor para todos. Cambiemos de asunto. Mira, hijo, mira lo que me ha prestado don Malaquíás para generar la fiebre del oro. ¡Tachán!

Curro mete el índice en el ojo derecho del retrato de su difunta y un pequeño compartimento debajo del marco se abre con un ¡plinc! Curro mete la mano, saca un saco de terciopelo púrpura y vierte el contenido sobre una bandeja de cerámica: oro en polvo.

—Fíjate qué hermosura, Tarugo. Oro.

—Oro...

Los ojos de Tarugo parecen los de un batracio observando una libélula.

—Malaquíás nos ha dado oro. En realidad nos lo ha prestado porque este oro tiene un camino marcado. Este medio kilo de oro tiene que transformarse en toneladas de oro.

—Oro.

—Sí, hijo, oro.

—Y yo digo que oro. Que oro delante del oro. Porque si el oro se llama oro es porque la gente al verlo ora. Por eso el cura está siempre diciendo que oremos, para que le veamos como oro a él.

Curro se frota las manos con santificada codicia.

—Este oro lo trajeron los templarios de Tierra Santa. ¡Anda que si llegan a saber que mil años después este mismo oro iba a sacar del hoyo a un pueblo en vías de subdesarrollo se morían de nuevo!

—Pues no se lo decimos.

Curro se sienta a los pies de la cama y se repantinga soñador.

—Ya tenemos el oro, ahora pensemos juntos, que una cabeza y media piensan más que una sola.

—Gracias, papa.

Tarugo lo observa sentado junto al memorial en atención a su madre. Curro continúa.

—Tenemos que conseguir que la gente se entere de que hay oro en la comarca sin levantar la perdiz de que todo esto es un montaje.

—Un vil montaje de dos mentes enfermadas por el oro y la codicia.

—Y la necesidad, Tarugo, que la necesidad es el motor de todas las cosas.

Curro cierra los ojos. Su mente necesita la relajación visual para recorrer los vericuetos de su plan. Tarugo lo mira con preocupación. Se levanta alarmado. Junto a él hay un kit completo para fregar el suelo. Tarugo extrae la fregona del escurridor del cubo, levanta el cubo y arroja el agua sucia a la cara de su padre. Curro bracea y pateo alarmado.

—Pe..., pero...¿pero qué haces?!

—¡Perdona, papa, creí que te habías quedado dormido!

—Y ¿qué más da que esté dormido o no? ¡Capullo!

—¿Y yo qué sé? ¡Yo esto lo he visto en una película!

—¡Si es que, si es que..., si es que cuando yo prohíbo ver la tele es por algo!

Curro se levanta de la cama, agarra a su hijo por una patilla y lo arroja fuera de la habitación. Cierra la puerta, se sienta en la cama, mira a su esposa. Los ojos le brillan, la voz le tiembla.

—Azucena, ¿por qué me dejaste tan pronto?

Dando pomada

La voz de Pepita es una flauta dulce.

—Atanasio, ¿aparte de escocido cómo te encuentras?

Atanasio tiene la cara llena de gasas de tul, lo cual le da un aspecto de momia de Tutankamón deconstruida recreada por Botero. Tras los vendajes asoman los ojos de Atanasio con una luz mortecina como de alcantarilla, los labios, ajados, le brillan con el matiz grasiento de las salchichas blancas cocidas en clarete.

—He tenido días mejores.

—Por los huecos que se te ven no tienes mal color.

—Con un poco de suerte me llamarán el albino.

Pepita intenta encontrar un tema del que hablar, pero ante semejante panorama no puede sustraerse.

—La nariz la tienes más hinchada de lo normal, ¿no? Ese golpe en la nariz es nuevo. No lo traías tú de serie, digo.

—Sí, es recién salido del concesionario de tu amigo.

—No es mi amigo. Éramos conocidos. Pero, después de esto..., mejor que no me lo cruce.

—Ni yo. No sé cómo reaccionaría. Igual me buscaba una ruina, me caía una condena de veinte años que quita, quita. Ya ves, uno sale en defensa del

honor de una amiga y sale escaldado, nunca mejor dicho, pero no pasa nada. Lo volvería a hacer una y mil veces. Aun sabiendo lo que me podría pasar no pasaría nada porque estas cosas que pasan, pasan cuando tienen que pasar y hay que pasarlas si pasan estas cosas que pasan.

Pepita se ha ido a su mundo y habla para sí.

—La verdad es que te has quedado como una pasa.

Atanasio la mira con una angustia en la voz.

—¿Entre él y tú ha pasado eso que pasa?

Pepita vuelve a guardar las distancias.

—No te pases, que pasar no ha pasado nada.

—¿Entre tú y él no hay nada?

—Nada, ¿la cordialidad es algo? Nada. Son formas educadas de conducta que *a priori* no tienen por qué significar nada por mucho que signifiquen. Te diría que somos amigos, pero te iba a sonar a que estamos liados, así que lo dejo en que es posible que hubiéramos podido tener aficiones similares, o complementarias, pero, por supuesto, después de esto que te ha hecho, para mí es como si ese mocetón de caerse muerta no viviera en este planeta.

Atanasio le señala a Pepita un vaso con un zumo azul y una pajita que está en la mesita de noche.

—Acércame eso, después de lo que me has dicho me ha entrado sed.

Pepita le acerca el vaso ofreciéndole la pajita e introduciéndosela entre los labios.

—Pepita, slurrpppp..., perdóname por haberme precipitado de esta manera, slurrpppp..., pero es que yo estoy muy solo y necesito alguien con quien compartir mi soledad. Slurrppppp..., y no te tengo a mi lado, con lo bien que estaríamos los dos juntos y solos.

Pepita traga saliva y retira la pajita de la boca de Atanasio.

—¿Perdona? ¿Cómo que no estoy a tu lado? ¿Dónde estoy ahora mismo? ¿En las quimbambas? ¿Me he vuelto invisible? Estoy aquí.

—Sí, estás aquí, pero... —Un hilo de baba azul asoma por la comisura de la boca de Atanasio, empieza a deslizarse y se pierde cuello abajo sorteando los apósitos—. No habrás venido porque te doy pena.

—Nooo... Para nada... Bueno, un poquito de lástima sí que das. Pero no he

venido por eso.

Pepita ha soltado el vaso en la mesa y al volver a encarar la cama las manos de Atanasio sujetan con ternura las suyas.

—Yo quiero que veas al hombre que soy debajo de estas gasas y esta cara, y este cuerpo, y estas orejas, etcétera. Es difícil que veas al hombre que soy porque tanto contacto con los cerdos me ha acochinado físicamente la personalidad y también el carácter, si me permites la rudeza. —Atanasio se encoge de hombros y solloza mirando al techo—. Sin querer, a uno se le va atocinando el aspecto por simpatía con los gorrinos, pero dentro de mí hay un corazón noble, de ser humano, que late, pom pom pom pom. Con esto no te quiero hacer dudar de los buenos sentimientos de los cerdos, que ojito, cuidao, los cochinos tienen mucho que enseñarnos en modales y nobleza a los humanos. ¿Sabías que a una persona se le puede trasplantar el corazón de un marrano y se vuelve más dócil que antes del trasplante...?

Pepita se lleva un índice a los labios.

—No lo arregles, déjalo ahí.

Atanasio siente una oleada de gozo.

—¿Vamos a hacerlo bien ahora?

Para Pepita hacerlo bien es mantener un perímetro de seguridad de tres kilómetros como mínimo con ese hombre, pero viendo lo escacharrado que está responde una vaguedad.

—Vamos a llevarnos bien.

Atanasio se ilumina como un niño viendo a los Reyes Magos.

—Gracias, Pepita. ¿Como una pareja formal?

Pepita suspira y responde con precaución.

—Vamos a llevarnos bien como dos personas formales.

El animal bellotero de Atanasio vuelve a asomar por la dehesa del embozo de la cama.

—A mí el concepto persona formal contigo me pone tan romántico que, sin pretenderlo, la razón se me pierde en las cosas importantes de la unión entre los seres. ¿Sabías que un verraco puede cubrir a quince cerdas en una tarde sin conocerlas previamente?

Pepita disimula las ganas de salir corriendo. Atanasio sigue con su

discurso.

—A veces los animales nos dan unas lecciones de comportamiento de quitarse la boina. Tienen el umbral de la diplomacia y la cortesía a la altura del fango y eso facilita mucho las relaciones. Me refiero a los intercambios de fluidos que determinan y establecen las normas de convivencia que delimitan la vida relajada y feliz de la pareja.

Pepita siente una arcada.

—No te vengas tan arriba, que las personas formales son las que hacen las cosas con formalidades y las formalidades han de ser formales. Algo que no suena muy emocionante pero, bueno, quiero decir que lo del verraco te lo podías haber guardado en tu chiquero mental. ¿No?

Atanasio escucha en una nube.

—Qué lástima que no podamos hacer como las parejas formales y te metieras conmigo en la cama a hacer el amor con formalidad y seriedad.

Pepita pone gesto de estupor y un signo de interrogación cruza su semblante.

—¿Perdona?

Atanasio se aclara la voz.

—Me pica todo el cuerpo. Lo siento.

Pepita suspira y su suspiro es como un ángel níveo de clara de huevo. Pepita busca la hora en su muñeca. Atanasio sonríe.

—Puedes darme cremita en el hueso de la paletilla, me pica como si lo tuviera en una parrilla. —Atanasio se gira ofreciendo un plano de cogote de lo menos sugerente, se abre el pijama y muestra su omóplato encarnecido—. Qué gracia, Pepita. Empezamos la relación formal al revés, como las mujeres que cuidan a sus maridos cuando se quedan chochos. No te angusties, corazón, que ya vendrán los días buenos, los días de vino y bellotas. Ya lo verás.

Pepita coge el tubo de crema y se ve a sí misma como una de esas mujeres que recorren las calles con un cirio encendido, peineta y una mantilla cubriendo su desconsuelo.

Montemos a nuestro relato en el patinete de la elipsis y veamos a Pepita y a Atanasio, ya mejorcito, en una terraza junto a sus familiares más cercanos. Como todo el mundo sabe, los familiares no se escogen. Poder elegir a los

familiares es un derecho que aún no está recogido en el código civil.

Mamporreos y caracoles

Pepita está modosa y esa impostura resta donaire a su hermosura. Ni siquiera el fingido candor con el que sonríe a su padre alivia la marca de la incomodidad cernida sobre su semblante. Curro y Tarugo escuchan con fingido interés a doña Urraca, que ha vuelto a adueñarse del silencio con la retahíla de relatos insustanciales de sus ancestros.

—Y tu abuelo, no era nadie tu abuelo Atanasio Quinto. —Urraca golpea el hombro izquierdo de su hijo y el vino que este sostiene salta espontáneo del vaso—. Tu abuelo decía un día, vámonos a jugar con la nieve, y cogía el seiscientos, menudo coche, y para Sierra Nevada, y todos allí a esquilar, y venga a esquilar y, anda que no esquilaba nada ese hombre...

Curro levanta el vaso. Urraca lo mira, calla un segundo y Curro interviene.

—Quiero pedir un brindis por esta joven pareja que tanta alegría nos va a traer.

Pepita mira a su padre con un lamento en la mirada.

Atanasio golpea su vaso con el de Curro.

—¡Por supuesto! Si la cosa se concreta, alegría a espuestas os vamos a traer.

Atanasio va a llevarse el vaso a los labios cuando Urraca le levanta el vaso de la mano en pleno vuelo.

—¡No bebas más vino! A ver si te va a hacer una reacción extraña y te vas a poner más verde todavía, que pareces un lagarto de *V*.

Urraca arroja el contenido al suelo. Elizabeththesecond, la perrilla de la pensión, se apresura a beber el vino con hábiles lengüetazos. Curro está sumido en sus cavilaciones, sabe que las arengas de los generales antes de la batalla o los entrenadores de baloncesto son capaces de cambiar una realidad lastimosa y resolver a favor una situación de catástrofe, como es emparentar a su mirlo blanco con un engendro como Atanasio. ¿Pero es la vida un sitio cómodo, justo, ecuánime, hermoso? Curro no tiene mucha fe en lo que va a decir, pero lo va a decir porque siente que elevando los ánimos puede verter un pañuelo de seda sobre los ojos de su hija, empañar su vista y con suerte su entendimiento.

—Qué pareja tan bonita. —Empieza mal—. Si es que están hechos el uno para la otra. Almas gemelas se llama eso, personas que al mirarse se reconocen como iguales. Uno está dentro de ella y ella dentro de él, y así es el amor, cuando entra dentro de los cuerpos es peor que un okupa. Y hablando de cuerpos, los cuerpos hoy nos hacen vibrar y mañana nos dejan más fríos que un témpano. Es por eso, dadas estas circunstancias, y no estoy señalando a nadie, que las almas son las que deben ocupar nuestra atención. Me estoy refiriendo a las almas que el Señor llama al altar para regarlas con las bendiciones del matrimonio. ¿Verdad, doña Urraca?

Urraca se levanta mientras exclama:

—Desde luego. Un momento, que voy al baño que yo soy, por si no se han dado cuenta, muy suelta. ¿Por qué creen que estoy así, consumida pero vigorosa? Que la vaca delgada y pequeña siempre parece ternera. Que no lo he inventado yo, pero que se dice mucho y otra cosa no se podrá decir de mí, que yo no soy de gastar, siempre he sido austera, ahorradora, pero tengo un páncreas que no me retiene ni una pizca.

Urraca sale como un cohete dejando tras de sí una estela de perfume barato y meteorismos. Curro la mira con simulado interés. Tarugo trinca el vaso de su padre, grita a cuello—¡Vivan los novios! —y vacía el contenido en su garganta.

Curro y Tarugo exclaman a dúo:

—¡Vivan los novios!

Atanasio mira con arrobo a Pepita guiñándole un ojo con un tic malsano.

—Novios, sí, pero solo por ahora.

Pepita atraviesa con la mirada a Atanasio mientras unos vapores de indignación le suben pecho arriba amenazando con una erupción de consecuencias imprevisibles. Tarugo pilla el vaso a Urraca y lo hace desaparecer con ademanes de mago tragasables gritando alborozado:

—¡Vivan los novios por ahora!

Atanasio recompone su figura.

—Sé que en esta mesa puede haber cierta suspicacia sobre mis buenas intenciones. Ahora, voy a despejar estas dudas como el que aparta la cizaña de una patada. Escucha, Pepita, que esto te va a confirmar la seriedad de mis anhelos muy alejados de la lascivia y el interés meramente carnal. —Atanasio se vuelve a Tarugo—. Querido y futuro cuñado, estoy pensando que a lo mejor te gustaría aprender un oficio en nuestra casa.

Curro despierta la atención como cuando los cazadores ven una perdiz de seis kilos.

—¡Eso sería un sueño para mi hijo! ¿Verdad, Tarugo? ¿Qué se dice?

Tarugo amohína el semblante.

—Bueno..., depende. Yo por capricho natural no he nacido para el trabajo. Como el que sale negro o hijo del que trae la bombona.

Curro adelanta por la izquierda a su hijo.

—¡Calla, Tarugo! —Mirando a Atanasio—. Mi hijo es capaz de lo que sea. Salta a la vista que, si se pone, en el buen sentido, se echa el mundo por montera. ¿De qué trabajo estamos hablando?

Atanasio pone cara de hombre viajado.

—Pues he pensado en algo que le viene al pelo. Creo que Tarugo, con esas manos delicadas, esa habilidad para facilitar el encuentro amoroso —mira a Pepita con picardía—, ese aspecto inocente y sensible, sería un excelente mamporrero.

Pepita no da crédito a lo que está oyendo, pero calla. Su padre interviene a gran velocidad.

—Tarugo, ¿qué se dice?

Tarugo se levanta y empieza a hacer aspavientos de entusiasmo.

—Muchas gracias. Cuánto honor, ¡mamporrero! Mi primer trabajo, mamporrero, parece importante, y tiene sonoridad, mamporre...

Pepita levanta una ceja que a punto está de chocar con un satélite espacial y alza la voz con aplomo.

—¿Tú sabes qué es lo que hacen los mamporreros, sabes qué se traen entre manos los mamporreros?

Tarugo se enfrenta a su hermana levantando la barbilla.

—No, listilla, pero ya me enteraré.

Urraca reaparece cual nube de cuervos enloquecida por un remolino.

—Oy, oy, oy oy. Qué recuerdos me trae este lugar. Aquí veníamos, Atanasito mío, con tu abuelo, mi padre, más guapo que un san Luís, a tomar el aperitivo. —Urraca se vuelve hacia Curro—. Aunque tú no te vayas a pensar que nosotros somos una familia de bebedores. Una botella para todos como mucho y siempre con algo de comida, un poco de jamón, o queso, o sangre encebollada, o riñones con tomate, o unos caracoles, ¿a ti te gustan los caracoles, Curro? A mí los caracoles me encantan y no veo ningún problema por comer caracoles. Que no sé yo qué es lo que les pasa a los jóvenes de ahora, que no quieren comer caracoles, cuando los caracoles con gusto no pican.

Curro posa la mano sobre el brazo de Urraca, lo que provoca un off, un efecto electromagnético de silencio instantáneo.

—Me chiflan los caracoles. —Curro se levanta con mucha prosodia—. Urraca, te has perdido una escena maravillosa. Tu hijo ha ofrecido un trabajo al mío. Y eso no sabes lo contento que me pone. A punto he estado de soltar la lagrimilla. ¿Qué más quiere un padre que ver a su hijo colocado...?

Urraca interviene rauda.

—Eso está muy bonito, precioso, como si fueran hermanos más que cuñados. A mí lo de los cuñados no me gusta porque, hablando en familia, parece que están metidos con cuña y a mí la cuña ni en los hospitales, que hay que ver como está la sanidad, como...

Urraca arranca su relato decimonónico de empaque novelesco y narcotizante y Curro se sienta como el que se tumba en una hamaca de plumas.

A pesar de la presión de la verborrea, su mente entra en el remanso dulce de la paz. No le puede pedir más a la vida: sus dos hijos bien encarrilados. El tarugo de la casa, aquel azote divino, colocado en un puesto de mucha rimbombancia en una casa próspera. Su hija, su alma entera, con el cielo abierto de un matrimonio, que, si no perfecto, asegura su plato de habichuelas *in saécula saeculórum*. Matrimonios desgraciados son todos, porque un término lleva al otro por una simple cuestión de roce y el roce siempre desgasta. Matrimonio desgraciado parece una reiteración innecesaria, quieras o no. Además, ¿cuánto dura el frenesí y el atropellamiento carnal que la llama del amor enciende? ¿Apenas un fogonazo? ¿Medio? ¿La luna de miel? Pepita aprenderá a bordar con sus manos primorosas los ganchillos y enganchones que la vida matrimonial acarrea y pronto abandonará sus fantasiosas pretensiones. Se uncirá a la yunta de la convivencia como ha hecho la humanidad desde los tiempos de María Castaña, la neandertala. No lo he inventado yo, no soy yo el que la obliga, es la costumbre atávica y ancestral que rige el hogar desde la noche de los tiempos, pesadillas incluidas. El divagar de los años, silvestres e indomables, irá amortiguando las angustias de su cautiverio de mesa camilla. Claro que sí. Así ha sido y así será. No se puede luchar contra eso. Curro se tamborilea en el pecho henchido. Cómo es el azar de caprichoso. Quién iba a decir que en tan poco tiempo las cosas familiares iban a enfilarse por el camino del comodón compromiso y el resignado relajo.

En estos pensamientos pendulea Curro cuando la grave figura de Malaquías aparece calle abajo, lo vislumbra, recoda y se presenta como una aparición en el recogido patio donde solazan las dos familias. El silencio se hace carne y habita entre ellos. Las fabulaciones de Curro se quiebran como un botijo caído de un balcón. Malaquías hace un gesto de requerimiento con el índice, Curro se levanta y se encamina hacia el párroco arrastrado por una correa canina invisible. Malaquías bisbisea como una serpiente de amenaza.

—¿Qué pasa, Curro? Pasan los días y no recibo señales de tu parte y eso me hace acordarme de tus partes, ¿me entiendes? No te habrás gastado el oro que te presté, ¿verdad?

—Para nada, padre, ni una mota. En casa está sin tocarlo y a buen recaudo.

Lo que pasa es que se me ha pasado.

—Pues no hay que ser tan pasota ni tan desmemoriado. ¿Te lo tengo que recordar de otra manera?

—El tema está en que estoy cocinando demasiados platos a la vez.

—Pues yo todavía no he probado ninguno, ni el manjar del alquiler que me debes, ni la ambrosía de mi comisión por mi oro, por no hablar de esa patulea de fieles que me prometiste soltando donativos y llenando la iglesia. Nada de nada. Todos los días abro mi kiosko de chucherías espirituales esperándote a ti y a esa caterva de ovejas descarriadas y ¿quién entra? Las mismas beatas de siempre, las mismas beatas satánicas de siempre, las mismas beatas pestilentes de siempre. Me estoy dejando lo que no entra en el cepillo en incienso y no hay incienso que valga que se lleve el olor a vieja infecta que tengo que respirar a diario.

Curro responde con un mohín.

—¿Ha probado con zotal?

—Ni con zotal ni con agente naranja se extermina esa peste negra del beaterío. Cambiemos de tema que me enciendo. El tema del oro. ¿Está en marcha? ¿Acabamos de acabar o esto va a ser como las obras de la Sagrada Familia de Barcelona? ¿Eh? Mírame a los ojos. ¿No estarás remoloneando para chulearme la pasta?

—¿Cómo voy a remolonear si me va la vida en ello?

—Se me está acabando la paciencia. Te aviso. Y yo sin paciencia soy Darth Vader, pero no con esas linternas de guardia de tráfico que sueltan chispas, no, con una espada de fuego abrasador. ¡Fuego eterno!

—Sí, padre, ya me pongo a ello. Permítame que vuelva a la mesa.

—Sí, vuelve a esa mesa. Yo me acercaría, pero hay cierta personaja a la que un hombre recogido en el celibato debe evitar acercarse, ya sabes a quién me refiero. Ve, y no tardes en venir a darme noticias, noticias contantes y sonantes. Ya sabes tú cuáles son las que me agradan.

Malaquías se vuelve, da dos pasos y se mimetiza con las sombras. Curro vuelve a la mesa y encuentra a doña Urraca y a Pepita en llamas.

—Parece mentira lo ingrata que puede ser la gente. Ya veo que tú de vanidad vas sobrada. Te crees tú que mereces más. Aprende a valorar el

esfuerzo que se hace por ti con más educación.

—Escuche por una vez en la vida. Usted no es nadie para darme a mí lecciones de conducta.

—Ya veo que a ti la soberbia te ha sorbido el seso. Eres una descastañada.

—A mí me sobra castaña para soltarle las verdades del barquero a usted y a quien haga falta.

Atanasio tercia.

—Mamá, se dice descastada.

Urraca lo manda callar.

—Tú te callas, que aquí nadie te ha dado vela en este encierro. De desagradecidas está el mundo lleno, pero no me esperaba encontrar un caso tan *irritante* en mis narices.

Curro intenta calmar los ánimos sonriendo meliflúo.

—¿Qué está pasando aquí? Ay, ay, ay, me voy un segundo y se monta la de Dios es Cristo.

Urraca se dirige a él escupiendo caldo de pollo.

—Tu hija es una malcriada. Eso es lo que pasa. Anda que si me la dejaran a mí se le iban a quitar todas las tonterías de dos pispases. No valora el esfuerzo y la demostración de cariño que hace mi hijo por darle al mastuerzo de su hermano un puesto de responsabilidad en nuestra casa. No lo valora.

Pepita se levanta de la silla y señala:

—Si se creen que porque pongan a mi hermano a trabajar de mamporrero debo agradecersele metiéndome en esa casa, se han equivocado. Yo no soy parte de su cabaña. Yo soy una persona. ¿Es que no tienen conciencia? No, no deben de tenerla...

Pepita sale enjugándose una lágrima en el envés de su mano. El jazmín que trepa los muros del patio desprende un aire de orfandad. La noche se queda quieta y un perro lejano ladra a la angustia de Pepita intentando animarla. La luna se recoge y corre un visillo de nubes negras.

Tarugo sentimental

Pepita ha atravesado el salón en brumas de la casa y ha descendido por el carril de bajada del ganado hasta los corrales. Las gallinas despiertan alarmadas y permanecen alerta, el conejo avanza veinte centímetros pegado a la alambrada y se queda quieto. La luz de un quinqué se agita trémula. Pepita llega hasta uno de los antiguos cobertizos que fue residencia de un pollino que antaño dio lustre y prosperidad a esta casa. Pepita golpea la puerta haciendo tan tararata tantán.

—Tarugo, ¿estás despierto?

La voz de Tarugo resuena entre las sombras.

—Estoy en fase de arrancarme a dormir. Metiendo primera. ¿Qué quieres?

—¿Puedo entrar?

—Sí.

Pepita asoma la cabeza dentro de la cuadra-dormitorio.

—¿Interrumpo?

—Sí. Sí interrumpes, pero ya me la acabaré más tarde.

Tarugo saca las manos de debajo de la áspera cobija de borra.

—¿Qué quieres de mí? No habrás venido a pedirme dinero.

Pepita sonrío y lo tranquiliza.

—No, vengo a hablar contigo. Tengo el presentimiento de que hablando

contigo va a parecer como si hablara sola y tengo interés en escucharme.

Pepita se sienta a los pies de la cama con un crujido de pan tostado.

—Vamos a ver, hermanito... ¿Tú sabes distinguir lo que quieres de lo que solo te interesa? Quiero saber qué es para ti el amor y qué es querer. ¿Para ti hay mucha diferencia entre las cosas que amas y las cosas que ves en un escaparate y se te antojan?

Tarugo asiente con la cabeza con aire de catedrático.

—Al hilo de eso que te inquieta te diré que yo he tenido relaciones sexuales plenas con todas las chicas del pueblo.

Pepita se muerde los labios y responde con un suspiro de ironía cascabelera.

—Hermanito. ¿De verdad? No tenía ni idea.

—Tú no te has enterado y ¿sabes por qué? Porque yo soy muy discreto. Pero es que, y aquí viene lo sorprendente, ellas tampoco. Yo soy muy sutil, mis trajines amorosos pasan desapercibidos para ellas.

—Ya, más que discreto debes de ser muy modesto sexualmente. ¿No?

—Mis lances amorosos son tan privados que pasan desapercibidos para ellas. Mejor así. No quiero que se encariñen y después tenga que fingir que me duele la cabeza o que tengo mucho que hacer en el hogar.

—Ya. Sentirse deseado es muy incómodo. Por un lado nos gusta, pero por otro lado nos obliga a tomar decisiones que a veces causan dolor.

—Escucha, Pepita, esto no se lo he dicho a nadie. A mí que me quieran me da pavor. A mí una chica me dice que me quiere y me voy por las patas abajo de miedo. Menos mal que ninguna me lo ha dicho. Soy un tipo con suerte. No sé si antes te has percatado, pero mis relaciones sexuales las hago yo mismo con mi mecanismo, mi imaginación y mi ritmo endiablado con la mano derecha. Tú me has visto tocar la zambomba en navidades y sabes de qué te hablo.

—Sí, lo sé perfectamente. Yo no voy a censurarte. Las cosas íntimas de la gente son terreno vedado para mí.

—No le cuentes nada a ninguna. A ver si vamos a estropear esta relación tan cómoda para mí y para todas.

—¿Todas?

—Tengo mucho tiempo libre, pero ahora precisamente me has pillado en medio de la faena y me gustaría acabarla. Estas cosas no se pueden quedar a medias. ¿Quieres que te resuelva algo más?

—Bueno, espera un poco. Vamos a ir al grano.

Tarugo la ataja.

—Ya sé a qué grano te refieres, al grano en el culo que te ha salido con el compromiso con Atanasio.

—Sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Porque tengo muchas ganas de acabar esta conversación y la neurona se me dispara hacia la diana con más puntería.

—Atanasio es un buen hombre, un hombre que haría feliz a muchas mujeres, tiene tierras, cortijos, cerdos, tiene el sueño inalcanzable de muchas mujeres de la zona, pero ese sueño es una pesadilla para mí. Todo eso es nada. ¿Por qué? Porque yo sé qué necesito para ser feliz y sé que a su lado voy a alimentar solo la parte soberbia de mí, la petulancia, la prepotencia y la tontería. Voy a dar de comer a una bestia que está dentro de todos y que está vacía y deja vacías a las personas, tan vacías que solo desean llenar sus vidas con más cosas y más cosas. Además, creo incluso que yo no soy una mujer querida por ese hombre, soy una cosa, un cosa más, pero es que incluso si no fuera así y él me quisiera con un amor verdadero, de compañero, de cómplice, ese amor tendría que ser correspondido por mí, porque si no yo sería una impostora, me sentiría sucia, me volvería loca con el orden y la limpieza o qué sé yo.

—Anda que no hay histéricas de la limpieza que lo que tienen sucio es el corazón.

Pepita mira con arrobo a su hermano.

—Por otro lado, me preocupáis vosotros, papá y tú, y sé que si me uno a ese hombre vuestra vida mejorará. Por eso he venido a hablar contigo esta noche.

Una lágrima corre por la mejilla de Pepita. Tarugo se incorpora en la cama y apoya la espalda en la pared.

—No llores por mí porque a mí me la refanfinfla. Yo tengo una vida estable, en mi nivel, que roza un nivel por debajo de la media de un pozo en

verano. Pero yo soy un ser estable. No llores más, hermana. Yo sé a lo que puedo aspirar y no me estoy refiriendo a esa época oscura en que me dediqué a esnifar la caliche de las paredes. Me estoy refiriendo a que mis expectativas de mejorar mi vida son inexistentes. Todo está dentro de la cabeza de cada cual y yo no tengo nada dentro del cráneo, ni afanes de prosperidad ni siquiera falsas promesas. Yo no me engaño. Mi mundo es suficiente con tal de que me dejen estar a mi bola. A veces me hago el tonto y lo consigo, pero yo de tonto no tengo un pelo. Bueno, para ser sincero, de tonto tengo los pelos del flequillo, los demás pelos son de persona normal. ¿Quieres dejar de llorar? En este mundo, la mayor aspiración es la libertad, la libertad de los pájaros que vuelan. En esto nadie podrá negar que yo estoy más volado que un palomo tonto.

Pepita se enjuga las lágrimas y sonrío. Y con su sonrisa, el narrador sonrío también.

—Me quedo más tranquila, pero papá...

—Tranquila, que papa ya se está sacrificando por nosotros. Ya sabes que él es un protomártir de primera división.

—Ya, qué hombre, siempre sacrificándose por nosotros.

—Ahora más. Por cierto, si piensas que casándote te vas a quitar a papa de encima has perdido el tiempo pensando, porque papa está liado con Urraca, tu suegra del futuro.

—¿Papá con la pajarraca de la Urraca?

—Afirmativo. Así que vas a tener papa arrastrado de la oreja que además será tu suegro de prosperidad malsana y una madrastra de cuento sádico que además será tu suegra, que sería medalla de oro en unas olimpiadas de suegras. Un infierno en vida. En vida familiar, se entiende.

—Pobre papá, y ¿eso lo hace por nosotros o porque está muy solo?

—No seas tan ingenua, lo hace porque es una sabandija que no es capaz de guardar el debido luto que nuestra madre se merece. Pero allá él con su conciencia de microbio barrigón. —Tarugo sale de la cama ordenándose la ropa y los entresijos—. Vamos a aprovechar que papa está comiéndose los caracoles y las ostras de doña Urraca y te voy a enseñar algo.

Tarugo y Pepita salen de la zona de corrales y suben hasta el bar,

atraviesan el salón, ascienden por la andrajosa escalera señorial, atraviesan el pasillo de suelo hidráulico y entran en la enmohecida alcoba de Curro. Frente a la cama permanece el altar que ya presentamos atrás. Tarugo se instala delante acomodándose en un descolorido escabel. Mete el dedo en el ojo del retrato de su madre y el cajoncito secreto salta como un artefacto voluntarioso. Tarugo retira el saco y le muestra el áureo interior a su hermana.

—Papa ha conseguido este oro, ¿ves?, y vamos a conseguir más porque la gente cuando busca oro lo pierde. Un fenómeno natural que yo no te puedo explicar. Pero tú déjalo de nuestra cuenta y cuando lo veas lo verás.

Pepita se encoge de hombros con alarmada inocencia.

—No entiendo nada de los tejemanejes en los que andáis, pero no me gusta un pelo.

Tarugo se lleva las manos a la cabeza.

—Parece mentira que seas mi hermana y no tengas una mentalidad deductiva como la mía. Este saco con oro en polvo es tu libertad. Este polvo quiere decir que ya no hace falta que le echas un polvo a ningún mastuerzo. Ningún mastuerzo del que no estés enamorada. Porque mezclar el amor y los dineros trae una insatisfacción que llena de sangre y angustias mundanas las páginas de sucesos de los periódicos.

Pepita permanece quieta, los puños cerrados.

—Gracias, hermano, buenas noches. —Se incorpora y sale de la habitación mandándole un beso.

Enfrascamiento romántico

Pepita está dentro de la cueva y señala con su puntero láser las distintas formaciones calcáreas que penden del cielo de la caverna.

—Observen la belleza de las estalagmitas de esta sala. La sala de los circuncidados debe su nombre a estas formas estilizadas como de miembros...

Un niño empieza a subir el volumen de su llanto hasta alcanzar el canto desesperado de los ciervos en época de berrea. Pepita se vuelve a la madre.

—¿Puedo ayudarle? ¿Quiere que le acompañe de vuelta? Necesitamos que el niño se calle para continuar la explicación.

La madre, doña Francisca Redicha, sostiene un bote de papilla de pellejo de pollo con guisantes para bebés muy exigentes.

—No puedo abrir el bote, en cuanto lo consiga el niño a la primera cucharada se queda grogui.

Un hombre de aspecto sereno, Luis Amable, levanta su índice de notario.

—Déjeme, señora, el bote, si usted me lo permite.

La señora le entrega el bote y el señor Amable empieza a estrujarlo entre sus manos expeliendo pedorretas.

—Pppppffffpppp, pppgggññppppffpppp.

Un hombre de recio mostacho, Paco Delabola, camisa sin mangas, recién salido de un circo de forzudos húngaros, da un paso al frente.

—Caballero, tenga cuidado que igual se hernia. Ya estamos perdiendo bastante tiempo con los alaridos del infante como para aguantarle a usted los suyos. Déjeme ese bote que yo lo abro en un periquete.

El señor Amable le entrega el bote como el que entrega las llaves de su ciudad a un sátrapa invasor.

—Si se quiere poner usted la medalla, adelante. Ya lo tenía medio abierto.

—No se preocupe que yo lo abro del todo.

El señor Delabola intenta hacer girar la tapa con sus manos de Popeye el Marino.

—Ya veo, ya, mmmppfffggg, medio abierto dice..., mmmppppfffgggñññ, medio abierto..., ññeggnmngg, no se referirá al bote.

El niño ahora suena como una sirena antiincendios, todo el mundo empieza a ponerse nervioso buscando con la mirada las salidas de emergencia. El señor Delabola sigue bufando.

—Pfff.. Dígale al niño que se calle, que así no me puedo concentrar. Joroba, está como sellado.

Un hombre con aspecto de amo de casa, Ernesto Mislabores, se abre paso entre la muchedumbre expectante.

—Hay que darle unos golpecitos a la tapa con una cuchara o con algo. Déjeme la cuchara, señora.

El señor Mislabores se hace cargo del bote con autoridad y recoge la cuchara de las regordetas manos de la señora Redicha.

—Se dan unos golpecitos, así, pim, pam, pim, pam. —Empieza a golpear la tapa con rítmicos golpes—. Y ahora..., ñeeccc. Jolines con el botecito. Hay que darle más golpecitos, pim, pom, pim, y de esta manera conseguiremos que entre oxígeno dentro del bote, pim, pom, y al perder el vacío se abrirá como una almeja.

El hombre forzudo asiente señalándose la cabeza.

—Si es que es de cajón. Luchar contra el vacío es luchar para nada. No se puede luchar contra el vacío porque el vacío es indestructible.

Pepita pide silencio.

—Por favor, vamos a seguir con la explicación. No podemos quedarnos toda la tarde en esta sala porque las luces se van apagando y nos podemos

quedar a oscuras. Decía que esta sala debe su singular nombre a las formaciones calcáreas con forma de espárragos o champiñones, cada cual que vea lo que su imaginación le provoque, colgando del techo. Algunas personas ven longanizas y otras se transportan a una playa nudista...

Una monja con gafas de culo de garrafa interrumpe.

—Aquí hace mucho calor, ¿verdad? O me está dando un sofoco.

—La temperatura de la cueva es así siempre —responde Pepita—, veintidós grados en invierno y veintidós en verano, una gozada...

Los ojos de Pepita se pierden, se nublan, se avisan, se tumban, se levantan, se destienden y se quedan a medio gas en cuestión de un segundo. ¿Qué imagen ha pasado por sus retinas para provocarle tantas emociones por el magín de su emotividad? Lo han adivinado. Martin Martín. El truhan, el vaquero solitario que ataca cobardemente a las personas por la espalda y que tanto daño ha provocado a su familia está ahí, tan pimpante, tan tranquilo, ¿por qué no decirlo?, tan copulable. Pero aunque sus cristalinos no se apartan de las almendras de ella no es a ella a quien se dirige, Martin se dirige al señor Mislabores.

—Deme el bote.

Pepita se ha quedado congelada. Sus ojos se han clavado en la escena. Y una suerte de sinrazón descomunal invade su mente. Su entrega como mujer será alcanzada por el que abra ese bote. Las decisiones vitales a veces toman unos derroteros que a este narrador lo sacan de quicio. Vamos a ver, estoy narrando la historia de una mujer sin resquicio y ahora va esta sublimación con uniforme de guía turística y decide entregarse a este vaquero, que vete a saber de dónde demonios viene, si logra abrir un bote de papilla para bebés. Vamos a analizar esta situación. ¿Pepita quiere que abra o que no abra el bote? Pepita quiere que Martin abra el bote. Seguimos. ¿O seguimos estancados? Pepita ha decidido que si abre el bote ella será para él y si no, en principio no. ¿Sí? ¿Por qué? ¡¿Por qué?! Este narrador también está subiéndose por las paredes porque le gustaría que ella fuera más dueña de su destino y no confiara en el albur la resolución de la entrega de sus albeas intimidades. Pero no. Pepita ha dejado correr los dados del destino. ¡Pepita! ¡Reacciona! Nada. Pepita no escucha. No se mueve. Sigue clavada en la escena. Pepita no atiende

a razones. Ha dejado su voluntad en manos de que ese bote sellado se abra o no. Así de ridículo, como si el destino se pudiera dejar en manos de un macaco beodo. Un momento, ¿ridículo?, por qué no épico, como en una leyenda de corte artúrica. Arrea. El destino de su silbo invulnerable, la cabeza que llevará una corona, se deja en manos de la cachamba. Pero no del todo, Pepita quiere que ese bote se abra, es más, su mirada es como la hinchada de un equipo de baloncesto, anima a que la pelota entre en la canasta. Y este narrador no sabe qué hacer. Tira una moneda al aire...

La mano izquierda de Martin acoge el bote como si sostuviera la cintura de una bailarina de porcelana. Sus dedos índice y pulgar se ciernen sobre la tapa. Los ojos de Pepita y Martin sostienen en el aire una mirada tan tensa que podríamos hacer caminar a un funambulista sobre su trayecto.

—¡Plop!

El bote se ha abierto y la botella de espumoso del destino de Pepita se ha descorchado empapando su espíritu. Ese hombre es para ella y yo me quedo igual de perplejo que usted.

Hay un estallido de emoción. Los visitantes aplauden. Aplauden que se haya abierto el bote y sobre todo que el niño se calle. Nadie ha percibido el repicar de campanas interiores que inunda a la pareja. La caterva de turistas continúa por el trayecto con alivio manifiesto. Pepita se echa a un lado.

—Sigán, sigán para delante. No se demoren que hay muchas más maravillas que disfrutar.

Martin se va acercando a ella con la majestuosidad y percha de un caballo percherón.

—Por favor, no se retrasen que se van a ir apagando las luces.

El grupo avanza en confuso tropel. Pepita y Martin se quedan solos. La boca de Pepita, ay, se encuentra con la boca de Martin. Sufro. Sé que sería mucho más bonito y menos doloroso para mí decir que sus labios se encuentran o que se funden en un apasionado beso. Pero es que la carnalidad del encuentro, el vacío al que se han entregado, dejan los labios y los besos a la altura de aficionados. Pepita y Martin se han tragado a sí mismos y yo me trago una angustia que solo los amantes desdichados por la invisibilidad de sus pretensiones conocen.

La sala en la que se encuentran queda a oscuras. Yo me piro de aquí. Dejemos a los amantes en su regato romántico y vayamos con el grupo de visitantes a distraernos en la observación de las protuberancias calcáreas, recorramos los vericuetos de la apabullante nueva sala a la que acabamos de acceder. Qué bonito todo. Vaya, la voz de Pepita suena por megafonía. Yo que había pensado pasar página...

—Estamos en la sala principal. Observen esas formaciones de ahí, aaaahí, ah, ah, ahí.

El punto del láser oscila por el techo de la gran sala como una luciérnaga espasmódica. Martin camina pegado a la espalda de Pepita, la falda de ella está ligeramente levantada por detrás.

—Ayyyyauuuuuuaahh. Esto es fantástico, fantááástico. No me digan que esto no es fantástico. Ahahaha. Como les explicaba, esas formaciones de allí nos dan una idea de la antigüedad de esta cuevaaah, de esta cueva. Porque imagínense que gota a gota a gota a gotaaaah de agua, de aguah, de aguaahhhh..., el sedimento calcáreo va, va, va, va va, vahh, va dejando su poso. Uf, uf. Estamos hablando de dos mil millones de ahhh ahhh años. Sigue, sigue, perdonen, sigan, sigan avanzando. Estamos en la sala con mayor altura de la cueva. Observen que ahí, ahí, ahí, ¡ay! Ahí, ay, ahí síííí, arriba se aprecia, ¡sí!, que entra luz natural. Ahhh, ahhh, justo, justo, justo estamos debajo del castillo de los trempa, perdón, templahhh, templahhh, templarios que corona esta montaña.

La monja sofocada pregunta.

—¿Los templarios conocieron la existencia de la cueva?

—Pues supuestamente no, sí, sííí, quiero decir que no la conocieron. Sí que sabemos que la cueva la descubrióóóóhhh un pastor que corría, que corría, que corría detrás de una oveja y descubrió, oh, ah, oh, oh, ooooggghh, esta maravilla. Ahhhhgg, perdonen los aspavientos, pero es que a mí lo de los templarios siempre me ha parecido muy excitante. Por favor, no se amontonen y sigan caminando que yo les... sigue..., sigue..., sigue..., sigo explicando.

El grupo sigue su marcha observando embelesado las estalagmitas y estalactitas que forman un laberinto de columnas, como un bosque de ensueño, mientras la joven pareja que acabamos de unir con un lazo de amor y frenesí,

carne y espíritu a partes iguales —¿se puede pedir más?— se desanuda entre caricias anhelantes de nuevos encuentros bajo la luz del fervor y el deseo.

El paripé de los malandrines

La plaza del pueblo se estira bajo el sol como un lagarto de cemento. Los parroquianos desapilan las sillas del bar como el que desmonta un juguete de construcción para adultos y se disponen a asistir al espectáculo de las correrías del viento con las hojas caídas. Un perro se rasca detrás de la oreja y vemos saltar los chinchorros como en una viñeta de Ibáñez. Huele a tabaco de liar, a aguardiente de hinojo y a mechero de yesca. El silencio es una tradición que se rompe solo cuando hay motivo y el sonido que anuncia su ruptura viene precedido de un ejem mendicante. Los hombres giran sus pulgares como si montaran el merengue de un rosario eterno. El peso de la costumbre se podría cortar con una radial. El viento se aventura con osadía en cada barrido y la sombra es tan escasa que por cosas de la relatividad y la velocidad de la luz el tiempo parece detenido.

Curro está detrás de la esquina, como embozado, como si estuviese jugando al escondite con los vecinos a su bola por la plaza. A su lado, su hijo Tarugo recuerda al monaguillo que espera la señal para tocar la campanilla del advenimiento del Espíritu Santo en plan truco del almendruco. Curro bisbisea.

—Tarugo, vamos a repasar el plan. Yo voy caminando disimuladamente cruzando la plaza como si fuera a por algo a la zona de abajo, tú me llamas

cuando yo esté llegando más o menos a la altura de la terraza.

Tarugo lo tranquiliza.

—Confía en mí. Yo no sirvo para hacer una mudanza pero estas tonterías se me dan muy bien.

Curro y Tarugo se golpean los nudillos en señal de triunfo y compadreo.

—Este es mi niño.

—Vale, papa, no me llames niño, porque ahora somos socios. Un poco de seriedad.

—Así me gusta, Tarugo. Hasta ahora.

Curro se pone a caminar hacia la terraza con el aire desvalido y triunfante de un hombre de mundo con la tarea resuelta. Un aire desconocido para él hasta ese momento. Azarías, un viejo conocido de correrías de infancia, lo saluda desde la distancia acostumbrada.

—¿Qué dice, Curro? ¿Vemos cerrado el negocio tan de mañana?

Curro aprovecha esa coyuntura para pelar la hebra y hacerse notar.

—Si por negocio te refieres a la fonda que administro, mejor llámala pérdida de tiempo, porque negocio, lo que se dice negocio, no es. Con decirte que he dejado a la perra al cuidado, ya te imaginarás el bollerío que se menea en el negocio que dices tú.

Curro mira hacia la esquina donde sabe, aunque no a ciencia cierta, que debe de estar su hijo.

—Voy a ver si me doy una vueltecita por abajo, a mirar las flores del prado, sí, que a mí me gusta mucho mirar las flores...

En ese momento entra en escena Tarugo, en un alarde escénico similar al que desarrollaría Hamlet recién bajado de una lavadora mal calzada.

—Ohhhhhh, padre, padre, socio mío... Mirad lo que he encontrado en el río Bonito, mirad cómo brilla. ¿No es oro lo que reluce en mi mano con tanto fulgor?

Curro se disculpa ante Azarías —«Perdona, Azarías, me reclama mi hijo, dale saludos a la Milana bonita»— y se vuelve a Tarugo como si estuviera recitando al arcipreste de Hita.

—No des esos gritos y aspavientos, hijo querido de mi alma, que la hora de la siesta es sagrada y de agrado para el cuerpo. ¿Qué me cuentas que has

encontrado?

—Oh, padre, padre, oro, oro del que cagó el moro.

—¡No grites tanto que te van a oír! Déjame ver...

Curro se acerca a Tarugo y mira dentro de su sudada mano. Unas pequeñas pepitas de oro recorren los surcos de la palma. Curro susurra en alto y a gran volumen.

—¡Oro! Es oro. ¿Y dónde dices que lo has encontrado?

—En el río Bonito, padre de mis amores.

—Tarugo, vámonos a la fonda, que aquí en medio de la plaza estamos dando demasiado el cante. ¡Qué barbaridad, oro en el río Bonito! ¡Que no se entere nadie!

—Vale, padre. —Tarugo eleva el tono para asegurarse que todos lo oyen —. Vamos a la fonda antes de que alguien pueda quitarnos este oro. —Se vuelve y al ver que los parroquianos ni se inmutan, exclama—: Antes de irnos, padre... ¿Has visto cómo brilla el oro? ¡No puede ser otra cosa que oro!

Curro mira de reojo a la terraza donde los parroquianos parecen recién pintados por el sordo de Fuendetodos y sufrieran la misma afección. Curro musita por lo bajini a su hijo.

—Vamos a repetir dónde lo has encontrado, a ver si se mueven estos. ¡¿Dónde has encontrado ese oro?!

Tarugo levanta la voz.

—¡En el río Bonito!

La voz de Tarugo rebota en las encaladas casas y cae al suelo inerte. Curro se desespera y vuelve a dirigirse a su hijo con disimulo de opereta, a *sotto voce*.

—Qué raro que ninguno venga aquí a mirar el oro. ¿Para qué hemos conseguido oro de verdad si aquí nadie quiere venir a mirarlo? —Curro sube el volumen a calzón sacado—. ¡Cuéntame! ¡Cuéntame cómo ha sido eso del oro en el río Bonito!

Tarugo despliega en abanico su arsenal interpretativo y desarrolla la escena con gestos de mimo memo.

—¡Yo iba por allí meditando en mis cosas, el mundo y la carne, el estofado para ser concretos, y al mirar al suelo me dije: ¡cómo brilla el fango!

¡Mira cómo brilla el fango, Tarugo! Y me respondí, ¡voy a mirarlo, Tarugo!, y me dije: ¡no te preocupes, Tarugo!, y yo me respondí: ¡Tarugo, fíjate bien porque eso que brilla parece oro! A lo que me añadí: ¡sí, Tarugo, eso es oro, porque brilla como el oro!

Los aldeanos prestan atención al sainete con socarronería. Uno de ellos se cruza de brazos y comenta con sus vecinos de asiento:

—A mí me sale un hijo como ese y me tiro del campanario.

Otro de los aldeanos responde moviendo el palillo de la boca.

—A ti te sale un hijo así y no hace falta que te tires del campanario. Ya te tiramos nosotros.

—Están para que los ingresen en un centro de salud.

—Y tirar la llave.

Curro comienza a desgañitarse, oímos saltar hebras de sus cuerdas vocales.

—¡Qué suerte hemos tenido, hijo! ¡Este oro nos va a sacar de la miseria! ¡Porque este oro es de primera calidad! ¡No hay nada más que ver cómo brilla!

Tarugo se pone a saltar en plan boxeador tras ganar el campeonato mundial de peso pulga.

—¡Oro, oro, oro!

Curro lo acompaña transmutado en saltimbanqui recién fugado de un centro de mayores.

—¡Oro, oro, oro!

Una ventana se abre encima de ellos. Una mujer asoma con una barreño de agua y lo deja caer sobre la pareja de cómicos ambulantes.

—¡Váyanse a dar voces al campo, mamarrachos!

La terraza de aldeanos estalla en un carcajada.

Curro y Tarugo se miran, pingando perdidos, con la derrota en la mirada. Tarugo aun así saca a flote la dignidad de los perdedores.

—Vámonos, papa, ya vendrán estos paletos a pedirnos que los ayudemos cuando seamos ricos y, ¿sabes qué?, no tendremos compasión, que para eso seremos ricos.

Volver con la frente empapada

El teléfono de baquelita de la roñosa pared demandaba atención en el momento en el que los ñaques entraban por la puerta. Tarugo se dirigió a su padre.

—Cógelo, papa, después de la función necesito un rato para descomprimirme y no me apetece hablar con nadie. La inmersión en los personajes es peor que una inmersión en las pozas marianas. Te deja exhausto, no querrás que me quede cianótico y se me suelten los esfínteres en medio del salón.

Curro da la vuelta a la barra, se restriega el agua y el sudor de la frente y descuelga. Tarugo sigue hablando, ahora en tono grave.

—Espero que después de esta experiencia te hayas dado cuenta de que las musas de la escena no te han llamado para formar parte de su corte. En nueve palabras: como actor no te vas a ganar la vida.

Curro, auricular en la oreja, manotea en el aire suplicando silencio a su hijo.

—Hola, Atanasio. ¿Pepita? Supongo que estará en su habitación... Voy a avisarla.

Curro atraviesa el salón ignorando a su hijo.

—Aunque, papa, si lo que quieres es ganarte un apodo ridículo tipo el

troncomovil o la percha ambulante lo tienes chupado gracias a ese don que el cielo te negó. Qué actor más malo. Ronald Reagan o Mariano Rajoy son Laurence Olivier comparados contigo. Qué vergüenza me has hecho pasar. Papa, retírate de la farándula porque es ya lo que te faltaba en este pueblo: ser el hazmerreír de toda la comunidad, como si no tuvieras suficiente sambenito con tu condición de calvo, viudo y padre irresponsable.

Curro llega a la habitación de Pepita, abre con cuidado y ve que la cama está vacía. El peluche favorito de Pepita, un ornitorrinco con un cuerno, mira a Curro con desamparo e incompreensión. Una premonición atraviesa la frente de Curro. Ay, ay, ay, ay...

Curro recoge el auricular de encima de la barra sin ninguna prisa.

—Atanasio, llama más tarde o mejor mañana. La niña está tan dormida que no se despierta. Trabaja tanto... Venga, un abrazo. Sí, yo se lo doy de tu parte. Adiós, adiós.

Cuelga. Se queda mirando a su hijo.

—Hijo mío, estamos en un problema.

—Pues a mí no me mires porque yo estoy de paso en esta vida.

—¿Sabes lo que es la intuición femenina? Es una cosa que tienen las hembras y los animales en general, una inteligencia misteriosa. Pues esa clarividencia para desentrañar la realidad, para vislumbrar en el mundo oculto, me dice que nuestra querida Pepita va a dar la espantada.

Tarugo mira a su padre con un bisbiseo en los ojos.

—A mí, con la suerte de los tontos, esa especie de infalible puntería que carga el diablo, esa habilidad para restañar la mugre que oculta la realidad, te digo que ya estaba tardando. Pepita se ha demorado más de lo que su inteligencia auguraba en salir por la puerta y dejar de sufrir el calvario al que nos sometes.

Y ahora los lectores se preguntan: ¿dónde está Pepita? Y yo, el titiritero en la sombra celeste, les cuento por dónde se desperdigan estos personajes movidos por el azar y el capricho.

Pepita está de tiendas, llenando su cesta de la compra de amor.

La cesta de la ilusión

—A ver..., llevo las mandarinas, las latas de atún, mejillones, chorizo, jamón, pan de a kilo, galletas saladas, café instantáneo, leche en polvo...

Pepita pasea la vista por los anaqueles de la tienda, una especie de almacén de Diógenes donde conviven los refrescos con los sopicaldos, los embutidos con la ropa interior, los utensilios de labor con huevos al borde de la eclosión. El gabinete de una hechicera iluminado y especializado en menesteres de toda índole.

—¿Algo más?

Pepita vuelve de su ensimismamiento.

—Una botella de dos litros de refresco negro.

Como una aparición furibunda, como una gárgola de escalofrío, doña Urraca ha entrado en la tienda y escucha la conversación.

—Dame también unas paraguayas. ¿Aguantarán fuera de la nevera?

Como un espectro que vuelve a introducirse en la pared, Urraca desanda sus pasos silenciosa y desaparece con las orejas en punta por la puerta del colmado sin que Pepita se aperciba de ello.

—Y ponme una velita, mejor dos velitas. Dame tres, tres velitas, que no sea por velitas, y échame la cuenta que tengo prisa.

Pepita sale con precipitación de la tienda cargada de viandas y querencias

revolconas. Los ojos de Urraca la siguen como una maldición calle abajo.

Estrechando las miras

La luz de Pepita avanza por la calle seguida por la sombra de Urraca.

Pepita llega a la puerta de la cueva, deja las bolsas en el suelo y saca de su bolso la llave. Mira hacia atrás para asegurarse de que nadie la ve entrar a esas horas y sus ojos tropiezan con Urraca, que la interroga desde el campanario de su altivez.

—Buenas noches, Pepita. ¿Qué tal todo en general? ¿A gusto? Déjame que te ayude con el acarreo.

Urraca lanza sus manos sobre las bolsas como un águila truchera. Pepita da un respingo como si le hubieran echado agua helada en la espalda.

—No se molest...

Urraca congela sus garras en las asas de las bolsas, las sopesa como una balanza romana y clava sus ojos de rímel venenoso sobre Pepita.

—Vaya, vaya... ¡Cuánta cosa llevas ahí! ¿Estás guardando para el banquete de boda o tienes información privilegiada sobre una subida del precio de la cesta de la compra? ¿Eh?

Pepita calla, esperando un mal viento que se lleve a su interrogadora de enfrente de ella. Urraca sigue con su escrutar sibilino.

—No tenías que haberte preocupado. En nuestra casa tenemos de todo para que no tengas que aportar nada. ¿O es que te vas de excursión? A ver,

explícame esta intendencia porque a mí aquí hay algo que no me cuadra.

Pepita arrebató las bolsas de los garfios de Urraca.

—Deje las bolsas en el suelo, no le vaya a dar una subida de tensión, señora mía.

—No te vaya a dar una subida de tensión a ti, tortolita, o algo peor. Que la cadera, dependiendo del uso que se le dé, puede ser para toda la vida o agostarse antes de la primavera.

Urraca mira las bolsas en manos de Pepita y pone en funcionamiento los rayos equis de sus pupilas.

—Ya veo que te cuidas muy bien, y ¿dónde echas todo eso? Porque vaya cinturita de avispa que derrochas. Debes hacer mucha jiñasia.

Pepita eleva la punta de la nariz hasta lo más alto.

—Si a usted no le importa.

Urraca se encoge de hombros afilando su silueta amenazadora como la sombra de una catedral gótica.

—A mí qué me va a importar lo que hagas tú con tu cuerpo, pero que sepas que yo no me chupo el dedo. Ya sé yo la jiñasia que tú haces.

—Pues sí, imagínese, cuatro veces al día.

—Qué portento de muchacho.

Pepita levanta su famosa ceja como la que levantara un dedo admonitorio.

—Cuatro veces al día dos kilómetros de cueva para arriba, dos kilómetros de cueva para abajo. Cuatro por cuatro: doce kilómetros al día. Aquí no faltan visitantes.

—Ya, y por lo que veo se les agasaja estupendamente, todo ese dispendio es...

—Es para mí, por si se me abre el apetito.

—Ya, ahora se dice así, se me abre el apetito, en mis tiempos se decía otra cosa. El apetito, dice que se le abre. Ya sé yo lo que se te abre a ti. ¿O te crees que mi Atanasito es un niño profeta de laboratorio?

Mamporros en Casa Curro

Curro se ha levantado del sofá como Arquímedes salió de la bañera.

—¡Hijo mío, qué suerte has tenido teniendo un padre con cerebro! Lo de que se corra la voz del oro ya está arreglado. ¡No entiendo cómo no se me había ocurrido antes!

Curro se abalanza sobre el teléfono. Las señales de alarma del cerebro de Tarugo empiezan a parpadear.

—¡Papa! ¿Qué vas a hacer? Como socio que soy de esta patraña debes consultarme cada paso que vayas a dar. Recuerda que el exceso de confianza y la precipitación llenan las camas de los hospitales.

Curro marca a gran velocidad mientras musita para sí.

—¿Dónde tenía la cabeza? Desde luego encima de los hombros no.

Tarugo agarra a su padre por el cuello.

—¡Suelta el teléfono o te muerdo en la yugular!

Curro golpea con el teléfono en la frente a su hijo, provocando un sonido hueco y un pitido en el auricular. Tarugo cae al suelo y desde ahí se lamenta.

—Papa, me has golpeado en el cuarto ojo. Me has golpeado en el centro de mi capacidad deductiva. Yo solo quería decirte que por favor no llamas a la pareja de guardias civiles.

Unas lágrimas asoman por los ojos de Tarugo. Su padre lo mira con ternura

sin dejar de marcar.

—Pues dilo, hijo, no tengas esos arranques, que uno no sabe cómo reaccionar y el espíritu de supervivencia nubla el entendimiento.

Tarugo se acaricia el chichón con forma circular que empieza a crecerle en la frente.

—Habló el hombre tranquilo. Si no fueras tan impulsivo yo no tendría el corazón en un puño.

—Vale, hijo, para qué vamos a discutir. Disculpa si te he hecho daño.

—Sí me has hecho daño, papa, pero habría sido peor que hubieras llamado a la pareja. Debes comprender que a mí me quedan menos dos puntos negativos y eso que ni siquiera me he sacado el carné de conducir, que cuando me lo saque voy directo al curso de recuperación de puntos y eso es como un gulag pero con peor ambiente.

Al arbitrio del mal

Urraca ha creado un anillo maléfico alrededor de Pepita.

—Yo ya sé de qué piel cojeas tú...

El gong en un combate encarrilado a la tragedia suena en el móvil de Urraca.

—La llaman —advierde Pepita señalando los gongones.

—Ahora no tengo tiempo para llamadas.

—Cójalo, no vaya a ser algo urgente. —Pepita mete la mano como una centella en el bolso de Urraca—. Su psicólogo, su veterinario o su dentista...

Urraca intenta evitarlo agarrando el brazo de Pepita.

—¡Suelta mi teléfono!

Pepita ha conseguido descolgarlo y lo blande en el aire. «Hola, mi amor, ¿cómo estás, pimpollo?» Pepita reconoce la voz de su padre. «Te llamo para contarte algo sensacional...» Pepita susurra a la vieja mientras tapa el micrófono del artefacto:

—Vaya, vaya..., ¿pimpollo? ¿Mi amor? Mi padre y usted..., qué sorpresita. Ya veo que unas se llevan la fama y a otras les cardan la lana.

Urraca arrebatata el teléfono a Pepita en el preciso momento en el que ella se lo entrega. Urraca lo pega a su cadera y con un dedo en los labios le implora a Pepita silencio.

—A mi Atanasito ni media palabra.

—Eso es, a su Atanasito ni media palabra, ni a mi padre, ni a mi hermano. Este es un secreto entre nosotras.

—Seré una tumba.

—Eso espero. Ya verá que de estar callada no se muere nadie. Buenas noches.

Urraca se separa de Pepita como una balsa de chapapote.

—Adiós, hija mía, y a pasarlo bien. Si esto es todo lo que nos vamos a llevar de este mundo, las alegrías para el cuerpo.

Pepita no contesta, abre el portón y se mete en la cueva. Urraca, la alimaña en celo, se repone y la trote pillla cuesta abajo.

—Tú, ¿dónde te has metido, malandrín? Necesito verte y no hay manera. Esto no me lo merezco. ¿Qué soy para ti? ¿Una colilla? ¿La bolsa de la basura? ¿El gato? ¡Me tienes abandonada!

Al lado del otro lado

Tarugo se ha tumbado en el suelo del salón y observa a su padre desde la bruma tarambana de su escepticismo.

—Qué razón tienes, muñeca mía...

A través del auricular puede escuchar los graznidos de doña Urraca. Afortunadamente, no entiende una sola palabra.

—Perdona, Palomita, no sé cómo puedo tener el corazón tan desnortado. Esto..., yo te llamaba porque...

Tarugo se muerde un pulgar ensimismado mientras ve cómo la oreja de su padre va adquiriendo un color como de lombarda.

—¿Sí?, sí, mi hija, sí, ya, en la cueva con ese, y qué quieres que haga. Ya sabes que contra la adolescencia ni los marines ni la Legión pueden...

Tarugo se levanta y empieza a dar unos pasos de baile con su sombra mientras musita para sí una canción de Sinatra.

—*Estreinllers in de naig...*

Su padre sigue intentando hacerse oír.

—Escucha, que...

Curro levanta la voz y consigue acaparar la atención de Urraca con uno de los detalles.

—Te tengo que contar algo, pero que no se entere nadie.

Curro sostiene el teléfono en la mano señalando el silencio que se ha producido en este. Se lo acerca.

—Mi hijo ha encontrado oro en el río Bonito y es muy importante que no se entere nadie. ¿Me oye? Hay una... referencia. ¿Sí? Ho... ¿Eh? ¿Uh?

Curro cuelga. Tarugo abandona su bailecito y levanta la ceja más próxima a su padre como si fuera un perro de Disney.

—¿Eso es todo?

—Más que suficiente.

—¿Y ahora, qué? ¿Te vas a darle un repaso a la madurita interesante?

—No. Ya no. Ya no hace falta que...

Curro salva la barra y se pone a bailar emocionado.

—Tralaralalará... Ya no me tengo que revolcar con la vieja. ¡Ya puedo ser una persona digna sin perder la dignidad! ¡Tralará tralará!... ¡Yupiiiiii! ¡Aleluya! ¡Soy libre!

—Papa, me estás preocupando. ¿Llamo a los loqueros?

—No, hijo, no. Pon la tele, que tú la entiendes mejor que yo.

Tarugo se encamina al televisor y le arrea un golpetazo en el lateral. La tele se enciende. En ese momento, la caída de la tarde, está cerrando la emisión *La siesta es nefasta para la hernia de hiato*, un magazín en el que entre chismes y cotilleos meten un desfile de sujetadores, o de legionarios, un informe sobre la limpieza del gato o sobre las virtudes del exorcismo. El presentador, Jesús Cantamañanas, se dirige a los televidentes.

—Y este ha sido nuestro reportaje de cierre, un especial sobre cómo el cariño de las personas a su tierra, arcilla alcalina con mucho feldespato, desafía la distancia exportándola en sacos terreros. Espero que haya sido de su interés. Pásenlo bien y no miren a quién, que de eso nos encargamos nosotros. —Jesús Cantamañanas se lleva la mano al pinganillo—. Un momento, me piden que dé paso a una noticia de última hora. Atento al telepronter. Leo: encontrado oro en grandes cantidades en las riberas del río Bonito. ¿Es esto cierto?

Jesús Cantamañanas se tapa una oreja y escucha la voz del encargado de la realización.

—Sí, me confirman en control que sí que se ha encontrado oro en las

riberas del río Bonito.

El plano que ven los telespectadores gira rápidamente hacia el cielo del plató. Oímos la voz de Jesús Cantamañanas dirigiéndose al cámara que acaba de abandonar su posición.

—¿Dónde vas? ¡Que todavía no hemos acabado el programa!

La cámara vuelve a enfocar a Jesús Cantamañanas. Este tiene la cámara sostenida con las manos, haciéndose un selfi en directo por televisión.

—¡Queridas televidentas, me he quedado solo en el plató! Las espero mañana a la misma hora. Hasta mañana... si el equipo vuelve.

Curro se pone a saltar a la pata coja de contento.

—Somos ricos, ¡somos ricos! Tarugo, ¿te das cuenta? Ricos. ¡Vamos a salvar la posada!

Tarugo se une al baile arrastrado por la euforia y el desequilibrio mental.

La perra de la puerta entra en la estancia sin abandonar su aire lánguido.

Calentura del oro

El tren de la sierra reducía su velocidad entrando en la estación y ya saltaban como chinches los buscadores de oro con sus pertrechos auestas. Los hombres salían a la carrera a buscar un hueco en los márgenes del río Bonito como en una maratón del ansia por salir de la estrechez. No podemos hablar de codicia, ese vicio que provoca la podredumbre de las almas. No podemos hablar de avaricia, esa enfermedad que induce a la desafección social. Aquellas personas tenían perentoria necesidad y la ilusión de la prosperidad encendida en los ojos. Algunos habían tomado el camino hacia allá desatendiendo huertos, trabajos insatisfactorios, familias en vilo o libros de estudio cerrados de golpe. Los buscadores de oro se disputaban los lugares donde el río Bonito creaba regatos por los que caminar y deshacían a patadas el barro de las riberas metiendo sus cuerpos en aquellos lodazales. En esa agua embarrada metían sus bandejas haciéndolas girar para que los sedimentos menos pesados que el oro salieran despedidos, manteniendo el fino y preciado polvo en el fondo de sus platos.

En el interior de la cueva Pepita y Martin viven otra fiebre. La fiebre del sexo a manta, sin freno y cuesta abajo, alternando besos y fresas, caricias y patatas de bolsa, carne entregada y lonchas de jamón. Revolcones apasionados seguidos de separaciones tan dolorosas como interminables.

Pepita sigue dando sus explicaciones a los turistas y soportando sus matracas, apareciendo por casa, haciendo el papel de ejemplar hija rebelde y escapando por las noches a desprenderse del personaje y ser ella misma. Martín, escondido en la cueva, se asoma de vez en cuando por una abertura inexpugnable en el exterior de la montaña para solazarse y tomar aire mirando nubes.

Curro se da cuenta de los trajines de su hija. Sin moverse de su cama escucha el estilo con el que Pepita acciona el picaporte de la puerta y con qué cautela sale de casa a hurtadillas, y no dice nada. Prefiere hacerse el loco, prefiere no crear una situación que ponga a su hija en la tesitura de salir por la puerta para siempre. Sabe Curro que los padres tras una lucha a brazo partido acaban claudicando, y que cuando de las espaldas de los hijos salen alas no hay barrotes ni chantajes emocionales que los retengan en el sofá.

La bonanza amansa

Curro se frota las manos observando con un refocile en la mirada el cartel de «No hay habitaciones, aguardiente, sí», que acaba de colgar en la fachada de su fonda. Entra en su, ahora sí, negocio mirando a un lado y a otro. Se nota que ha llegado dinerito contante y sonante. Ha podido pintar las paredes más deslustradas, colocado manteles nuevos sobre las mesas, y en la estantería de detrás de la barra lucen botellas con las bebidas espirituosas de más etiqueta y rimbombancia. Al frente de la barra está Tarugo, al que ha comprado una camisa nueva y ha colocado una pajarita para darle empaque de camarero de postín.

En el local hay un hombre gallego sentado con la espalda encorvada. Sobre la mesa tiene la bandeja de lavar oro y está pelando una naranja con mirada ausente. Un poco más al fondo hay un canario, un hombre de las islas afortunadas, no un pajarito amarillo, limpiándose las uñas con un mondadientes. Por la puerta entra un extremeño con la frustración esculpida a cincel en las demacradas mejillas. Se acerca a la barra y suelta a Tarugo una frase imperativa como el que escupe una maldición gerontocrática.

—¡Ponme un vaso de agua de grifo!

Tarugo le sirve el agua con prevención.

—Cuidadito con la cristalería, que es nueva.

El extremeño se bebe el vaso de un trago. Lo deja en la barra y Tarugo lo retira al momento. Curro se acerca con semblante amable y despreocupado.

—Qué, ¿ha visto suerte?

El extremeño lo mira y de sus ojos salen unos rayos furibundos.

—Más me valdría haberme traído la caña de pescar. No tendría las manos llenas de sabañones.

Tarugo cabecea y habla cerrando los ojos con suficiencia.

—Eso es porque no sabes. Yo me saqué esta mañana casi seis gramos de oro en un ratito.

El gallego se incorpora como si hubiera trabajado de hombre-bala.

—Pues ya nos dirás tú dónde, carallo, porque yo estoy igual. El oro no aparece y mira que he recorrido el río de cabo a rabo. Tengo los pies tan inflados que no me puedo ni quitar los zapatos. Venga, suelta la mosca, ¿dónde está ese regato en el que dices tú que hay oro?

Tarugo se pone farruco.

—A ti te lo voy a contar, que no te conozco nada más que de verte aquí maldiciendo y consumiendo productos de fuera. ¿Qué te crees, que me he caído de un guindo? ¿Eh? ¿Tú te crees que yo me he caído de un guindo? Pues sí, me he caído de un guindo, pero no me hice daño.

El extremeño vuelve a intervenir.

—Aquí el que no se ha caído de un guindo soy yo. Ponme otro vaso de agua y de paso me cuentas dónde está ese oro.

Tarugo le dice que no con el dedito en plan Mary Poppins o John Magall.

—De agua ni hablar que ya te he puesto un vaso y el agua no la regalan. Si quieres más agua te vas al abrevadero con las bestias.

El canario se levanta señalando a Tarugo con el mondadientes.

—Acabas de decirnos que has pillado seis gramos de oro esta mañana, ¡enséñanoslo!

Tarugo se encara con él.

—¿Tú qué quieres, verlo? ¿Tú? ¿Qué quieres? ¿Verlo? Ja. ¡A ti te lo voy a enseñar! Ja. Ja. ¡Pamplinas, que eres un pamplinas!

El extremeño mira a Tarugo con la suspicacia afilada.

—En la prensa dijeron que tú habías encontrado oro. ¿A la prensa se lo

enseñas y a nosotros no? ¿Qué demonios pasa aquí?

El canario interviene.

—Pío, pío.

El gallego interviene con la boca llena de naranja.

—No nos fiamos un pelo de ejte. ¡Enfñanos el oro!

El hombre canario zanja.

—¡O lo enseñas o mañana nos vamos todos de aquí!

Curro levanta las manos como un prestidigitador que muestra que no lleva un conejo escamoteado en la axila.

—¡Tranquilidad! Os enseñaremos el oro, y para que veáis nuestra buena fe daremos una rueda de prensa. Esto hay que compartirlo porque es patrimonio de la humanidad, un regalo de la tierra y para los humanos debe ser.

Tarugo golpea la barra con las dos manos.

—¡El oro es mío y no lo voy a compartir con los humanos!

Curro se lleva las manos a la calva.

—¿Qué te ha pasado, Tarugo? ¿La riqueza te ha vuelto gilipollas?

—Pues sí, ¿qué pasa? Si ahora que soy rico no puedo comportarme gilipollésticamente entonces cuándo.

Curro se mesa los mofletes.

—Nadie te va a quitar el oro, hijo mío. Vamos a compartir la información, la verdad que nos respalda con el testimonio del oro encontrado. Pero solo el testimonio.

Los buscadores miran a un lado y otro con las escamas de punta. Curro se dirige a ellos con amor paternal.

—Serénense y tómense un vasito de vino. Invita la casa.

Todos se agarran a la barra como piratas en un abordaje.

Fiebre del Dorado a troche y moche

Pepita atraviesa el pórtico de la iglesia atestado de pordioseros.

—Por Dios, deme algo, por Dios...

Las calles anegadas de mendigos.

—Una limosna, por caridad. Me vuelvo a mi casa y no molesto más.

Un bermellón de indignación empieza a encandilar la faz de nácar de Pepita. Aprieta el paso y entra en la fonda echando chispas. Mira la barra atestada de muchedumbre sedienta, da un golpe seco y manda callar a todo el mundo. La perra de la puerta la ha seguido con cara de preocupación. No le gusta ver enfadada a Pepita.

—Tranquila, Elizabeththesecond, que no estoy enfadada contigo.

Pepita, tras dejarse dar un lametón en la cara, se dirige a los presentes.

—¡Se ha acabado la hora feliz! Todo el mundo a su cuarto. El bar está cerrado. Papá, Tarugo, vamos a pasar a casa que tengo que tener una charla con vosotros.

Pepita cruza el amplio salón y desaparece tras las cortinas que dan paso al domicilio. Curro y Tarugo la siguen como dos ovejas obedientes. Tarugo se vuelve a los clientes interrumpiendo su trasiego.

—Dejad los vasos en la barra sin meter uno dentro del otro. Cuidado con romperme la vajilla porque os la cargaré a la habitación sin que me tiemble el

pulso.

En la penumbra rancia de la sala de estar, Pepita se cruza de brazos, compungida y decepcionada.

—¿Qué? ¿Qué tenéis que contarme?

Curro y Tarugo la observan como niños tremebundos después de una trastada. El silencio se hace mármol. Curro hace un esfuerzo de picapedrero por simular naturalidad.

—Pues... tengo que contarte... que hoy yo voy a hacer la cena. Hay que desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y comer como un mendigo. —Curro se pone a sacar viandas de la alacena—. Así que hoy cenaremos pan, vino barato y embutido de cabeza de jabalí.

Tarugo aplaude con entusiasmo.

—¡Con sus pelos y todo!

Pepita replica colérica:

—¡Hay que ver qué poca vergüenza se gasta en esta casa! Aquí da lo mismo lo que le pase a la gente, lo que le pase al pueblo y lo que le pase a la humanidad entera. Aquí vamos todos a lo nuestro y que cruja el mundo.

Curro interrumpe su trajín y responde a su hija con los ojos abiertos, pero cuajados de culpas.

—El pueblo está prosperando...

Pepita hace un gesto como si asfixiara el aire con las manos.

—¿El pueblo? ¡Al pueblo no hay quien lo reconozca con toda esta patraña del oro!

Tarugo interviene airado.

—¡Aquí el único que chilla a papa soy yo!

Pepita lo ignora.

—¿Verdad o mentira?

Curro se frota la uña del índice derecho.

—Sí, hija, sí, es todo un embuste. Tú no lo puedes entender, pero todo esto del oro es un acto de amor. Pepita le apunta a la frente y Curro siente una bala fantasmal atravesar su conciencia.

—Estáis jugando con la ilusión de esta gente, estáis cargándoos la convivencia en el pueblo, estáis mintiendo a esos desgraciados hasta sacarles

la sangre misma y me dices que es un acto de amor. ¿De amor a qué?

—De amor al oro —apostilla Tarugo.

Pepita mira a uno y a otro con tal cara de reproche que ambos desaparecen en el envés de sus camisas.

—Qué decepción, papá. Qué canallada más grande.

Pepita se retira dando un portazo, la bombilla del techo se funde y deja en oscuridad a los dos mandrines.

Martin se moja (Pepita también)

Pepita y Martin están en la gruta del agua tumbados en una pequeña laguna dentro de la zona prohibida al paso de los visitantes. Por su actitud sospechamos que acaban de pasar por el trance amoroso. Pepita descansa sobre el cuerpo de Martin como la que se tumba en una hamaca y mira hacia el techo. Pepita mira hacia el techo, su mente atraviesa la cúspide de la cueva.

—¿Sabes qué está pasando en la superficie? Mi familia, la trapisonda de mi familia, ha organizado una fiebre del oro por la cara. Han hecho correr el bulo de que hay oro en el río. El pueblo está a reventar de forasteros buscando oro, y qué oro van a encontrar si aquí el oro se lo llevaron los romanos hace veinte siglos. Pues ahí está la gente, desarrapada, con las uñas perdidas, durmiendo al relente, y algunos, los que se lo pueden permitir, alojados en mi casa. Que yo no sé cuánto tiempo van a aguantar porque oro no van a encontrar y a ver de dónde sacan para pagarse la habitación. Qué locura el oro. Todo el pueblo con la cabeza trastornada por el oro. Mañana mi familia, en el colmo de la tarambanura, va a dar una rueda de prensa para enseñar el oro. Se han agenciado una cantidad para dar fe de lo que dicen y la que se va a montar va a ser chica. Si ya de puro chismorreo, envidias, celos y fantasías de nuevos

ricos está la fraternidad echada a perder, con esto se va a formar una bola que rodando rodando se va a llevar al pueblo por delante.

Martin juega con el pelo de Pepita.

—Eso no va a pasar, no te preocupes que eso no va a pasar.

El robo del oro

Clink clank. Las tejas del techo de la fonda suenan como un piano hundido en el mar. La noche es clara y la sombra que atraviesa de puntillas sobre el tejado es oscura. Clink, clank. A través de una claraboya recortada entre las tejas se escuchan los ronquidos de Curro que duerme a boca abierta.

—Snorrrrrkkkkkkggkkka, snoooooorrrrrkk kkkgggggka...

La sombra siniestra se tiende sobre las tejas, se asoma por el ventanuco y mira al interior. No hay error. El hombre que duerme abrazado a la almohada como un feto al cordón umbilical de su madre es Curro.

Este narrador, a base de mezclar en la coctelera de su capricho los avatares de sus personajes, va cogiéndoles cariño, a algunos más que a otros —es verdad—, pero intentará explicar, entender y disculpar todas sus mezquindades en términos humanos o incluso bajo el inmaculable manto protector de los errores biológicos.

La sombra abre el tragaluz con pericia chinesca, disimulando el rechinar de los goznes con el aullido de un lobo estepario. Luego se sienta a horcajadas en el tejado, introduce las piernas dentro, se apoya en el borde que tiene enfrente y se introduce en la habitación. Su cuerpo se estira sobre el lecho, pendula con maestría gimnástica buscando zafar el perímetro de la cama pero el marco del ventanuco cede con un catacrac. La sombra —¿lo han adivinado?,

es Martin— cae sobre la cama junto a Curro.

Martin se queda inmóvil, teme haber provocado demasiado ruido. Mira a su lado. Curro parece observarlo con mirada lánguida. Sus ojos brillan con una luz tenue tirando a máscara azteca. Su boca sonrío, bobalicona, suspirante.

—Azucena, gracias por volver. Estás muy guapa de pelirroja.

El ancho brazo de Curro enlaza a Martin en un abrazo del pulpo. Martin sabe que debe seguir con el paripé para no alterar el desvarío de la ensoñación. Endulza la voz y responde:

—Es que este carnaval salimos todas de duquesa de Alba.

Curro sonrío complacido.

—Y tienes barba, raspas.

—Es el tratamiento de hormonas para la fertilidad. Me crecen los pechos y la barba.

—No te separes de mí. No te mueras más, por favor. No sabes lo mal que lo estoy pasando con tu sustituta. ¿A que a ti no te importa que te haya puesto los cuernos?

Curro pega los labios sobre los carrillos de Martin, que echa coraje para responder.

—Claro que no, mi vida. Me encanta que me pongas los cuernos. Así no necesito peineta para llevar el mantón de Manila en las procesiones. Date la vuelta, que te cojo por detrás.

—Vale, pero no me empitones.

Curro se da la vuelta y Martin se coloca detrás haciendo cucharilla. Con mucha levedad sustituye su abrazo por la almohada. Su pie derecho sale de la cama, trinca con habilidad simiesca un perchero que hay a su lado y lo vence sobre el cuerpo de Curro. Conseguido el efecto de presión sobre el sonámbulo, sale de la cama. Avanza hacia la especie de altar en honor a la cumplida esposa y sufrida madre, acciona el resorte, el saco sonrío dentro del cajón secreto. ¿Cómo? ¿El saco sonrío dentro? ¿Cómo va a sonreír un saco de oro? Pues cómo va a sonreír... ¡como un bebé querido dentro de su cuna! Martin lo acoge con ambas manos y no podemos evitar que cruce por nuestra mente la imagen de un magullado arqueólogo alcanzando un sueño con forma de ídolo precolombino.

Martin sale al pasillo en silencio, silencio roto por un gruñido, un gruñido amenazador. Martin mira hacia donde viene el sonido y descubre la sombra de la perra de la casa. Martin vuelve a dar muestras de temple al dirigirse a la chucha.

—Tranquila, perra, no ladres y te compraré un bocadillo.

Elisabeththesecond no se deja seducir por este espurio plato de lentejas y teniendo cerca las carnes suculentas de Martin opta por sacar las fauces y se lanza contra él.

Martin corre por el pasillo y alcanza una ventana entreabierta, la abre por completo y, cuando va a tomar impulso para saltar al vacío, siente la dentellada en su retaguardia. Salta y siente el desgarró. Cuando cae sobre un camión de patatas aún no sabe si el desgarró ha sido sobre su piel o sobre el pantalón. Mira hacia la ventana y ve la cabeza de la perra asomada a la ventana ladrando furiosa. Martin se incorpora sobre el montículo de tubérculos, se soba el glúteo y comprueba que el animal se ha quedado con el bolsillo trasero. Mira a su alrededor, observa las patatas machacadas por su peso, baja del camión, comprueba que no tiene un hueso roto y se difumina en las sombras.

Espero que las patatas fueran para hacer puré porque hay que ver cómo han quedado.

La rueda de prensa

El bar está hasta las trancas de personas y monstruos llegados del planeta de la escasez. Los fotógrafos golpean sus codos en una melé nerviosa que anticipa un acontecimiento de aúpa. La pareja de guardias civiles, Imanol y Andoni, pasean sus mostachos y sus cachiporras con la autoridad marcial de un actor de cine para adultos. El reloj de pared da la hora a través de su cristal amarillento. Las diez de la mañana, la hora convenida. Los buscadores de oro empiezan a cantar a coro emulando a las cabras de los zoológicos cuando avisan al cuidador de la hora de la ingesta.

—¡El oro, el oro, el oro, el oro...!

Algunos buscadores se prenden a las camisas raídas de sus compañeros de fatigas creando una cadena serpenteante y humana al borde del desplome. Imanol se saca la porra, la reglamentaria, y pide calma.

—Cállense o me van a obligar a darles jarabe de porra. Colóquense ordenadamente. Parecen un grupo de *majorettes* borrachas.

Andoni sale en ayuda de su compañero de correrías al otro lado de la ley.

—A colocarse todo el mundo. Y ¡al loro! O llamamos a la autoridad.

De repente se produce un silencio atronador. Por la puerta de detrás de la barra asoma la figura implacable de Malaquías, que mira a un lado y a otro como si barriese con las pestañas la escoria del mundo. Detrás de él va

Tarugo, con el aire de un mimo que remeda los movimientos del que tiene delante, como una especie de caricatura de la codicia y la altanería, sujetando en plan carpeta de adolescente la bandeja de aluminio de las de raciones de huevos estrellados. Cerrando el desfile va Curro, apesadumbrado, como si pidiera perdón a la humanidad por la catástrofe de su nacimiento. La comitiva se dirige al fondo del salón, donde se han colocado en fila dos mesas cuadrangulares y tres sillas para los ponentes. Hay un racimo de micrófonos sobre la mesa y algunos aparatos grabadores desperdigados al buen tuntún. Malaquías adopta un tono grave mientras manda a su mandíbula descender a los abismos de su carácter.

—Buenos días. Lo primero que debemos hacer es dar las gracias al Señor por todos los periodistas que han acudido a esta cita.

Tarugo se encara con la muchedumbre en plan mono verde.

—Ahora, ahora va a quedar claro que eso del oro no es un rollo macabeo.

La cabeza de Malaquías gira como la de un muñeco de ventrilocuo.

—¡Más respeto con Macabeo si no quieres que el caballo del poder de Dios descargue sobre ti una lluvia de coces!

Curro se encoge de hombros y se balancea exonerante.

—Esta rueda de prensa no ha sido convocada por nuestro gusto porque a nosotros airear que aquí hay oro, oro de primerísima calidad, no nos compensa ni una mijita.

El buscador gallego se levanta indignado.

—Yo no me creo nada de lo que digan estos tres. Yo he ido a buscar oro a Canadá y lo he encontrado hasta en la bañera del hotel. Todo es mentira. Aquí no hay oro.

Tarugo interviene encendido.

—Tú no sabes ni lo que dices. Tú, precisamente tú, que no sabes ni apuntar en el retrete, me vas a decir que tienes una especial puntería buscando oro.

El buscador canario interviene.

—Déjate de rollos y enseña el oro.

A lo que apostilla el buscador extremeño:

—¡Y dinos de dónde lo has sacado, cabrón!

—Y que la casa se pague una ronda. —Se oye por detrás por lo bajini.

Malaquías agita los brazos y algunos parroquianos, aun sin fe, creen que va a echar a volar como un vampiro de la Metro.

—¡Silencio! A ver si ponemos puerta y cerrojo a esas bocas maldicientes. No ahorraré lejía para lavar esas lenguas viperinas.

Todos los buscadores callan temerosos.

Malaquías, complacido por el efecto de su intervención, toma asiento y se dirige a Tarugo.

—Tarugo, cuéntanos qué fue lo que vieron tus ojos sin malicia.

—Gracias, padre, padre sin hijos se entiende, que yo no soy de esos que van por ahí dudando de que usted sea mi padre, como tantos en el pueblo.

Curro amonesta a su hijo.

—Tarugo, vete al grano y no mentes a la bicha en casa propia ni delante del cura.

Tarugo se frota las manos en la pechera de la camisa y procede.

—Yo iba paseando, buscando perifollos, por el río...

El buscador gallego interrumpe airado.

—¿Dónde? ¿Dónde exactamente? ¡Venga, dínoslo!

Tarugo siente herida su nobleza de castaña pilonga.

—¿A ti? ¿A ti te voy a decir yo dónde cojo los perifollos? ¿Tú eres del pueblo? No, ¿verdad? Pues a callar, forastero perroflauta.

Curro se dirige a su hijo en voz baja con un temblor de pánico en la garganta.

—Continúa, hijo, no estires la paciencia de estos señores.

Tarugo continúa con su exposición.

—Voy a continuar y espero que no me volváis a interrumpir porque si no me veré obligado a empezar de nuevo. Este relato de los acontecimientos me lo he estudiado como el Padrenuestro y si no es de carrerilla no me sale. Procedo, yo iba paseando, buscando perifollos por el río, entonces me fijé que el fango de las orillas brillaba de una manera especial. Así que vine a casa y me llevé esta ensaladera. —Tarugo se despega la ensaladera del sobaco y la enseña como el que enseña la bufanda de los colores de su equipo en un partido de cuarta regional—. ¿Cómo se usa? Muy sencillo. Meto un puñado de

fango, cubro con agua hasta la mitad, revolvemos, así, y así, y voy girando, girando y voy tirando, tirando el agua sucia, todo con mucha gracia, plas, plas, y cuando miro en el fondo de la bandeja, hala, ya tengo mis cinco gramitos para el fin de semana.

El buscador extremeño salta como si le hubieran puesto una banderilla retrasada.

—¡Enseña el oro de una vez y déjate ya de relatos!

Tarugo blande la bandeja como si fuera un arma arrojadiza.

—Ya habló el piojoso de siempre. ¡A que te guillotino el pescuezo!

Malaquíás clama por el orden.

—¡Tapar esas bocas extraviadas que solo os conducirán a las brasas del fuego eterno!

La marabunta ha echado a andar y ya no la detiene ni el temor por las brasas del infierno ni ninguna de las siete plagas bíblicas.

—¡El oro, el oro, el oro...!

Curro se levanta conciliador.

—Calma, calma, ya lo vamos a mostrar.

Los buscadores empiezan a darse codazos mientras estiran el cuello en dirección a la mesa. Malaquíás ataja la situación.

—¡Retroceded! No quiero que nadie se acerque a la barra. Las manos lejos de la tentación, ¡donde yo pueda verlas!

Curro añade:

—Dejad paso a los de las fotos, que se pongan en primera fila.

Los fotógrafos se colocan cámara en ristre en primera fila. Los buscadores protestan: «No vemos nada», «Agachaos», «Oye, que estoy aquí».

Tarugo se encara a los fotógrafos.

—Ustedes, *paparazzis* de pacotilla, ¿por qué no se tiran al suelo y dejan de dar por saco?

Un fotógrafo se encara a Tarugo.

—Prensa gráfica, si no le importa.

Tarugo responde ágil.

—Tú te callas, mameluco.

El fotógrafo recula pero no se rinde.

—Es que el suelo está sucio.

Tarugo agarra de la correa de la cámara al tipo y empieza a empujarlo para tumbarlo en el suelo.

—Más sucio estás tú y aquí nadie protesta. ¡Al suelo!

Los fotógrafos empiezan a disparar sus flashes captando el zarandeo. Imanol grita a pleno pulmón.

—¡Todo el mundo al suelo! ¡He dicho que al suelo!

Andoni saca su arma reglamentaria y dispara contra el techo.

—Al suelo, ¡coño!

Los fotógrafos, los buscadores y los que presiden la mesa se tiran al suelo.

—Qué ganas tenía de decir esa frase.

Andoni respira orgulloso

—Curro, padre, Tarugo...

Curro asoma temeroso, se sienta en la mesa, saca su bolsa del oro del bolsillo del pantalón. La expectación es máxima. El fino polvillo cae sobre un plato de porcelana. Los flashes inundan la escena con sus luces de susto y relámpago. Curro sonrío.

—¿No es maravilloso? Oro de 24 quilates.

El fotógrafo que tuvo el altercado con Tarugo espeta.

—¿Desde cuándo el oro es verde?

Tarugo se le encara altanero.

—¿Verde? Debe de ser de los reflejos de la cara verde de envidia que tienes.

Un buscador, desde la parte de atrás, con los ojos como un ave nocturna grita:

—¡Es verde!

Curro mira hacia el techo del salón.

—Debe de ser un efecto de la luz... Esto es oro.

La cara de Malaquías es una glosa a la estupefacción.

—Esto es pirita. ¿Dónde está el oro?

Un murmullo de cabreo empieza a inundar la zona de los buscadores, que sienten que les han tomado el pelo más de lo admisible.

—¡Que nos devuelvan el dinero de las habitaciones!

—¡Que nos paguen el viaje hasta aquí!

—Y las dietas, y el tiempo perdido, y las horas extras.

—Y la seguridad social.

—¡Eso! ¡Y el viaje de vuelta en primera!

Malaquías mira a través de la frente de Curro, que empieza a perlarse con microgotas de sudor y sangre.

—¿Dónde está mi oro? ¿Curro?

—Nos lo han robado, perdón, me lo han robado, no sé..., en la posada entra demasiada gente.

Un buscador de oído fino se acerca hacia las mesas levantándose las mangas de la camisa de leñador.

—¿Nos estás llamando ladrones?

El hombretón del oído sensible agarra a Curro por las solapas de la camisa y lo alza en volandas.

—¡Aquí el único ladrón eres tú!

—¡A por ellos!

La cacería ha comenzado y es incontenible. Cuando el ser humano adopta la forma de manada nada lo detiene. No hay principios éticos —Tarugo arrea un puñetazo al hombrón que agarra a su padre—, los básicos conceptos de cortesía se diluyen en un marasmo de brutalidad —¡A mi padre solo le pego yo!— y la sangre derramada inflama las más perversas intenciones en el hombre arrastrado por la fuerza incontrolable de la multitud. Ninguna advertencia detiene la barbarie cuando esta domina al ser humano —¡El que se atreva a acercarse a mí que pierda toda esperanza de reencarnarse y alcanzar la vida eterna!—. Vuelan las sillas por los aires como palomas dislocadas que presagian descalabros, se asaltan los anaqueles donde reposan los caldos espirituosos —¡El que se atreva a tocar la caja registradora lo pagará con los dientes!—. El escarnio y la anarquía se pasean sin tapujos entre la muchedumbre y ya no se respetan los cuadros de las paredes ni las cortinas de las puertas. Todo es arma arrojadiza, todo es inquina y descontrol. La autoridad pierde el atributo que adorna su nombre —¡Orden, orden, orden, o hago despejar la sala!— y la bronca determina que las botellas estallen en pedazos en las cabezas más tozudas—¡Están todos detenidos!—. Nada se

respeto cuando la sed de venganza domina al ser humano —¿Quién ha sido el mamón que le ha dado con el jarrón a mi compañero?—. Todo se mancilla cuando las formas de convivencia se alteran y se diluyen en el marasmo — ¡bang, bang!—. El mínimo decoro desaparece y todo cae en la sinrazón de las bestias que se esconden bajo nuestra fina piel de humanidad.

—¡La lámpara, la lámpara! ¡Cuidado! ¡Malaquías!

¡Bong!

En la bóveda de las estalactitas

Martin y Pepita están bailando un twist en pelota picada. El órgano fosforescente de Martin da a la escena una luz de discoteca de pueblo. Pepita agarra por el cuello a Martin y le arrea un muerdo.

—Aún no me puedo creer que hayas podido llevarte el oro.

—Lo tenía que hacer por una cuestión de responsabilidad ecológica y un acto de justicia mundial. Los yanquis ya le hemos hecho mucho daño al planeta con nuestras emisiones y nuestro modo egoísta de vida. Nuestra libertad es una verdadera esclavitud para el resto del planeta.

—No voy a ser yo quien te lo discuta. Tampoco me voy a poner en tu contra por llevarte el oro del cura, pero para mí que ahora estamos en un lío de los gordos.

Pesquisas en la fonda

El rugido de la muchedumbre ha enmudecido. En la cafetería solo quedan en pie las columnas. Hasta la barra de obra está tumbada sobre un suelo lleno de cristales, papeles, trozos de mobiliario, una oreja humana...

En el otro ala de la casa, Malaquíás con la cabeza envuelta en un turbante de primeros auxilios señala a unos magullados Tarugo y Curro el tragaluz que corona la alcoba de este último.

—El profanador, ese hijo de Satanás, entró por aquí, se descolgó y cayó en el receptáculo.

—Sí, eso es fácil de hacer para un mozo atlético. Hace muchos años, una vez que Azucena me echó de casa, yo entré por ese ventanuco dando un salto.

Tarugo levanta el dedo índice con interés deductivo.

—¿El típico salto del tigre?

Malaquíás saca a relucir su frialdad catecúmena y un estilo introspectivo sosias del manejo con maestría por Peter Cushing.

—¿Puedes explicarme, Curro, cómo pudo saber el bribón que estaba aquí el oro?

Tarugo vuelve a sacar el índice a pasear, esta vez frente a los ojos de Curro.

—Igual se lo dijiste tú en sueños. Mira que te tengo dicho que te pongas

una mordaza para dormir.

Malaquías se desplaza por la habitación buscando el punto de luz más lúgubre para exclamar, con los ojos en plan quelonio:

—O se lo dijo el maligno... El caso es que cometida su fechoría salió de aquí... —Malaquías observa la distancia hasta el tragaluz y lo señala—. ¿Por ahí? No pudo salir por ahí a no ser que ese demonio tuviera un pacto con Belcebú y pudiera volar.

Tarugo advierte.

—Igual era un hombre murciélago o una mujer lechuza; que tampoco sabemos de qué sexo disfrutaba el culpable o la culpable de la malandrinada.

Curro atraviesa el dintel de la puerta como arrastrado por una evocación.

—Yo diría que salió andando, así. —Curro se pone a caminar—. Cruzó la puerta. —Curro cruza la puerta—. Y llegó al pasillo.

Los tres salen al pasillo con la celeridad ceremonial de los que entran en el retrete de un *after hour*. Elizabeththesecond se pone a ladrar. Curro la manda callar con suavidad.

—Cállate, chucha del infierno. —Curro continúa con su divagación motriz—. El mangante o manganta, una vez en el pasillo, caminó unos, dos, tres, cuatro, cinco pasos. —Curro recorre ese tramo y observa la ventana—. Una vez aquí abrió la ventana. —Curro la abre—. Y saltó.

—¡Papa, no lo hagas!

Tarugo se lanza sobre su padre y lo aparta violentamente de la ventana.

El énfasis que pone Tarugo hace que Curro caiga por la escalera que el narrador, con tanta buena fe, ha colocado al lado mismo.

—¡Ahhhh! ¡Me mato!

Con la sorpresa y la desdicha dibujada en la cara, Curro rueda por la escalera hasta el suelo hidráulico del piso de abajo. Tras aterrizar con la cabeza se queda tumbado sin atreverse a moverse. Entre sollozos oímos su voz despojada de toda gravedad.

—Pero, hijo mío, ¿por qué has tirado a tu padre, que te dio la vida, por las escaleras? ¿Tú estás tonto o qué te he hecho yo?

Tarugo responde llevándose las manos a la cabeza como un jugador al que le han pitado un penalti injusto.

—¡Encima que te salvo la vida me faltas al respeto! ¡Esto es el colmo, evito que te tires por la ventana me insultas!

Curro sigue con la cara pegada al suelo, incapaz de moverse.

—¡No iba a saltar, hijo mío, no iba a saltar!

—¿Y cómo pretendes que yo lo sepa? ¡Yo no soy adivino!

Curro se reincorpora ajustándose los huesos del cráneo con un «Ay madre qué vida más larga» en el semblante. Malaquías no da crédito y mira con prevención a Tarugo. Elizabeththesecond sigue ladrando, cada vez con más ahínco.

—Yo creo, papa, que tenemos un problema de comunicación porque no estás nada dialogante.

Curro empieza a subir las escaleras con prevención, con el semblante de la actriz que sube al desván prohibido. La perra sigue ladrando.

Malaquías la observa como si le estuviera haciendo una resonancia magnética.

—No discutáis. Creo que Elizabeththesecond quiere decirnos algo.

Curro sube las escaleras exhalando un gemido en cada peldaño y señalando a Elizabeththesecond.

—Parece como si quisiera que la siguiéramos.

Malaquías cabecea voluntarioso.

—Vayamos todos en su pos.

Tarugo rezonga altanero.

—Anda que no habéis visto vosotros películas de Rintintín.

Todos siguen a la chuchita, que se mete en su cuna de espuma viscoelástica pringosa, un espacio privado lleno de trozos de papel de periódico y restos de basura. Curro la mira con una interrogación en los labios.

—¿Qué es lo que quieres, reina mía?

Tarugo da una palmada como las del que enciende una bombilla con sensor.

—¡Está claro! Quiere que os metáis con ella en la cama. A mí ya me tiene muy visto y ahora lo que quiere es hacer un trío con vosotros.

Malaquías se vuelve hacia Tarugo y le dice con fría parsimonia:

—Tarugo: si no te da una hostia tu padre te la voy a terminar dando yo. Y

recuerda que soy un profesional.

Curro levanta una mano pidiendo silencio.

—A ver, a ver, Elizabeththesecond quiere enseñarnos algo...

Malaquíás se abalanza hacia la camita canina.

—¡No tendrá el oro ahí...!

La perrita sostiene en la boca el trozo de vaquero que arrancó del pantalón de Martin. Curro lo coloca delante de sus ojos.

—Aquí lo que tiene es un trozo de tela de vaquero. ¡Un bolsillo del vaquero del ladrón!

Malaquíás se embute en su carácter de acero frío.

—Ya sabemos que el ladrón lleva vaqueros, esa prenda lasciva. Un motivo más para arrojar a esa manzana podrida fuera del cesto.

Tarugo se pone a bufar.

—Buff, vaqueros..., vaqueros lleva todo el mundo, buff, anda que no hay vaqueros por aquí, buff, vaqueros a manta, buff, vaqueros a porrillo, buff, hay vaqueros aquí como para una boda...

Curro saca de la cama de la perra la fotografía que le hizo Hartum a Martin junto a su burro turístico.

—Esta es la foto del ladrón.

Malaquíás se frota las manos.

—Aquí está el cordero que tenemos que sacrificar.

Tarugo estira el cuello y observa la foto.

—¡El vaquero y el burro del moro! ¡Ya sabía yo que los norteamericanos y los árabes estaban compinchados!

La venganza se encarabina

En casa de Urraca los nervios caminan en punta.

—Pues eso. Que lo sepas, Atanasito. Un hombre que se viste por los pies no va por el mundo con la cabeza escondida debajo del sobaco, eso es todo lo que tenía que decirte y ya te lo he dicho, y si te lo he dicho no te lo voy a repetir: un hombre que se viste por los pies no va...

¡Ring! ¡Ring! Suena el teléfono...

—Cállate un poco, mamá. Me va a estallar la cabeza...

Atanasio descuelga y se lleva el auricular a la oreja como el que se pone un apósito desinflamatorio.

—Dígame.

Al otro lado del hilo tenemos a Tarugo, que se ha sentado en los escombros de lo que fue la barra del bar y habla a través del descolgado teléfono de pared.

—No te puedes hacer una idea del pitote que se ha organizado en el bar. Como en los tiempos más prósperos..., lo han roto todo. ¿Y sabes quién es el culpable directo de esta hecatombe? El vaquero ese que tiene loca a mi hermana.

—¿El americano ese?

—No hay otro. Ese. Ese fulano entró en casa por la noche y nos ha robado

un oro que necesitábamos para convencer a los buscadores de oro de que existía el referido y susodicho material en el río a espuestas y como para cargar una fila de mulas.

Urraca inquiere a su hijo.

—¡Cuéntame qué está pasando, me tienes en ascuas vivas!

—El vaquero ha robado en casa de Tarugo —susurra Atanasio a su madre sin despegar el auricular de la oreja. Urraca se pone a echar chispas por la boca.

—No se conforma con robarle el corazón a tu novia para ya sé yo qué marranadas, sino que encima va arramplando con los bienes ajenos como si no tuvieran coto ni se debiera guardar el respeto a la propiedad privada ni a las normas de convivencia. Si es que, si es que, si es que... ¡Ya sabía yo que ese vaquero era de la piel de Barrabás!

—Un momento, madre, calle un poco. —Atanasio escupe al teléfono—. Tarugo, voy a ir a recogerte y nos vamos a dar una vuelta por la dehesa y como lo veamos va a pagárnoslas todas juntas, a ti el oro, a tu hermana la honra y a mí las calamidades y calabazas que me he llevado por su culpa.

Urraca arrima una silla hasta la chimenea y descuelga una escopeta que enlucé la pared con ese tufo rancio y falócrata del que hacen gala los que se dedican al tiro al blanco con los animalillos del campo.

—No, hijo, tú no tienes que ir a la dehesa. Ya te indicaré dónde tenemos que ir. Ve arrancando el carricoche que voy a ponerme el chaleco cartuchera.

Atanasio se queda mirando a su madre, que sale escopetada, nunca mejor dicho, hacia su habitación rezongando como un pájaro de mal agüero.

—Mira por dónde ya hemos encontrado la excusa perfecta para solucionar esto con plomo. Porque como decía el tío Severiano, cuando el aplomo no da resultados hay que echar mano del plomo.

Mientras tanto, varias dehesas más al norte, Tarugo se ha quedado con el teléfono en la oreja escuchando la conversación. Su padre interrumpe su meditación dando alaridos.

—Tarugo, ¡ya sé lo que ha pasado! Pepita le dijo al vaquero dónde estaba el oro y...

Curro se queda mirando a su hijo con el teléfono en la mano y cara de «me

han pillao con el carrito del helao».

—¿Con quién estabas hablando? ¡No sería una de esas llamadas eróticas al 902!

—Papa, para una vez que hago algo bien me dices que estoy invirtiendo tu dinero en mi propio placer. Para que te enteres: estaba avisando a Atanasio del roto que nos ha hecho el vaquero.

—¿Y se ha enterado la bruja?

—¿La bruja? Qué rápido se te ha pasado el calentón, papa. Pues sí, la bruja estaba ahí poniendo la oreja, es más, me ha dado la sospecha de que ella sabía dónde estaba el vaquero, porque ha graznado en alto y la he escuchado con claridad meridiana, por méritos propios, que la bruja sabía dónde podrían encontrarlo.

Curro se mesa los mofletes con signos de desesperación.

—Hijo mío de mis entrañas, ¿cómo has hecho eso? ¿Por qué has hecho eso? ¡Nos vas a buscar la ruina! ¿No lo entiendes?

Tarugo se queda mirando al éter, el vacío cósmico, que flota en su entrecejo, poco a poco va disipando las nebulosas de su marasmo y reacciona.

—¡Ya lo he entendido, papa! ¡Prefieres que llame al 902!

Curro se pone a llorar.

—Vamos a ver..., ¿no te das cuenta de que ese es capaz de cargárselos a los dos? Que los hombres despechados carecen de sentimientos nobles.

Tarugo se queda otra vez pedaleando mentalmente en el vacío.

—No te entiendo, papa, aclárate, ¿llamo o no llamo al 902?

—Tú eres tonto, hijo, y no eres más tonto porque duermes mucho. Qué pena tan grande, un hijo tonto...

Curro se apoya en la pared víctima de la desazón. Tarugo suelta el teléfono y consuela a su padre.

—No digas esas cosas, y menos en alto. Te recuerdo que cuando yo era pequeñito te enorgullecías mucho de lo que nos parecíamos.

Curro se restaña las lágrimas y dice con resolución:

—Tenemos que interceptar a la bruja y a su hijo antes de que cometan un disparate.

Curro aparta a su hijo y sube a su habitación, abre su armario y, de detrás

de la ropa de su señora —de la que nunca tuvo el coraje de deshacerse—,
saca un rifle de dos cañones.

—Es el momento de defender a Pepita.

Galopando se entiende la gente

Curro sale por la puerta y se dirige a un corral cercano. Abre la puerta con un resolutivo culatazo en el cerrojo, unos caballos lo miran con sorpresa. Coloca una silla sobre uno de ellos y sale al galope. Las copas de las encinas vuelan sobre su cabeza a gran velocidad. Su mente es una cafetera a punto de estallar. Entra en las tierras de Atanasio y a lo lejos lo divisa en su coche. Junto a él viaja Urraca, que sostiene su rifle con determinación. Baja del caballo con una agilidad de gato. Echa rodilla en tierra y se lleva la escopeta a la cara. A través de la mirilla ve claramente el coche. No se atreve a disparar a bulto. Su interés se centra en una de las ruedas delanteras. ¡Bang! La bala atraviesa el neumático que estalla y queda convertido en un remolino de jirones de caucho. Atanasio pierde el control del coche, sale del camino, desciende una ladera y cae en la balsa de purines.

¡Quién iba a decir que fuera tan profunda la balsa de purines! El carricoche desaparece a gran velocidad. Urraca y Atanasio realizan un esfuerzo por saltar del vehículo, que resulta insuficiente porque ambos desaparecen en el líquido pastoso levantando una nube de moscas. Este narrador comprende que la imagen no es del todo agradable pero las cosas del ciclo de la vida son así. Ahora Urraca y su hijo chapotean en una especie de sopa primigenia de la que brota la fuerza que nutre la vida de luz y color. Este

narrador está haciendo un esfuerzo por llenar de poesía la escena, pero lo único que puede hacer para aliviar lo nauseabundo del asunto es que ahora ellos bracean en manganeso, fósforo y potasio. Mucho potasio. ¿Cosas positivas? Doña Urraca tiene la boca cerrada. Y aquí lo dejo.

Miremos a Curro. ¿Qué hace? Hace el gesto de Rafa Nadal cuando mete una bola de juego, monta en el caballo y pone tierra por medio.

Trocotró trocotró trocotró.

Al galope.

Lecciones de gramática

Tarugo está caminando a gran velocidad en dirección a la cueva, oye el trocotró y se vuelve. Su padre aparece al fondo de la calle sobre el cuadrúpedo con un porte de leyenda y la escopeta apoyada en el muslo. No conocíamos este rasgo amazono de Curro. Sorpresas te da la vida. Curro ofrece un brazo a su hijo y de un empujón lo coloca detrás de sí.

Trocotró trocotró trocotró.

Hasta la entrada de la cueva.

Tarugo desmonta como los niños que se quieren bajar del coche mientras los padres aparcan. Tarugo ve a la vendedora de recuerdos de la puerta.

—¿Ha visto a Pepita, la que enseña la cueva? Hablando mal y pronto.

—Yo he visto salir a un porrón de gente pero a Pepita no la he visto y eso que a mí siempre me saluda y me dice adiós.

—Pues adiós. No hay más preguntas.

Curro ya ha descendido del caballo y le ha dado un golpe en la grupa en señal de que puede irse a descansar a su cuadra. Se ha acercado a la puerta y ha pegado la oreja a esta. Tarugo se acerca siempre a compás.

—¿Tú has oído alguna vez a tu hermana así?

—No. Parece una vaca pariendo.

—A las vacas no las dejan entrar en la cueva. Por las emisiones de gas.

—¿Estás insinuando que aquí dentro está Pepita?

—Estoy insinuando que están. Tercera persona del plural del verbo estar.

—Yo aún diría más, papa. Están zumbando, perífrasis verbal con valor progresivo en presente de la tercera persona del plural del verbo zumbar.

Polvo y pólvora

En el bosque de estalagmitas el revolcón discurre con su ceremonia a marchas forzadas. En alas de Cupido, el querubín majareta, no caben paradas para repostar. Pepita mira a su ángel con sombrero vaquero con el embeleso de una cría de chimpancé agarrada a un biberón.

—Martin, me llenas, me colmas, me extasías, me rompes y me recompones.

Martin responde sin perder el resuello, como un ciclista profesional, con el corazón a 45 pulsaciones por minuto y la piel vuelta del revés.

—Pepita, me pones, me llevas, me viertes, me enciendes, me elevas.

—¡Pepita, qué asco da verte así!

Pepita mira a Martin, Martin mira a Pepita. Ninguno de los dos sabe de dónde ha salido esa voz.

—¡No te atreverás a decir que no es lo que parece!

Pepita se vuelve hacia donde viene la voz y distingue a Atanasio cubierto de podredumbres porcinas encañonándoles con una escopeta.

—Atanasio, ¿qué haces ahí? ¿Cómo has entrado?

—¿Sorprendida, verdad? Ya ves, uno tiene sus trucos. Un día persiguiendo un cerdo prófugo encontré una entrada a la cueva.

Pepita, ante la presión del momento, intenta establecer un tema de

conversación que desvíe el objetivo de la escopeta.

—Como en Altamira, pero con un cerdo... Qué cosas... ¿Y el cerdo viene contigo o eres tú el que huele así?

Desde detrás de la figura de Atanasio vemos asomarse la silueta de Urraca con los labios aún sellados y los ojos abiertos como un pájaro empapado.

—Muy buenas, doña Urraca, no la había oído.

Urraca se vuelve a Atanasio. Atanasio amartilla el arma con un chasquido de pesadilla.

—Retírate de él. Me podría dar pena hacerte daño.

Pepita siente su ojos humedecerse súbitamente. Su voz digna suena a súplica.

—No puedes hacerle daño a él sin hacérmelo a mí, somos la misma persona.

Martin saca a relucir toda su flema de Arkansas.

—Oiga, es muy difícil, incluso para mí, concentrarme en lo que estoy haciendo si me apunta con una escopeta. Le aseguro que acabamos en un momento.

Pepita sabe que tiene pocas oportunidades de encontrar acuerdo en Atanasio para rematar la faena pero como sabe que tiene que ganar tiempo, le da la razón a Martin.

—Esa propuesta no es mala idea del todo. Así podemos hablar con más calma. Martin, no hace falta que aceleres.

Martin asiente.

—Estamos de acuerdo, entonces...

Martin pega un golpe de riñón y siente que la vida se le escapa. Pepita pone los ojos en blanco.

—¡No, Martin, No!

Atanasio observa, pálido de terror, la escena al borde de las lágrimas. Hundido en la miseria masculina, un sitio mucho peor que la miseria de la que acaba de salir, Atanasio, muñecote trágico, se lleva la escopeta a la cara.

—Tú lo has querido.

El disparo atruena en el interior de la cueva como un aviso de tormenta apocalíptica. La bala centellea en la pared en la que se recortan los amantes.

No hay tiempo para más bromas, ni para disfrutar de la sobremesa. La escapada es una victoria. Pepita y Martín se deslizan por un terraplén de roca calcárea y desaparecen por la zona inexplorada de la cueva. La escopeta vuelve a rugir.

En la calle, Curro mira con preocupación a Tarugo.

—¿Eso han sido disparos?

—No creo que hayan sido cohetes, quiero decir que no es para tanto, ¿no?

Por Pepita lo digo...

Curro da unos pasos atrás arrastrando a su hijo.

—Ayúdame a echar esta puerta abajo.

Los dos cogen carrerilla y se lanzan contra la puerta. ¡Badabummmmm!

En el interior, Atanasio avanza por la cueva escopeta en ristre.

—Pepita, sal de donde estés, que a ti no voy a hacerte daño. Todo lo que odio a ese vaquero es lo que te quiero a ti, y a él ni te imaginas el paquete que le he cogido, así que ya podrás imaginarte lo que te quiero. ¡¿Me oyes, Pepita?! ¡Te quiero!

Dentro de un surco de sedimentos húmedos, piel con piel, Pepita y Martín intentan tranquilizarse mirándose a los ojos. Oyen los pasos de Atanasio, oyen que se van acercando, oyen su respiración... ¿No oye el lector sus corazones latiendo cada vez a más volumen? ¡Corred!

Ambos salen despavoridos, mientras la escopeta vuelve a sonar y vuelve a fallar. De repente pierden el suelo bajo sus pies. Caen. Pepita no puede evitar soltar un grito. Atanasio pregunta:

—¿Estás bien? Salid de donde estéis que no os voy a hacer nada.

Oímos la voz de Curro.

—Desde luego que no les vas a hacer nada. Ya me encargaré yo de que así sea.

Atanasio se revuelve buscando con la punta de su escopeta la procedencia de la voz.

Curro vuelve a espetar.

—Estate quieto si no quieres que te mate, Atanasio.

La voz de Tarugo apostilla.

—¡Eso! No nos obligues a cometer un eutanasio.

Atanasio tira la escopeta al suelo.

—Tranquilos, que yo estoy aquí para ayudar.

Pepita y Martin avanzan por un túnel en oscuridad absoluta. Ella va abrazada a la espalda de él. Y ahora el lector me preguntará intrigado, ¿cómo lo sabes? La respuesta te helará la sangre... ¡Porque lo estoy viendo a través de las gafas de visión térmica de Malaquías!

—No veo nada —susurra Pepita, aterida de frío y terror—, por favor, no te separes de mí.

Martin sonrío y sujeta a Pepita.

—Tranquila que no me voy a separar. También es mala suerte, con lo bien que lo estábamos pasando.

—¿Cómo puedes mantener el sentido del humor en una situación como esta?

—Es una cuestión de estilo.

Malaquías se solaza en la contemplación de la desnudez de nuestros protagonistas, aun así, su conciencia del pecado y su encomendado destierro del orbe le hacen sacar a relucir una afilada espada sacada del Antiguo Testamento, lo menos.

El filo de la espada de Malaquías se acerca al cuello de Martin. Su punta señala la aorta, la vena que trasiega cuerpo adentro la chispa de la vida. El acero se eleva dispuesto al golpe fatal cuando una linterna ilumina su filo de espanto. Pepita descubre al rijoso sacerdote a su lado. Intenta gritar pero lo único que sale de sus labios es un jadeo como el de Jodie Foster en *El silencio de los corderos*. Qué bien traído. Martin es más explícito: junta la punta de sus dedos con el interior de la palma haciendo un rodillo similar a los pastelitos tipo brazo gitano, comprime fuertemente su mano hasta convertirla en una maza sólida, sin ahuecamiento de ningún tipo, confiere a esa masa compacta una fuerza descomunal —los nudillos blancos— y golpea con contundencia el rostro de Malaquías. ¡Sopla! La cara de Malaquías queda al instante convertida en un poema al buñuelo de bacalao frito en aceite templado. Riau, riau.

Atanasio se lanza sobre Pepita.

—¡Traidora!

Doña Urraca agarra a Martin por el cuello.

—Mmmmmmmnhggngggngg.

Tarugo se lanza sobre Atanasio.

—A mi hermana ni la toques.

Martin agarra a Malaquíás.

—¿Dónde está la espada? ¡Conteste!

Curro agarra a Martin.

—¡Devuélveme mi oro!

Malaquíás agarra a Curro.

—El oro es mío.

Atanasio se intenta zafar de Tarugo.

—¡Que no le voy a hacer nada! Que solo quiero hablar con ella.

Martin ha conseguido hacerse con la espada de Malaquíás.

—Tranquilidad. Tranquilidad.

La linterna cae al suelo. Pepita la recoge y la apaga rápidamente. Tarugo grita al verse rodeado de oscuridad.

—Organización, organización.

Pepita coge de la mano a Martin y tira de él en dirección a la nada.

—Vámonos de aquí, ¡ah!

Pepita y Martin desaparecen tragados por el suelo.

Tarugo se queda prendido a Urraca.

—¡Hermanita! ¿Dónde estás?

Curro suelta a Atanasio y se agarra a Malaquíás.

—Pepita, ¡hija mía! ¿Dónde estáis? ¡Responded! ¡Se los ha tragado la tierra!

Malaquíás da un manotazo y se desprende de Curro.

—De eso nada. Polvo somos y en polvo nos convertiremos, pero estos no han vuelto al polvo...

Tarugo advierte.

—Yo no estaría tan seguro.

Pepita y Martin caen por un terraplén, y caen por un terraplén, y caen por un terraplén y caen, y caen... Girando por el terraplén de la carcajada loca del payaso del circo tenebroso.

Tras el descenso, aterrizan sobre un emplasto negro y espeso. Sus cuerpos hacen plof al hundirse en la viscosidad. Pepita enciende la linterna con más nervios que acierto.

—Puaggg... ¿Esto qué es? ¿Dónde hemos ido a parar?

Martin se aparta el barro de la cuenca de los ojos.

—Debe de ser barro.

—Sí, debe ser barro porque no lo veo nada claro.

—Estamos enfangados hasta el cuello.

Martin abraza a Pepita y parecen la figurita de chocolate de una tarta de novios.

—Martin, búscale el lado positivo.

—¿Positivo? No sé qué puede tener de positiva esta situación.

—Dicen que el barro es muy bueno para la piel.

—Ah, mira. No lo había pensado, y también para hacer botijos, pero ahora mismo no puedo pensar ni en mi cutis ni en meterme a alfarero. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Apuntaré la linterna al fango, a ver si hay corriente.

Pepita alumbra al lodo.

—¿Tú ves algo? Hay como unos hilillos de agua. ¿Los ves?

—Van para allá, ¿no? Vayamos siguiendo la corriente. ¿Estás bien?

—Sí, pero pégate a mí y no te sueltes. Si me hundo aquí no quiero ni pensar lo que sufrirías quedándote vivo.

Pepita lleva la linterna en la boca y camina apartando el barro a brazadas. El surco fangoso sobre el que se desplazan se estrecha en ocasiones, con lo cual tienen que sacar el cuerpo fuera del lodo, trepar por lo angosto del desfiladero subterráneo y volver a dejarse caer en el siguiente tramo de lodos navegables, transitables o como se adjective este churretoso desplazamiento.

—Esto es un río subterráneo. Ahora la pregunta es ¿este río sale a superficie o se hunde más en la Tierra?

Al volver un recodo adivinan una luz ambarina sobre ellos. Pepita la señala.

—Ahí se ve una luz. Buena señal.

Pepita y Martin trepan por las paredes y consiguen alcanzar el luminario

natural. La luz es débil todavía, pero arrastrándose por un angosto túnel húmedo de verdín alcanzan la luz diáfana. ¡Por fin!

Pepita y Martin salen por el hueco como si la montaña los pariera — ¡GEMELOS!— recubiertos por la limosa placenta de las entrañas de la Tierra. Pepita se incorpora, mira a su alrededor. Han llegado a uno de los tramos de la espiral monstruosa de una excavación al aire libre, una excavación de tamaño colosal, una espectacular obra de ingeniería humana, una caries gigantesca en la muela de la historia. Martin se encaja el sombrero para guarecer sus ojos aguamarinos de la luz celeste. Pepita sonrío.

—Después de tantas horas en una cueva se agradecen los espacios abiertos.

Martin suelta una carcajada.

—Eso es estilo.

Pepita besa a Martin. Una flauta dulce disfrazada de brisa recorre la ensoñación bucólica. El sol toca un adagio al violín. Una voz interrumpe el momento.

—¡Hola, amigo, aquí, aquí arriba! ¿Quieren foto? Foto simpático. Mucho bueno.

Hartum, el moro vete a saber qué, saluda desde la plataforma superior.

—Vamos a hacernos una foto, es amigo mío.

Pepita y Martin se encaminan hacia él trepando por una zona de menor pendiente. Al llegar arriba, Hartum los mira con expresión de asombro.

—Amigo. ¿Esto? Barro. No ropa. ¿Quiere ropa? Yo chilaba buena, precio baratillo...

Martin le estrecha la mano a Hartum.

—Esta es nuestra ropa, el último grito en trajes de boda. ¿Verdad, Pepita?

La sonrisa vaporosa de Pepita ilumina su traje de mujer rana de fango.

—No le haga caso, es un bromista. Estamos haciendo un estudio sobre animales salvajes y tenemos que ir así para que no nos muerdan.

Una voz en miniatura resuena desde la pared de enfrente de la excavación a cielo abierto.

—¡Han debido salir por aquí!

Martin azuza la mirada y distingue a Malaquías, doña Urraca, Curro,

Tarugo y Atanasio saliendo por un túnel cegado con maderas. Las maderas las están apartando con más prisas que orden. Martin se vuelve a Hartum.

—Hartum, ¿te compro el burro!

—¡Ohhh, burro! Burro muy caro para ti, pocos burro, burro más caro.

Martin se quita el sombrero y saca el saco de oro.

—Mira esto, cógelo en peso, es oro, casi medio kilo. ¿Vale un burro o no vale un burro?

Hartum sopesa el saco y el placer del sopesamiento le asoma a la cara con un gustirrinín salvaje.

—Vale burro, sí que sí, va, va burro, vaya, vaya, va burro, bueno negocio, no habla más.

Hartum agita la mano de Martin, desengancha las alforjas de su jumento.

Pepita se aproxima al borde del gigantesco hoyo y grita en dirección a sus perseguidores.

—¡Papá, Tarugo! Me voy. Ahora mismo no os puedo decir dónde voy porque ni yo lo sé. Me he enamorado y esto es lo que pasa. Os quiero. Quereos y cuidado de Elizabeththesecond.

Curro pasa un brazo sobre el hombro de su hijo.

—Tarugo, ahora nos hemos quedado solos...

—Habla por ti, yo siempre estoy conmigo.

Curro eleva la voz.

—¡Adiós, hija mía! ¡Sé feliz!

Atanasio se revuelve indignado.

—Pero, pero... ¿la vas a dejar irse...?

Curro se dirige a Atanasio sin mirarle.

—La iba a obligar a marcharse, pero no ha hecho falta.

Epílogo

La joven pareja trota suave a lomos del rucio con gafas. Pepita va de paquete restregando la mejilla en el solomillo de Martin.

—Vine buscando el origen de la vida y he encontrado su sentido.

Pepita entona un martinete.

—Mi Martin Martín, ay, mi Martin Martín.

Pepita ve algo en la piel de Martin que la sobresalta.

—¿Sabes que tienes la espalda llena de oro?

—Y tú eres toda tú una pepita, la pepita de mayor valor de todas las pepitas del mundo.

—No, en serio, estamos pringaditos de oro.

Martin se observa los brazos y nota que pequeñas motas doradas relucen entre el cieno. Es oro. Martin suelta una carcajada califal.

—Esta sí que es buena. Es cierto, estamos cubiertos de oro. ¡Oro! — Martin se vuelve a Pepita mostrando un incisivo superior que no habíamos visto hasta ahora. —Es importante que nadie se entere de esto.

Pepita asiente prudente con una decepción anudando su garganta. Apenas puede balbucear:

—De mi boca no saldrá.

Pepita escucha algo que le descorre la venda de los ojos y le muestra al

hombre que tiene delante, unas palabras que la desengatusan de sopetón.

—Me he pasado todo este tiempo intentando ocultar la existencia del oro en este pueblo como para que ahora se lo lleve otro en nuestras narices.

Platero camina hacia un sol de azafrán. Pepita sigue agarrada a la espalda de Martín. Llorando. Este hombre que parecía el hombre perfecto, que tan feliz la ha hecho, ahora se muestra como un esquilmador, otro más, otro enfermo de la codicia, otro aniquilador del entorno, otro antropocéntrico de vanidad repulsiva. Martín añade un comentario que le adorna de mezquindad.

—Para mi compañía es fácil establecer acuerdos con vuestro Ministerio de Industria para explotar este yacimiento. No sería la primera vez que lo hacemos. Este es un buen país para hacer el café en plan medioambiental con la excusa que sea. La ciudadanía es de un bien mandado que sorprende. Los palos son una buena medicina para tener al pueblo arrodillado.

Pepita sigue callada, sus lágrimas le ruedan por las mejillas desarrollando unos surcos que parecen desgarrar su alma y su cara.

—Déjame conducir que me está dando un pasmo en los riñones con tanto sobresalto.

Martín detiene el cuadrúpedo y desmonta.

—Voy a aprovechar la parada para hacer mis cositas.

Pepita le señala una mata de jara de gran porte que restalla a unos treinta metros de la senda.

—Ahí tienes un sitio perfecto.

Martín se aleja dando saltitos entre las zarzas y los cantos de punta, hace un gesto de surfista y desaparece detrás del matorral. Pepita musita para sí.

—Hala, que disfrutes.

Pepita agarra con la mano izquierda las crines de Platero, clava los talones en sus cuartos traseros, golpea su grupa con la mano libre y la montura sale despedida con el reprís de un bólide. Martín lo oye y pone cara de estupor.

—¿Pepita?

Pepita persigue la luz del sol en retirada. Siente el aire fresco besándole el cuerpo. Los violines empiezan a sonar épicos, una armónica destaca con un ritmo sincopado, un silbido fronterizo anuncia un paisaje que se entrega alegre y desde más allá del horizonte vemos ocupar el centro de la página la palabra

Fin

Pepita
Pablo Carbonell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pablo Carbonell, 2019
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

De la imagen de la cubierta, © Fernando Vicente

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5540-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





Pablo Carbonell

Pepita



DESTINO